

REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID : 1878

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL , 64

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO III—IV—TOMO XIII

ENERO—FEBRERO 1878



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO
PARIS, 19, RUE PROVENCE

BUENOS-AIRES

Jacobsen et Saederstedt

HABANA

A. Chao y Compañía.

VENEZUELA

J. M. Larrazabal.

ARTE





AMOR VENDADO.

NARRACION POR SALVATORE FARINA.

VERSION ESPAÑOLA POR MARÍA DE LA PEÑA.



I.

EN QUE LA SEÑORA SE CONFÍA Á SU GENIO FAMILIAR.

EN fin, tengo conciencia de no ser perversa, y si descendiendo hasta el fondo de mi corazón me encuentro capaz de hacer la casada más perfecta. ¿Es acaso culpa mía si este hombre no me comprende, no se ocupa de mí, si no me ama? No, no me ama; y no sólo no me ama, sino que no me amó jamás; casi me lo decía cara á cara, porque es franco; mi señor marido aborrece el fingimiento. Y claro; había de responder, como era natural, que no me importa gran cosa; porque si vamos á cuentas, estamos iguales; sí, iguales, porque yo tampoco le amo ni le he amado nunca...

Al cabo todo terminará entre nosotros; el mundo es grande, y los Leonardos y las Ernestas podrán vivir á la par sin que se vean obligados á mirarse en lo blanco de los ojos en la mesa y á pasearse del brazo por las calles.

Seré al fin libre, respiraré de nuevo.

¡Ah! ¡qué insoportables son *los derechos, los deberes conyugales* para dos que no se quieren bien! Y qué fatuo y odioso libro es el Código; con cierto aire protector, con cuatro baga-

telas numeradas y reglamentadas pretender que se ha de eternizar un afecto que á las veces dura... ¿Cuánto ha durado el nuestro? Aparentemente tres meses; en realidad, ménos de tres cuartos de hora; porque nunca ha existido un verdadero amor entre Leonardo y yo. Ni le amo ni me ama; hoy como ayer, como tres meses há.

Tú sabes cómo pasaron estas cosas: murió mi madre, quedé sola en el mundo; tío Rinuci, tia Rinuci y la prima Rinuci me abrieron los brazos á su manera.

Es decir, me acogieron en los primeros dias de mi desgracia: despues, mi tío Rinuci hizo inventario de la herencia y tomó posesion en mi nombre; mi tia procuró distraerme confiándome todos los remiendos; mi prima se hizo regalar cuatro ó cinco anillos, un medallon, un chal de seda azul, que segun ella estaba fabricado expresamente para hacer lucir el color rubio-estopa de sus cabellos.

Un dia, despues de muchos pasados en igual monotonía, mi señora Doña Virginia, mi prima, no sé á qué propósito ni por qué, me dijo que no le gustaba mi nariz, que la tenía no sé cómo y que parecía no sé qué. No pudiendo cambiarla en su obsequio le aconsejé que no metiera la suya en lo que no le importaba, y que se mirase al espejo.

Aquel dia se declaró la guerra. Lo sentí; en mi dolor por la muerte de mi madre hubiese necesitado cariño: en su lugar hallé una guerrilla de disputas y ¡ay de mí! si me achicaba, al momento Doña Virginia se ensoberbecía y tomaba aires de vencedor.

La autoridad del tío Rinuci intervino, ordenándome la clausura en un colegio para completar mi educacion.

Tenía diez y nueve años cumplidos, y entrar en el colegio á la edad en que las otras salen no me seducía; pero me resigné, feliz con dejar la casa de mi tutor.

Los dos años pasados en el colegio fueron relativamente alegres: una ó dos veces al mes volví á casa, donde me aguardaban algunos remiendos y alguna de las cariñadas usuales de mi primita. Tambien hallaba á Leonardo.

Confieso que no me pareció mal; no me detuve á considerar que era demasiado alto, demasiado míope, demasiado des-

garbado, demasiado frívolo, y lo encontré elegante, desenvuelto, un poco indolente, pero agradable.

Prestaba oído á su amena conversacion, de la que no brotaba una idea, y me pareció que aquel torbellino de palabras me hablaba de un mundo desconocido en que las señoras vestían seda y terciopelo, en el que los hombres usaban lente. La verdad, vivir siempre en ese mundo no me seducía, pero entrar en él cogida del brazo de un marido muy alto, desenvuelto y míope, cruzar un salon arrastrando la cola de terciopelo, seguida de cien miradas curiosas, salir para correr á una tranquila casita, y allí encontrar á *michin*, la jaula de mis canarios, la bata, la chimenea ardiendo, la última novela publicada, cada dia una fiesta... ¡Esto sí que me gustaba!

El Sr. Leonardo estaba amable con todos en general y conmigo en particular. Yo no lo habría observado; pero mi prima, manifestando con ingenuidad su despecho, me hizo caer en ello. Era para mí un trofeo de victoria que no quise dejarme arrebatarse.

Por eso fuí tal vez demasiado coquetuela, es cierto; así ha tenido la bondad de decírmelo mi señor marido; creyó que estaba locamente enamorado de mí, y la rabia de Virginia contribuyó á persuadirme y á enorgullecerme. Hice mal, nunca debí ceder á mezquinos sentimientos; caro me cuesta el triunfo de mi vanidad. Estoy verdaderamente arrepentida; creo que cuando mi prima venga á saborear su venganza, he de arrojarme en sus brazos bañando de lágrimas su cabeza color de estopa.

Llegó el anhelado y temido dia: cumplí veintiun años, y como primer acto de mi autoridad de mujer, declaré terminantemente que no quería ni una hora más de colegio. Salí. Vuelta á remendar y á reñir en casa de mi tio. Una semana despues la vida me pareció tan insoportable, que me resolví á comprar el primer Código, y á decir claro y neto á mi tio que no podía durar aquel estado de cosas, y que yo quería vivir sola.

Mi osadía llegó hasta la petulancia; mi tio quedó mudo de asombro. Tocó á la tia parlamentar para convencerme de que mi pensamiento era absurdo; que no puede una jóven

vivir sola sin exponerse á las censuras, á las sospechas del mundo maligno. No era este el mejor camino para disuadirme; sostuve que puede, puesto que cuando la ley lo permite, debe tener sus razones.

Comenzaron los comentarios al artículo 323.

«El espíritu de la ley, dijo mi tío, es... no es... enseña...» yo hice la sorda y me atuve á la letra.

Entónces fué cuando el caballero Leonardo encontró en su caprichosa cabeza la brillante idea que nos ha conducido á este punto.

—Señorita, me dijo, si le agrado á V., como V. me gusta á mí, habrá medio de arreglarlo todo sin escándalo...

¿Consentirá V. en darme su mano?

Las dos le di riendo, las tomó riendo, y nos casamos riendo. Fué una verdadera niñería.

Por mi parte fuí á la boda como se va á una partida de campo, segura de fastidiarme un poco, pero feliz de la libertad que me esperaba, curiosa de los nuevos horizontes que se me ofrecían, anticipando á mi vanidad de chicuela todas las dulzuras de la doméstica autoridad de ama de casa. No pensaba entónces que del campo se vuelve, y del matrimonio nó.

Y si alguna vez pensaba á la ligera hacía dentro de mí un torpe razonamiento, acabando por decir: «A Leonardo toca hacerme feliz, que piense él la manera.»

¡Oh! escucha cómo sucedió.

En los primeros dias, durante el viaje, parecía realmente feliz: correr de ciudad en ciudad, de fonda en fonda; hacerse conducir en coche de un museo á una pinacoteca; descender de un monte para subir á un campanario; visitar las joyas de los santos, la corona de hierro, la mómia de no sé quién. Todo esto le parecía delicioso; fué una verdadera orgía para sus ojillos, que no ven á dos pasos.

Le observaba por las calles cuando caminaba inclinado, alto, alto, con la cabeza levantada, ligeramente encorvado hácia atras, para evitar que le cayese el lente de la nariz; y cuando se detenía para anotar algo en su cartera, á fin de recordarlo todo y poder hablar de ello en el Casino, veía vagar por sus

labios una sonrisa de corazón alegre. Pensaba yo: ¡está enamorado, dichoso él!...

Entonces, impulsada por la imaginación, me enamoraba también yo durante un cuarto de hora.

No tardé en advertir que en aquella aparente felicidad el amor no tenía parte alguna; la fatuidad hacía todo el gasto. Leonardo estaba encantado de hallarse en nuevas condiciones de ser arrastrado con la velocidad de los trenes cruzando desconocidos países, de ver pasar ante sí aquella fantasmagoría de calles, monumentos, teatros y museos; era, en suma, feliz porque no se aburría y no necesitaba pensar en ello. Al término del viaje, el hombre aburrido, frívolo, indolente, sin pensamientos, sin afectos, reapareció tal cual era; tal vez peor que antes de la boda. Tuve miedo. Descendí dentro de mí y hallé un mundo dormido; rebusqué dentro de él y no encontré nada, excepto una perfecta satisfacción de sí mismo y una tranquila conciencia del propio mérito. Entonces me pregunté si era posible pasar la vida con un hombre que no comprendía ninguno de mis sentimientos, que no sentía ninguno de mis afectos, que no estaba ligado á mí por recuerdos, ni por simpatías, ni por nada, excepto por el Código. Poniendo un poco de buena voluntad, repuse que sí, á condición de hacer germinar en él algún afecto, algún pensamiento embrionario. Me hice fastidiosa.

Lo confieso, para curar su frivolidad le exponía mil problemas domésticos que resolver; para curarle su fatuidad presentaba desfilando ante él una procesion de fantasmas en el porvenir.

No logré nada, ni siquiera aburrirle. Continuó pasando casi todo el día en el Casino, la noche en el café.

Una caricia fría, un beso de hielo, una rociada de sandeces acerca del caballo cuatralbo del conde, sobre el coche del nuevo banquero, respecto del próximo duelo, del último espectáculo en la Scala, de la primera bailarina, de los puños del vizconde mejor planchados que los suyos. Y cuando había terminado se dormía con la tranquila sonrisa del justo.

He sufrido bastante; parecióme primero desabrido, después ridículo, y por fin odioso.

Antes de ayer me encontró llorando : era cosa de oír. Es una víctima, tiene el corazón sensible, no puede ver mis lágrimas ; á mi nada me falta , soy una ingrata : el pobrecito sólo pide paz y sus queridas costumbres. Dueña yo de mí , tengo un hogar que me dió para que fuese libre , pero dejándole al propio tiempo su querida libertad...

—No soy egoísta, dijo.

—No eres egoísta, dije, eres un tonto.

Leonardo es hombre flemático ; giró sobre los talones y se fué... al café ó al Casino.

Y hace poco, cuando le pedí explicaciones , le pregunté por qué se había casado conmigo , y me contestó ingenuamente que porque entonces le gustaba, y creía hacer una buena obra.

¡ Es también hombre leal Leonardo !

—Escucha , le he dicho ; esta vida no la puedo ni la quiero seguir ; la ley admite la separación por incompatibilidad de carácter, y los nuestros son incompatibles.

Y le enseñé mi segundo Código comprado antes de ayer.

Leonardo se echó á reír.

—Dios mío , tú lo dices , tú ; que nuestros caracteres son incompatibles : por mi parte estoy dispuesto á sufrir tus ideas novelescas , espiritualistas , filosóficas , sentimentales , sufre tú las mias, y viviremos como Baucis y Filemon.

Y como yo me enardeciera, él se sonrió desde lo alto de su interminable persona , y balanceándose un par de veces ha concluido por decirme :

—Haz cuanto quieras ; está contenta , pero sin escándalo, sin Código, sin tribuna les ; si no puedes vivir conmigo , vivirás sola... piénsalo esta noche.

Y en seguida... al café ó al Casino.

Todo , pues , va á concluir ; mañana cuando vaya estableceremos las condiciones , normalizaremos la vida nueva. Me marcharé... lejos , al campo... viviré en la soledad , entre mis aficiones contemplativas , contigo , buen amigo.

Cerca ya de adoptar tal resolución, entro de nuevo en cuentas conmigo misma , y me pregunto :—¿ He hecho cuanto estaba de mi parte para evitar esta situación ? Sí, todo , todo ; he combatido esta antipatía, que ahora me domina , cuando em-

pezaba á tomar el camino de mi corazon. Veinte veces entreví el término de mi paciencia, y veinte veces he retrocedido. Un solo paso que él hubiera dado hácia mí me habría hecho andar diez, y tal vez hubiese sido posible entendernos; pero no supe sacarlo de su indolencia, no acerté á moverle del almirado castillo de su fatuidad.

Pasar la vida haciendo el papel de víctima de un majadero con el especioso pretesto de que este majadero es mi marido, cosa es superior á mi virtud.

Me placen las situaciones claras y definidas.

Venga el abandono, venga la soledad, venga el fastidio; pero que se me den por lo que son y por lo que valen.

No sé qué hacer de una *casa* que es una prision, de una *familia* que es una palabra, de un *trono doméstico* que es una metáfora.

Tú no puedes aconsejarme; si pudieses, tampoco te pediría consejo en este dia, porque estoy resuelta. Tan sólo he querido narrarte los hechos, por la necesidad de confiarme á un amigo, y porque te persuadieses de que al resolverme he usado de toda la cordura, de toda la madurez de consejo y de todas aquellas buenas cualidades que debieron acompañarme en el acto de dejarme ligar por un artículo del Código.

Pero él me gustaba entónces, y yo le gustaba. Así al menos lo ha dicho él.

¡Quisiera saber por qué ahora no le gusto ya! Perdona si te ocupé un rato con mi charla. Confío en no haberte fastidiado, pues no me has interrumpido; pero por otra parte me deja en duda tu bondad...

Buenas noches, es decir, buen dia. Es el alba.

II.

EN QUE EL SEÑOR SE CONFIA Á SU MÉDICO.

Era el alba. Era aquel breve momento del dia en que el sueño y la vida, el silencio y el ruido, las tinieblas y la luz permanecen juntos en tolerante vecindad, variando las antítesis en pasajera armonía.

Penetraba por el hueco de la ventana un rayo de pálida luz acompañado del fresco hálito matinal; hendían el aire las primeras notas del concierto matutino, que pronto debiera romper con grandiosa sonoridad bajo las ramas del viejo castaño del jardín; algunos pequeñuelos concertistas impacientes repasaban á voz en cuello los gorgoros más difíciles. Y no obstante aquel batir de entumecidas alas, aquel canto y aquel murmullo de las hojas, manteníase en el aire un recuerdo del silencio de la noche.

Ernesta, desde la ventana, intentó seguir con la mirada al amigo suyo (un genio familiar muy dócil y muy taciturno), pero por falta de dirección cierta abandonó de repente el camino de las nubes para fijarse en la tierra, en el jardín, en el castaño.

Aquel jardín era á sus ojos todo un mundo poblado de criaturas inofensivas y alegres, entre las que no posaba nunca el milano.

El castaño era un Conservatorio de donde salían las voces más bellas y los mejores cantores del universo; dirigíalos un ruiseñor, y un estornino de buena voluntad hacía las veces del director de orquesta.

Ernesta, olvidando brevemente sus penas, quedóse inmóvil escuchando una hermosa sinfonía descriptiva. Aquella mañana de Mayo tenía cien manos suaves y frescas que la acariciaban pasando sobre su frente, sobre sus mejillas, sobre sus ojos fatigados por la vigilia, y los pájaros le daban los buenos días en coro; las inquietas golondrinas pasaban casi tocando su rostro con tendida ala, enviándole un grito de saludo no exento de miedo.

La jóven gozaba de aquella agudeza de sentidos de las naturalezas fantásticas y nerviosas; las conversaciones de los pájaros le parecían siempre llenas de atractivos. Estaba persuadida de que las golondrinas, al pasar, le decían adios, y murmuraba adios suavemente para no hacer latir demasiado fuerte aquellos corazoncitos espantados de su propia audacia; después avanzó la cabeza fuera, y levantando los ojos vió que otra golondrina, asomada al nido, la miraba curiosa.

Poco á poco se unieron nuevas voces al concierto, y la sin-

fonía llegó á la suma sonoridad. Ernesta permanecía encantada á la ventana : la noche de vela había aguzado su natural sensibilidad, por lo cual le parecía oír palabras nuevas, acentos ignorados, y cuando el estornino, encaramado sobre la última rama del castaño, comenzó un canto saliente entre todos, parecióle que á ella se dirigía como diciéndole algo importante. Arrastró una silla en el hueco de una ventana, y estuvo escuchando por un rato con los ojos cerrados : luégo, de vez en cuando, movió la cabeza como diciendo, sí; al fin dijo sí por última vez, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

El despertar, sorprendió á Ernesta hallándose casi á oscuras y en el hueco de la ventana, de la que habían sido cerradas las puertas. Alzóse, restregóse los ojos, abrió la ventana, y un rayo de sol de medio día la besó en las mejillas.

Pensó que alguno había entrado durante el sueño; pero ¿quién era? Leonardo : Olimpia no entraba sin llamarla.

Quedó un rato inmóvil y soñadora acerca de este detalle.—«Él ha entrado en casa al alba según costumbre; ha visto luz en mi cuarto, y temeroso de que se prendiese fuego á las cortinas de mi cama ha entrado despacio, despacito para no despertarme; me ha visto en el sillón, se ha aproximado, ha cerrado despacio la ventana invadida ya por el sol; me ha mirado por si despertaba, y presuroso, de puntillas se ha retirado con la luz encendida.»

Al decirse estas cosas, ella misma veía ante sí á su Leonardo, ni entónces ni nunca suyo, y le pareció un tanto divertido en aquel momento, y dijo para sí: «¡Ah, qué felicidad! Si fuese otro, amante y amado, podría correr á su cuarto, despertarlo con un beso y decirle: traidor...» Pero se detuvo al considerar que otro, como ella deseaba, no volvería al amanecer; meditó un poco ántes de terminar con un suspiro, después se dejó caer sobre un sillón delante del espejo y tiró lentamente del cordón de la campanilla para llamar á Olimpia.

En el mismo instante, en el cuarto más lejano de la casa, la voz de otra campanilla advirtió al viejo camarero que su amo había despertado. La encanecida cabeza de Bartolo no entró sola en el cuarto de Leonardo : era precedida de otra crespá y

expresiva, sólidamente plantada sobre un cuerpo alto y macizo.

Bartolo corrió á abrir la ventana para que entrase luz; el visitador se había parado á punto de sonreír por vía de saludo, y en una cama en el fondo de la estancia, un jóven pálido y moreno se había incorporado cubriendo los ojos con una mano, y con la otra haciendo señas á Bartolo para que no abriese tanto. El viejo camarero calculó solícito un grado de luz tolerable para su amo, y se marchó en silencio.

Leonardo y el otro quedaron cara á cara.

—¿A qué hora te has acostado? preguntó el visitante con dulce y cariñosa voz tomando el pulso del jóven.

—Serían las seis, segun creo.

—Se conoce: tienes el pulso agitado, incierto, lo cual demuestra que has dormido poco y mal, y que has pasado la noche segun costumbre.

Leonardo parecía estar en tortura. Se acostó de nuevo, miró aquí y allá sin contestar. El otro apoyó el índice sobre la barba.

—La lengua.

Leonardo sacó la lengua con displicencia.

—Mayor era mi temor, prosiguió diciendo el médico con acento melífluo; tienes un organismo que hace milagros de resistencia; pero acabará por ceder; no puedes seguir así ni un dia más. Ahora veamos los ojos.

Y sin ocuparse de las protestas del enfermo, el médico abrió la ventana y le examinó.

—Ninguna agravacion, pero tampoco hay manera de impedir el desarrollo de una gravísima enfermedad si no varías de vida... piénsalo.

—Sí, lo pienso.

—¿Sientes pinchazos?

—No.

—¿Ves objetos dobles alguna vez?

—No... es decir, alguna vez. En suma, me fastidias, déjame en paz. Esta mañana tengo una irritabilidad nerviosa.

—Comprendo; los acostumbrados disgustos con tu mujer.

—Sí... es decir, nó... peor que los acostumbrados.

Ahora será preciso pensar seriamente, y te aseguro que es mucho trabajo, mucho trabajo... estoy enfermo... debía evitarme... pues, no señor.

—¿Qué dice tu mujer?

—Agenor; tiene una famosa cabeza; dice que no quiere vivir más conmigo. Ha comprado un Código, y quiere que lo estudiemos juntos para aprender lo que dispone la ley cuando no congenian los matrimonios. Pero si congenio, he congeniado y congeniaré siempre con tal de que me deje vivir á mi manera.

El doctor Agenor sonrió maliciosamente.

—Cállate, prosiguió Leonardo con acento de niño mimado; sé lo que vas á decir: que todos los malos maridos hablan lo mismo; ¿pero soy acaso mal marido? ¿qué hago á mi mujer? Nada.

El amigo doctor se levantó sobre la punta de los piés y se dejó caer sobre los talones repitiendo como un eco:

—¡Nada!

Leonardo hizo un esfuerzo sobre sí mismo para contenerse, se escurrió entre las sábanas tirándolas hasta sus narices. Este acto de supremo abatimiento hizo vagar otra sonrisa en los labios del doctor, que repitió una vez más:

—¡Nada!

—Nada, replicó Leonardo con profunda convicción, absolutamente nada: en estos días he hecho un verdadero exámen de conciencia; pues bien, te juro que soy un marido inmaculado. No tengo intrigas, tú lo sabes; no hago la corte á ninguna mujer; con las bailarinas me gusta cenar, porque en general son criaturas alegres y de una ignorancia y de un apetito que ponen de buen humor; no juego, no me embriago, no hago deudas.

Si miro en rededor, veo al conde A... que mantiene una corista; al Sr. B... que se hace mantener por una vieja; al baron F... que pasa las noches y los días en la ruleta corriendo así á su propia ruina. Tú conoces á estos y á otros como ellos y sabes que tienen mujer y tienen hijos: hé ahí los malos maridos, hélos ahí; pero yo tengo el juicio de los hombres virtuosos.

Leonardo enmudeció, y mirando al doctor Agenore que hacía con la cabeza un signo de asentimiento, suspiró prolongadamente, y volviéndose de un lado prosiguió con melancólica voz:

—Soy muy desgraciado; me caso en la creencia de hacer una acción meritoria, creyendo asegurar mi pequeña porción de Paraíso, y he traído un infierno conmigo. Ya sabes cómo sucedió: Ernesta me gustaba, yo le agradé á Ernesta, sola estaba ella, estaba solo yo; ella no tenía casa: tenía yo una en la que no estaba jamás... ¿Nos casamos?—Casémonos: y fué hecho. Llenará la casa con su alegría—decía yo—porque ella la habitará; yo seré muy feliz al encontrar siempre su risueña carita; estaré más equilibrado en el mundo. Sí señor, echaba yo mis cuentas sin contar con la extravagante cabeza de la señorita. Figúrate; quisiera que no pusiese los piés ni en el café ni en el Casino; que desconociera á los amigos; que tuviese miedo de los bastidores y de las bailarinas; que la acompañase siempre al teatro; que la acompañara á visitas y que pasáramos el día bostezando cara á cara: y tú sabes, Agenor, qué largos se hacen los días. Procuré persuadirla, primero confié lograrlo. ¡Desgraciada! No sabes que la tumba de nuestro amor está en esas costumbres. Déjame vivir á mi manera y no me arrepentiré del casamiento, y me gustarás siempre, te amaré siempre. Tienes posición, eres una mujer casada, puedes recibir, dar *tés*, divertirte como yo me divierto honestamente. Créate costumbres que no destruyan las mias, y déjame en paz. Tiempo perdido; fuí derrotado, y concluí, como siempre, por dar media vuelta, dejarla con sus manías, y marcharme al Casino. Tiene ciertas palabritas, ciertas ideas de los deberes conyugales que la hacen insoportable; ¡lástima! porque es preciosa; hay horas en el día que hubiese pasado con ella á gusto, pero si le diera rienda suelta, llegaría yo á ser un maniquí, me arreglaría á su capricho hasta hacerme perder la dignidad de hombre. Paciencia; por mi parte renunció á las ventajas esperadas de este matrimonio puesto que no sabe en lo que estriba su felicidad; tanto peor para ella; quiere marcharse, que se arregle.

Y así diciendo, la pobre víctima giraba horizontalmente,

como sobre un eje y se volvía del otro lado. Callóse por un rato, esperando sin duda que el amigo doctor acertase á decir algo; pero Agenor nunca discutía sin provecho propio las opiniones ajenas, y en ello tenía sus razones filosóficas. Entónces Leonardo, que no podía estar quieto, dió otra vuelta y se encontró de nuevo frente al pensativo rostro del esculapio.

—Yo sufriría á mi mujer si me dejase en paz; conozco que tendría valor para sufrirla; tiene ideas bebidas con la educacion, ideas de la clase media, de gente trabajadora. Un empleado que pasa nueve horas del dia en la oficina, un boticario, un negociante, ¡qué sé yo, esos maridos modelos!! ¡Justo Dios! La cosa es difícil. Da ocho dias de licencia al empleado, tres fiestas seguidas al boticario, una pequeña pérdida que incomode y quince dias de ocio al negociante, y si ellos no dan manías á sus Penélopes como yo sin culpa, á la mia, me dejo cortar la mano. Mi mujer no comprende estas cosas porque es un tanto fatua, no piensa en nada, es frívola... en suma, es todo lo que cree y dice que soy yo; pero yo... pero yo...

El risueño semblante del doctor Agenor detuvo la frase de Leonardo en su garganta.

—Dime si no tengo razon.

—No sé qué decirte, repuso el médico; tienes razon, tus facultades están equilibradas de manera que no se puede dudar... tienes razon... y la naturaleza germina, y tu sangre son tus nervios, no podria ser de otro modo... en suma, tienes razon.

—Méenos mal, exclamó la víctima, méenos mal. Pertenezco á una clase que tiene por vacaciones el año entero, y que por necesidad ha de tener distintas costumbres matrimoniales. Pregunta cuántos abonados casados y con hijos cuenta el Café Cova. ¿Y en el Casino? Si al casarse pudieron ni por un dia cambiar sus costumbres de toda la vida para coserse á las faldas de sus mujeres. Es preciso no exajerar el sentido de los cuatro artículos del Código que nos lee el síndico y el asesor: son cuatro buenos artículos, pero no pueden hacer milagros: al dia siguiente de casarse, en el fondo, queda uno el mismo que la víspera. Muchos creen lo contrario, y se ligan haciendo su desgracia y la ajena. Yo nunca lo pensé, y creo que podría

hacer la vida de marido agradable... si mi mujer me dejase en paz.

El marqués de Valdemare y el ingeniero Stéfani hacen lo mismo; pero ellos tuvieron la suerte de encontrar mujeres que comprenden la situación, y á mí me ha tocado una cabecita llena de pájaros para quemarme la sangre con sus ideas extravagantes. Paciencia, nos separaremos. Acepto mi papel de víctima.

Así diciendo el desgraciado, extendía ambas manos hácia el doctor como esperando que le confirmara en su papel de víctima.

Pocos minutos despues Leonardo, no sabiendo ya qué decir y seguro de que habría esperado en vano los consejos de su amigo el doctor, determinó levantarse de la cama. Agenor lo miraba vestirse, sentado en un sofá.

Dame la satisfaccion de repetir una vez más que estoy en lo cierto, dijo Leonardo poniéndose delante del médico mientras abrochaba los puños.

Agenor alzó la cabeza, y dijo muy tranquilo:

—Cierto que sí: mientras hables tú, la razon está de tu parte.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu mujer tendrá sus razones, supongo.

—Demasiadas.

—Y las dará de buena fe...

—Faltas de sentido comun...

No importa, las da segun su sentido, con sus ideas; tambien ella tendrá razon: son los nervios y la sangre, el flúido, la desgracia, si te parece mejor.

—Conozco tus teorías; no las discuto.

—Haces bien, porque sería inútil... son mias, yo no discuto las tuyas... porque son tuyas. La discusion es una *plancha* del ingenio, un esfuerzo hercúleo en el trapecio, sobre la cuerda ó en la barra, que no conduce á nada. Tú no eres dueño de pensar ahora de otra suerte de lo que piensas, dadas tus condiciones físicas, dado el equilibrio momentáneo de tus facultades desgraciadas. ¿Quieres estar seguro de que tus ideas de hoy son, no digo las verdaderas, sino las que corresponden

exactamente á tu temperamento? Espera á mañana; dentro de una semana, dentro de un mes.

—Y me aconsejas...

—Que no resuelvas nada por ahora.

—Imposible, imposible... imposible...

Hay que terminar; anteayer disputa en el desayuno, tras de anteayer idem, y en una y otra ocasion siempre disputas análogas; le dije que hoy le contestaría, y he de cumplirlo.

Leonardo había de vestirse, y se miraba de un lado á otro.

—Vé pronto, termina, yo te espero aquí.

Leonardo no contestó: tomó presuroso el sombrero y se quedó dándole vueltas en la mano.

—Será una escena desagradable, dijo al fin lentamente; no me había ocurrido: me pareció fácil y es difícil; habrá lágrimas, palabras duras... Mi naturaleza es tan impresionable, me disgusta ver llorar á una mujer... á Ernesta, á quien quiero mucho... ¡Ah! Tengo una idea; esta es la mañana de las ideas; pero es excelente idea... Agenor, vé tú á hablar mi mujer; la haces presente mi ánimo; la dices que no tengo resentimiento alguno con ella, la explicas bien el caso, la induces á aceptar la vida de libertad bajo el techo conyugal, y en caso desesperado...

—¿En caso desesperado?

—Le dices que su Código no sirve de nada, que cuando quiera estar en la ciudad, yo me marcharé á viajar; que cuando ella quiera ir al campo ó á baños, yo estaré en la ciudad; de esta suerte estará libre de mi odiosa presencia y no daremos escándalo. ¿Vas?

—Sí, voy...

—¡Ah! Eres el mejor de los hombres y el mejor de los médicos: me quitas una montaña de encima; servicios de esta especie no se olvidan... cuenta con mi gratitud... me marchó porque es la una y media y á las dos me esperan en *Cova*. Haz que te anuncien: mi mujer no te hará esperar.

Y Leonardo, radiante por tan sublime idea salió mirando en torno con miedo de encontrarse con su mujer: cuando estuvo en la escalera se frotó las manos como un colegial en jueves y bajó á la carrera.

III.

MISION DIPLOMÁTICA.

El doctor Agenore había aceptado la difícil mision con un tanto de ligereza. Lo meditaba y se decía que si la discusion es inútil, la persuasion es imposible, excepto en ciertos casos de feliz relajamiento de la fibra.

Concluyó por acordar que en el presente caso no debía hacer ni un sermon, ni un discurso, sino cumplir su embajada del modo más sencillo.

Y se hizo anunciar á la señora.

Esta lo recibió en su cuarto de dormir, de bata, recostada sobre un divan, con la importancia y la soltura de la indolencia.

—Buenos dias, doctor, dijo al punto: ¿cómo está usted?

—Bien, repuso Agenore sin alterarse; y en cuanto á V., querida señora, en vez de preguntarlo, me aseguraré yo mismo.

Diciendo así, sentóse á su lado, y le tomó el pulso entre el índice y el pulgar.

—Un poco agitado, pero bastante igual; está V. en estado de poder oír pacíficamente lo que vengo á decirle... su marido...

—Mi marido... ¿viene V. enviado por mi marido? ¿Y por qué no ha venido él mismo?

—Le esperaban en Cova.

—¡Ah!

—Mi amigo Leonardo se duele de que V. no le comprende; y como está seguro de cumplir los deberes de buen marido no acierta...

Ernesta lo interrumpió.

—Y en fin, no sabe qué hacerse conmigo...

—No dice eso.

—¿Qué dice? ¿ha pensado como yo, que esta vida es intolerable? ¿Y qué ha resuelto?

El doctor Agenore se vió de esta suerte lanzado del exordio á la peroracion sin haber adelantado un paso. Antes de replicar intentó prepararse.

—Y V., señora, ¿ha pensado también? ¿y ha llegado ciertamente á la conclusion de que esta vida es insoportable?

¿Está V. segura de no haber sufrido un poco de fiebre, una momentánea irritacion nerviosa? Porque, querida señora, nosotros somos pobres criaturas envueltas en una red de nervios mal defendidos por una epidermis impresionabilísima, y aún cuando los tejidos musculares se encadenan repartidos con la igualdad que hace hermosas á las mujeres como V. y constituyen los temperamentos privilegiados, no se sabe jamás lo que acontece en los vasos; la sangre, la linfa, los humores son otros tantos enemigos que alimentamos nosotros, y cuando más persuadidos creemos estar de una cosa estamos más expuestos á arrepentirnos una hora despues.

—En lo tocante al raciocinio puede ser, pero el corazon jamás se engaña.

—El corazon, ¡ah! no me hable V. del corazon, querida señora; ¡se necesita haberlo visto! Es el más falaz de todos los órganos. Cuando miro un objeto y lo hallo hermoso...

El doctor Agenor miraba la epidermis aterciopelada del rostro de Ernesta.

—...Entonces estoy casi seguro de no formar un juicio falso, puedo equivocarme, pero es difícil... es difícil... como cuando observo una desafinacion en un concierto; como cuando me fio al tacto (pequeñas imprudencias, casi siempre inofensivas); pero si entro á hacer funcionar el cerebro y el corazon, no acierto ni una vez ¡palabra de honor! Há diez años era yo espiritualista, creía en todas las verdades que enseña la Madre Iglesia, porque lo debía creer, lo creía sin entenderlo, como aconseja la doctrina, y estaba persuadido de ello: hoy que la ciencia ha abierto mis ojos, no tengo ya fe y abrigo la firme opinion de que entonces era un gran... ¿diré la palabra?

—Dígala V.

—Un gran imbécil... Entonces y ahora estaba persuadido, y sin embargo, segun las ideas vulgares, entonces como ahora estaba en un error: en cambio he tenido siempre razon, porque la razon y el error son palabras... Los hechos: hé ahí lo que yo *garantizo*. El equilibrio de las facultades, los im-

pulsos de la fibra, la temperatura de la sangre y de los humores.

—¿Decía V. que mi marido?... interrumpió Ernesta tendiéndose sobre el divan.

—Mi amigo Leonardo ama su libertad: él es así; ama también á su mujer; pero más la libertad: nada puedo hacer, quisiera contestaros á ambos si fuese posible.

—¿Y no siendo posible?

—No siendo posible viajará él con frecuencia, y la señora podrá pasar algunos meses en el campo: de este modo se librará de la *vista odiosa del marido* (palabras textuales). Esto, si á V. acomoda.

—Me acomoda, dijo Ernesta poniéndose en pié y tirando de la campanilla.

—¿Qué hace V. ahora? preguntó el doctor levantándose. No se excite así, ¡V. tan jóven, tan bella, tan ideal! ¡Ah! ¡es pecado mortal encolerizarla! mi amigo Leonardo no tiene sentido comun...

—Nada me importa de él, dijo Ernesta—y añadió dirigiéndose á Olimpia que había acudido al campanillazo.—Prepara al momento mis maletas: parto hoy mismo.

La camarera hizo un signo de asentimiento, lanzó una mirada al doctor y se marchó.

Agenor tomando la mano de la bella airada, la trajo con suave violencia sobre el divan, y comenzó con su voz melosa: —¡Pobre criatura! ¡Pobre criatura! ¡Cuántas inapreciadas é inapreciables dotes, cuánta belleza, cuánto sentimiento, cuánta bondad! Todas las felices emanaciones de un organismo privilegiado. Hay para hacer dichoso á un misántropo, ¡y este Leonardo!...

—¡Y á mí qué me importa Leonardo! repitió la bella con acento que en vano pretendía parecer duro.

Este mundo es vasto: yo puedo vivir sin Leonardo; viviré y seré feliz, porque en suma...

—Porque en suma, prosiguió el doctor Agenore acalorándose; en suma, la vida es breve y la juventud huye y la hermosura se desvanece y los flúidos pierden su elasticidad y aquella fiebre simpática que invade á dos séres...

El doctor no tuvo tiempo de dar el nombre vulgar á la fiebre simpática que se apodera á un tiempo de dos séres, porque Ernesta, cediendo á un ímpetu irresistible, rompió á llorar escondiendo el rostro entre las manos.

Nunca se había descubierto horizonte tan extenso ante los ojos del médico materialista, el cual sintió un vértigo. Tuvo un pensamiento audaz, y aprovechándose de la libertad que le daba su investidura doctoral, prodigó una multitud de caricias poco científicas á la hermosa dama. Quizá por la primera vez de su vida notó la fascinación sintética que emana de una criatura del género femenino, y se encontraba, sin advertirlo, mirando con amor las hermosas formas de aquel cuerpo que poseía las seducciones de la belleza, de la gracia, del abandono y del fruto prohibido. Necesitamos decir que los filósofos materialistas no están mejor acorazados que el resto de los hombres, y que conocer los elementos de que se compone una tontería no da más fortaleza para resistir á la tentación de comerla. Los nervios del doctor Agenore estaban entonces comiéndose una, y su entendimiento, con la apariencia de estar en contradicción, se hacía instigador y cómplice.

Se comprende bien la fascinación de aquel hombre tan poco romántico: veía á una mujer hermosa próxima á separarse de un marido indigno; la acompañaba en su soledad; expiaba los ocultos impulsos de su corazón, y acechaba una coyuntura... Sentía un deseo ardiente de llenar aquel vacío, de tomar el puesto de aquel indigno, y hasta encontraba legítimo su deseo.—¡Ah! decía perdiendo por completo la gravedad doctoral, ¡ah! querida señora, no le faltará, nó, quien la adore como merece; el pobre Leonardo está enfermo, no comprende lo bello, no sabe amar con firmeza, la linfa lo atrofia, los malos humores le endurecen el carácter... A V. debió tocarle en suerte un hombre gallardo de temperamento sanguíneo (temperamento el más á propósito para el amor). Un hombre no viciado por el abuso, no cansado por los placeres, sino que desde las fatigas de una vida estudiosa supiese volar...

El doctor Agenor desgraciadamente no sabía volar mejor con las alas de la retórica, y aquello no podía durar mucho tiempo. Se detuvo para tomar aliento, sintió un momento

de flaqueza en la fibra y temió haber ido demasiado léjos.

Ernesta, secas las lágrimas, tenía la mirada inmóvil y fija en el pavimento: probablemente no había entendido ni una palabra.

Agenore se miró al descuido en el espejo; reprochóse para sus adentros no haberse hecho afeitar por la mañana; sacó los puños de las mangas de la levita con el aire de un guerrero que empuña la lanza, y de nuevo comenzó el asalto.

Cuando media hora despues el doctor salía del aposento de Ernesta mostraba el aire entre fatuo y arrepentido de un hombre generalmente serio que ha tenido que olvidar su propia seriedad y no sabe á punto fijo si está contento.

—Haces la triste figura, doctor mio, decia el amigo Agenor, la triste figura... ¡pero aquella mujer es tan bella, y Leonardo tan fatuo!...

Leonardo esperaba en el *Cova* con cierta ansiedad.

—¿Conque?

—Se va.

—¿Dónde?

—Al campo, al lago, hoy mismo; no quiere oir nada de conciliacion.

—¿Y yo?

—Y tú en Julio te irás á los baños de Spa, te lo ordeno desde ahora para los ojos, y entónces la señora volverá á Milan, si quiere.

Leonardo quedó un tanto pensativo; despues, avergonzado de parecer preocupado por ello, estrechó la mano del doctor y le dijo riendo:

—Gracias, gracias, gracias.

El doctor que estaba próximo á ceder á otra debilidad de la fibra, venció sus escrúpulos, respiró libre y juzgó para sí:

—Si obrase de otra suerte, sería un imbécil.

(*Se continuará.*)



DESCARTES (1).



I.

La historia de la filosofía ofrece á los ojos del crítico atento é imparcial un singular espectáculo. Sometimes la filosofía á un movimiento rítmico constante, recorre en cada uno de los períodos en que puede dividirse su historia las mismas etapas, oscila siempre entre los mismos extremos, sufre las mismas acciones y reacciones, experimenta las mismas crisis, y cual si girara en cerrada órbita, terminada su evolucion, vuelve á repetirla de igual manera. El progreso en ella no se revela por el cambio de la direccion y del movimiento, sino por la suma de verdades que cada una de sus etapas va añadiendo á las ya atesoradas en lo pasado. La ley de los *ricorsi*, expuesta por Vico, completada por la teoría del progreso, sería acaso la fórmula más exacta á que pudiera reducirse la historia de la filosofía.

Confundida la filosofía en sus comienzos con la religion, que en suma no es otra cosa que una filosofía popular y simbólica, aparece en los orígenes como concepcion confusa de

(1) El trabajo que aquí publicamos es un extracto de la extensa y muy notable introduccion que nuestro compañero D. M. de la Revilla ha puesto en su traduccion de las obras de Descartes, cuyo tomo I acaba de publicarse en la *Coleccion de filósofos modernos*. — Madrid, Biblioteca Perojo. — 24 rs. Madrid; 26 en provincias.

(N. de la R.)

la realidad, formulada dogmáticamente, como germen indistinto en que se hallan revueltos y mezclados cuantos elementos diversos ha de desenvolver en el curso sucesivo de su historia. Una vez emancipada, dibújanse en ella contrapuestas tendencias, direcciones y métodos, que engendran contrarias soluciones y sistemas contrarios, por lo tanto, que reciben diferentes nombres según el terreno en que libran el combate.

Así, por lo que á la fuente del conocimiento y al método científico respecta, aparecen el sensualismo y el racionalismo idealista; por lo que á la concepción del ser humano se refiere, preséntanse el espiritualismo y el materialismo; por lo que á la concepción total de la realidad atañe, manifiéstanse el teísmo contra el ateísmo, y dentro del primero el deísmo dualista contra el panteísmo; y aún, puesto en cuestión el valor objetivo del conocimiento y con él el de la misma realidad, formúlense el realismo que los afirma y el idealismo que los niega.

Períodos enteros de la historia ocupa la lucha de estos sistemas opuestos, á ninguno de los cuales otorga en definitiva la fortuna la palma de la victoria, hasta que al cabo el cansancio acarrea el término del combate.

Entonces aparecen nuevas soluciones y sistemas nuevos. Por una parte, los que, hartos de dogmáticas y nunca probadas afirmaciones, y desesperando, ante semejante espectáculo, de que la verdad sea asequible á la razón humana, niegan la posibilidad del conocimiento científico y proclaman el escepticismo; por otra, los que conformes con aquéllos en el fondo, buscan en la fe religiosa la verdad que la razón no alcanza y se refugian en el misticismo; por otra, los que sospechando (no sin razón) que en batallas tales todos poseen una parte de verdad y otra de error, intentan resolver el conflicto reuniendo en vasta síntesis todas las doctrinas opuestas (sincretismo), eligiendo arbitrariamente lo mejor que en cada una se encuentre (eclecticismo), ó tratando de reunir las bajo un principio superior que las comprenda en cuanto afirmen y las excluya en cuanto nieguen (armonismo). Pero resultando ineficaces estas tentativas, y no satisfaciendo tampoco al espíritu la negación escéptica ni el éxtasis místico, preséntanse al cabo nuevas doc-

trinas que, planteando de nuevo el problema, estudian, no ya sus soluciones, sino los términos en que ha de plantearse y el alcance de las facultades del espíritu que han de examinarlo y resolverlo. Tales son las doctrinas críticas, que volviendo otra vez al punto de partida cierran el período filosófico y abren otro en que por regla general vuelve á repetirse, con desesperadora monotonía, la misma historia. Sócrates en la filosofía antigua, Bacon y Descartes en la moderna, Kant y Comte en la novísima, personifican estos momentos críticos de la historia de la filosofía, en que el pensamiento, cansado de batallar, vuelve sobre sí mismo para preguntarse si ántes de librar el combate, no será lo más oportuno probar detenidamente la calidad y el temple de las armas con que ha de combatir. ¿Cómo, sin embargo, tales esfuerzos son casi siempre infructuosos? ¿Cómo se explica que al criticismo de Sócrates sigan el exagerado idealismo de Platon y sus imitadores y el empirismo aristotélico? ¿Cómo que el mismo Descartes abra de nuevo el abismo que pretende cerrar y en que él propio se despeña, como sus discípulos Malebranche y Espinosa, y como los contrarios Hobbes, Gassendi y Locke? ¿Cómo á la severa crítica de Kant siguen las aventuras metafísicas de Fichte, Schelling, Hegel, Krause, Schopenhauer y tantos otros? ¿Cómo en el mismo positivismo de nuestro días se dibujan ya temeridades y dogmatismos que acaso anuncian, para plazo no lejano, nuevos desvanecimientos y caídas? Es que la razón del hombre, dominada por insaciable curiosidad y soberbia inaudita, no reconoce freno ni barrera; es que el insensato anhelo de saberlo todo es el gusano que corroe y corroerá quizás eternamente las entrañas de la filosofía; es que el espíritu humano, como el mar embravecido, arremete uno y otro día contra la inmóvil roca que le dice: *No pasarás*; y aunque al chocar con ella se rompa y quebrante y siempre retroceda, nunca cesa en su empeño, más arrogante cuanto más humillado, más tenaz cuanto más vencido.

Sin embargo, el progreso se cumple. Los sistemas pasan en vertiginoso torbellino; pero al pasar siempre dejan alguna parte de verdad. Cada sistema, impotente para resolver los problemas fundamentales de la ciencia, resuelve multitud de

problemas parciales, desvanece antiguos errores y deja en pos de sí luminoso rastro de su paso. Así, por una especie de acarreo, vándose depositando y aglomerando en el tranquilo cáuce de la ciencia numerosas verdades. Con ellas se mezcla á veces légamo inmundo; pero el torrente de los sistemas lo lleva consigo, cuando va á perderse en el océano de la historia. Los sistemas pasan, la verdad queda; y de esta suerte, por acumulacion incesante, se va formando aquella perenne y universal filosofía que no es sistema alguno determinado, pero á todos sobrevive; edificio á que cada cual trae su piedra y que nunca tendrá coronamiento, porque la verdad universal y absoluta no es ni puede ser patrimonio de la mísera razon humana.

Por eso la mejor de todas las filosofías es acaso la historia de la filosofía, porque sólo en ella puede el espíritu imparcial y despreocupado vislumbrar la verdad que bajo engañoso prisma le presenta cada sistema. Y como quiera que en esa historia (que está por hacer) los puntos culminantes son los grandes sistemas críticos que en ella señalan momentos decisivos, cerrando unas épocas, abriendo otras, y siendo como puntos en que el espíritu hace alto para examinar y juzgar lo andado y orientarse de nuevo en el camino, no hay para el filósofo estudio más provechoso que el de esos grandes pensadores, á quienes cabe la gloria de personificar esos períodos críticos de la historia de la filosofía.

Descartes y Bacon representan uno de estos momentos solemnes. Con ellos se cierra definitivamente el triste período de la Edad Media y se inaugura la Edad Moderna en la historia de la filosofía. Uno y otro, ántes de empeñarse en la resolución del problema de la ciencia, examinan los medios de que el hombre dispone para resolverlo, ó lo que es igual, ántes que el problema ontológico, plantean el crítico. Pero si el uno se mantiene en los límites que se trazara, el otro se lanza al punto en nuevas aventuras, y ninguno de ellos impide que se renueven los males que pretendieron evitar. Un sensualismo estrecho es el fruto de los trabajos de Bacon; un espiritualismo, no ménos estrecho, es el resultado de los esfuerzos de Descartes. La contienda torna á renovarse, sin que baste á evitarlo la ten-

tativa ecléctica de Leibnitz; y es necesaria una nueva crítica, la de Kant, para impedir la total ruina de la filosofía.

Pero ambos pensadores dejan en pos de sí inapreciables tesoros. Asienta Bacon las bases fundamentales del método experimental, y de este modo señala á las ciencias positivas su verdadera direccion; afirma Descartes la necesidad de la duda, y con ella la de la crítica, emancipa de una vez para siempre la filosofía del yugo teológico, y al hacerlo, crea el racionalismo, y apoya en base indestructible la libertad del pensamiento humano. Su sistema pasa, su método queda, y esto es lo suficiente para que su nombre quede indisolublemente unido á la santa causa del progreso. Si el baconismo y el cartesianismo ya no existen, ¿qué importa? En cambio quedan el método científico y el método filosófico creado por sus fundadores; quedan la independencia de la ciencia y la libertad del pensamiento por ellos proclamadas.

En estos momentos en que una nueva crisis, más profunda y decisiva acaso que las anteriores, trabaja el pensamiento humano no es por cierto inoportuno publicar las obras de tan ilustres genios. Si la historia política es maestra de la vida, la historia de la filosofía es maestra de la razón. Conocer los aciertos y los errores de los que nos precedieron en la penosa labor á que nos consagramos, es sin duda el más adecuado camino para imitar los primeros y precavernos de los segundos. Saber cómo Descartes, tomando tan seguros caminos, llegó á desastrosos fines, no es inútil para el filósofo en estos tiempos en que intentamos reproducir su empresa. Él también se gloriaba, como nosotros hoy, de volver á su natural asiento la extraviada razón humana, y sin embargo, fracasó en su generosa tentativa. Oportuno será, para evitar que otro tanto nos suceda, examinar cómo se desenvolvió el pensamiento de aquel hombre, sin duda uno de los más claros ingenios que registra la historia de la filosofía. Y en todo caso, nunca estará demás recordar lo pasado, del cual (querámoslo ó nó), es siempre continuación y consecuencia lo presente; que el desconocimiento y menosprecio de la tradición á nada conduce, como no sea á romper incésantemente la continuidad de la historia, á riesgo de caer en ignorados y profundos abismos.

Por estas razones hemos juzgado oportuno poner en lengua castellana las obras filosóficas de Descartes, nunca traducidas entre nosotros (que sepamos); haciéndolo con fidelidad tan escrupulosa, que á ella hemos sacrificado con frecuencia la elegancia de la forma; y creyendo prestar con ello verdadero servicio á nuestra patria, no muy versada en historia de la filosofía, ni muy familiarizada con los pensadores extranjeros, como quiera que en los tiempos en que la cultura filosófica y científica se difundía por la Europa entera, ella separada del mundo culto por esa muralla, más elevada é infranqueable que la de la China, que se llama *intolerancia religiosa*, yacía sosegada en plena Edad Media, gozando de esa tranquila calma de las tumbas, que todavía parece envidiable á tantos españoles.

Pero como quiera que juzgar las obras de un pensador sin conocer su vida es exponerse á graves errores, parécenos conveniente dar sumaria noticia de la de Descartes, exponer el estado en que se encontraba el pensamiento filosófico cuando él apareció, bosquejar en breves trazos sus doctrinas, y manifestar nuestra humilde opinion acerca de ellas, señalando á la vez la influencia que han ejercido en el desarrollo sucesivo del pensamiento. Tales serán los asuntos (harto superiores á nuestras fuerzas), que habrá de comprender la presente *Introducción*.

II.

El siglo xvi es uno de los más singulares de la historia. Los dos grandes hechos con que se inaugura, el Renacimiento y la Reforma, son dos movimientos reaccionarios que, por extraña inconsecuencia, producen revolucionarios resultados. La Edad Moderna comienza, en efecto, con una reacción. Borrar todo lo hecho por la Edad Media, volver á la vida antigua y á los antiguos ideales es el constante propósito de aquellos tiempos. Restaurar el arte y la ciencia de los antiguos, como también sus instituciones jurídicas, traer de nuevo el sentimiento de la vida entónces dominante, sustituir el espiritualismo con el naturalismo, y el anárquico individualismo germánico feu-

dal con el poderoso estado romano primero, con la libertad griega despues, tales son los intentos del Renacimiento, sucesivamente expuestos y realizados desde los comienzos del siglo xvi, hasta la Revolucion de 1789, que, bien examinada, es en suma la última etapa del movimiento iniciado por los juriconsultos y los humanistas. A esta reaccion artística, filosófica y política, corresponde otra reaccion religiosa igualmente lógica y necesaria. Al restaurar el mundo antiguo, no era posible restablecer el paganismo; pero sí lo era oponer á la religion de la Edad Media el primitivo cristianismo evangélico; tal fué la empresa acometida por los reformadores religiosos.

Pero esta reaccion en el fondo es revolucionaria. Con los principios restaurados vienen envueltos otros principios que encierran el gérmen de la revolucion. Si resucita el imperio romano bajo la forma del absolutismo moderno, renace tambien la democracia griega, y con ella el sentimiento de la libertad. Con el arte antiguo vuelve á la vida el humanismo que ha de expulsar del dominio del arte primero, y de la vida despues, todo lo que no sea puramente humano. Con la filosofía antigua se restaura la libertad de pensar, que fué su predominante elemento. Con el antiguo naturalismo despiértase de nuevo el amor á la naturaleza y ábrese camino, por tanto, la ciencia positiva, enemiga implacable de los ideales de la Edad Media. Por último, la restauracion del cristianismo primitivo entraña una rebelion contra la autoridad religiosa, que requiere la libertad de la conciencia, y lleva oculto el gérmen de un racionalismo que no se detiene en su carrera hasta disolver el protestantismo que inocentemente le diera abrigo, y poner en tela de juicio los fundamentos, no ya de la religion cristiana, sino de toda religion. Nunca, por consiguiente, se vió con más claridad que en aquella época la contradiccion que existe entre los propósitos del hombre y la implacable ley de la historia que le arrastra á donde él no quisiera ir.

La filosofía no se libra del influjo de esta ley. En los comienzos de la nueva edad preséntase en son de guerra contra el escolasticismo y con violenta reaccion contra la Edad Media. El lazo comun de todos los pensadores es el odio á la filosofía escolástica. Católicos sinceros y fervientes toman parte en esta

lucha sin calcular sus consecuencias, y destruyen con verdadero entusiasmo la única doctrina filosófica que con sus creencias puede conciliarse. Únense á ellos protestantes, humanistas y libre-pensadores, y en breve plazo cae á tan furiosos y repetidos golpes la filosofía escolástica que, trocada en miserable ergotismo, arrastra desde entónces lánguida existencia y sólo impera allí donde la intolerancia religiosa logra reducir al silencio el pensamiento libre.

Pero ¿qué oponen los pensadores del Renacimiento á lo que destruyen? Hé aquí dónde se muestra el carácter reaccionario y revolucionario á la vez de aquella época. Volver á la filosofía antigua es lo que todos se proponen. Unos (Ficino, Pico de la Mirandola, Ramus) renuevan el platonismo; otros (Pomponato, Cesalpini, Vanini) oponen al Aristóteles de la escolástica, el Aristóteles verdadero, aunque mezclando á veces sus doctrinas con concepciones de otras escuelas. Otros siguen direcciones independientes (Telesio, Vives, Campanella, Giordano Bruto) ó tratan de conciliar á Platon con Aristóteles, ó restauran el pitagorismo, el epicureismo y el estoicismo. Otros se pierden en los sueños del misticismo y de la teosofía (Nicolás de Cusa, Reuchlin, Paracelso, Cardano, Jacobo Boehme, Van-Helmont). Otros, por fin, ante el espectáculo de esta anarquía del pensamiento (Sanchez, Montaigne, Charon) proclaman el más radical excepticismo. Pero todos convienen en inspirarse en la filosofía del mundo clásico, cuyas múltiples manifestaciones reproducen.

Este movimiento de reaccion encierra, sin embargo, los gérmenes de una revolucion profunda. Un principio progresivo se desprende de toda esta lucha de sistemas: la libertad del pensamiento. Ya no es la filosofía comentario vivo de la fe, obsequio de la razon á la creencia, *theologiæ humilis ancilla*, sino libre esfuerzo del pensamiento humano que, fiado en sus propios recursos, se entrega á la indagacion de la verdad. La filosofía antigua fué, sobre todo, una filosofía racionalista; al ser renovada por los pensadores del Renacimiento traía consigo necesariamente el racionalismo. Demas de esto, venía envuelto en esta filosofía otro gran principio: el naturalismo. La naturaleza no era ya para los hombres del siglo xvi

la negra y satánica cárcel del espíritu, sino la *alma mater*, fuente de toda vida risueña y adorable, manifestacion la más alta del Dios creador, ó acaso su misma sustancia. Con el sentido naturalista habían de venir el sentido positivo de la indagacion científica y el desarrollo creciente de las ciencias naturales; había de venir tambien el sentido de la realidad contra el vacío formalismo de la escolástica. Unidos estos elementos al humanismo que la renovacion del arte antiguo traía á la vida, no era maravilla que la reaccion clásica entrañara una revolucion radical y decisiva.

Empero la filosofía del siglo xvi no podía ser la representacion exacta del pensamiento moderno. Faltábale originalidad, unidad y sistema. Componíase de direcciones aisladas y contradictorias, que á la postre engendraron confusion anárquica y no formaba una verdadera y acabada construccion arquitectónica. En realidad su mision estaba reducida á concluir con la escolástica, y mediante la restauracion de los antiguos sistemas agitar el pensamiento, desplegando ante él el cuadro de todos los problemas y de todas las soluciones, y prepararle así para hallar nuevas fórmulas adecuadas al espíritu de los tiempos. Como toda revolucion, su fin no era construir, sino preparar el terreno para nuevas construcciones. De erigir éstas se encargaron Bacon y Descartes.

III.

El siglo xvii es ménos brillante que el xvi. Este es una época juvenil en que todo respira entusiasmo, regocijo y atrevimiento. Es el período de expansion de la humanidad, libre por fin de las tinieblas de la Edad Media, deslumbrada por los resplandores del Renacimiento, llena de gozo y de esperanza, ansiosa de luz, de vida y de libertad. En el siglo xvii el espectáculo ha cambiado. Cruelles desengaños han muerto en flor muchas ilusiones; guerras sangrientas, escenas horribles han mostrado que ser libre no es tan fácil como á primera vista parece, y que la vida no es tan risueña como pensaron los humanistas. La Reforma ha fracasado en la Europa latina; la intolerancia religiosa ha recobrado parte de su imperio; el abso-

lutismo monárquico ha creado un régimen tan opresor y duro como el régimen feudal; la Edad Moderna ya ha pasado, por tanto, de su primera juventud; la experiencia, el desengaño, la madurez del juicio la impulsan á la reflexion y á la prudencia. La brillantez juvenil desaparece; la edad madura llega con su frialdad y su desencanto, pero tambien con la solidez de sus juicios y la grave medida de su conducta.

A este momento de la vida del mundo moderno corresponde necesariamente un período crítico. Así como el hombre al tocar en la edad madura hace exámen de conciencia, somete á juicio sus opiniones y actos juveniles, y trata de buscar firme asiento para la ulterior direccion de su vida, la humanidad hace lo mismo en el siglo xvii. La filosofía, sometiéndose á esta ley de la vida, cansada de sistemas contradictorios y de soluciones inconciliables, detiéndose á meditar sobre su propia obra, y se pregunta si la esterilidad de sus anteriores esfuerzos se deberá á un error de procedimiento; si ántes de hacer dogmáticas afirmaciones será oportuno estudiar los medios de que el espíritu se sirve para formularlas; si ántes de construir la realidad convendrá saber si es posible su conocimiento; si la ciencia de la ciencia debe preceder á la ciencia misma.

La filosofía del siglo xvii debia ser; por tanto, una filosofía crítica, y fijarse ante todo en cuestiones de método. Su verdadera mision era determinar claramente la naturaleza, funciones y límites del conocimiento, dejando á sus sucesores la construccion de los sistemas. Un método, una lógica, una arquitectónica científica, tales debieron ser los resultados de su obra; pero no lo fueron únicamente, por desgracia.

En dos naciones diferentes se produjo aquel movimiento filosófico y en cada una reflejó fielmente los caracteres propios de la raza que la poblaba. Inglaterra es un país eminentemente positivo y práctico. Establecida la raza que lo habita sobre un suelo ingrato y bajo un cielo sombrío y nebuloso, ha tenido que buscar en su propia actividad los bienes que le negara la naturaleza. Luchando un dia y otro por la existencia, la industria y el comercio han sido sus preocupaciones principales, y á su espíritu, agobiado por constante fatiga, no ha quedado tiempo para el culto de lo ideal, lujo permitido única-

mente á los pueblos de escasas necesidades y abundantes recursos naturales. Por eso allí la práctica se impone á la teoría y lo útil á lo bello; por eso la filosofía inglesa ha sido y será siempre experimental y positiva. Bacon, reflejando con fidelidad el genio de su raza, atendió solamente á trazar las leyes del método inductivo, á determinar las condiciones de la experiencia y á fundar una filosofía modesta y prudente, de aplicación inmediata á las necesidades de la vida, y por consiguiente relacionada sobre todo con las ciencias positivas. Fecundo en sus principios el método baconiano, es todavía la base de las ciencias experimentales; pero extraviado en una dirección metafísica y moral por Hobbes y Locke concluyó por engendrar un sensualismo exagerado, no ménos exclusivo y falso que el sistema opuesto. Así y todo, la obra de Bacon no ha sido ménos duradera que la de Descartes, y acaso más fecunda en resultados provechosos.

En Francia el movimiento tomó caracteres muy diversos. El espíritu francés, brillante y ligero, gusta en materia filosófica de atrevidas construcciones. Las altas aspiraciones del espíritu tienen allí más cabida que en Inglaterra. Sin dejar de ser activo, industrioso é interesado el pueblo francés ostenta marcado idealismo en todas sus cosas. Dotado de viva fantasía y ardientes pasiones, prefiere lo bello á lo útil en lo que á las elevadas esferas de la vida atañe, y tiene mucho de artista, de soñador, y aún de aventurero. Los límites, los miramientos, las prudentes reservas, los prácticos temperamentos que al pueblo inglés agradan, disgustan al francés profundamente. Su espíritu claro y penetrante se enamora de la lógica, busca incesantemente lo absoluto, y está dispuesto siempre á lanzarse en aventuras metafísicas. Afirmado un principio, ha de desarrollar lógicamente todas sus consecuencias en plazo brevísimo, sin cuidarse del tiempo y del espacio, de las lecciones de la experiencia, ni de las exigencias y necesidades de la práctica. En ese pueblo la filosofía es una metafísica sencilla clara, transparente, rigurosamente lógica, llena de idealismo y de brillantez.

No era posible, por tanto, que Descartes resolviera como Bacon el problema que á entrambos se ofrecía. En pos de la

crítica debía exponer la afirmacion; desarrollado el método, había de aplicarle inmediatamente á la resolución de todas las cuestiones; su filosofía no podía ser un experimentalismo tímido y circunspecto, sino una metafísica brillante, espiritualista, penetrada por el ideal y llena de nobles y simpáticas aspiraciones.

El problema, además, se presentaba en Francia en condiciones muy distintas de las que ofrecía en Inglaterra. La escolástica no tenía en esta última nación el predominio que en aquella. Francia había sido su centro más brillante; en la Sorbona había asentado su trono, y vencerla allí era empresa difícil en que habían fracasado no pocos y había perdido Ramus la existencia. Por otra parte, la Iglesia era en Francia un poder fortísimo con que era preciso contar y al cual no podía agradar una filosofía experimental ó sensualista. Si la filosofía quería allí emanciparse del yugo teológico, fuerza era que resolviese con criterio creyente los problemas capitales de la ciencia, y que diese á su vez las soluciones que á su juicio no había logrado dar la escolástica. Necesitaba contar además, como dejamos dicho, con el espíritu francés, tan refractario á toda crítica, que aún no ha llegado á estimar ni comprender los trabajos de Kant, y al punto ha dado carácter dogmático al positivismo. La reforma filosófica, por tanto, tenía que ser en Francia completamente distinta de lo que fuera en Inglaterra; y siendo así, y planteándose el problema de ambos pueblos en sus términos más opuestos y contradictorios, natural era que sucediese lo que sucedió; esto es, que al nuevo período crítico no siguiese la armonía, sino el combate y la oposición en toda su aspereza. Por eso la antigua contienda entre sensualistas é idealistas, se renovó con mayor furia que nunca, y la reforma no dió los resultados que debía producir.

Estas condiciones con que el problema filosófico se planteaba en Francia habían de influir necesariamente en el espíritu de Descartes. El hombre, por libre y original que sea, jamás se sustrae por completo á las influencias del medio ambiente. La personalidad no es el producto exclusivo del carácter individual, sino la resultante compleja de multitud de circunstancias. La raza, la nación, el pueblo, la familia, la época, el esta-

do social entran á formarla tanto como las cualidades individuales heredadas y adquiridas. Todo hombre es, quiéralo ó no, hijo de su pueblo y de su siglo, y áun cuando parece contrariarlos, y pretende imponerse á ellos, fácil es observar que en el fondo inconscientemente los refleja. Sin duda que con estas influencias combina lo que hay en él de original y propio; pero sería tan erróneo juzgar su obra, atendiendo sólo á su peculiar carácter personal, como prescindir de éste para formular semejante juicio. Por eso al juzgar á un filósofo como Descartes, hay que tener en cuenta el estado y condiciones del medio en que se desarrolló su pensamiento, y no olvidar que, por grande que fuera su genio, *no hizo más que lo que pudo hacer*, dadas las circunstancias en que apareció, y dadas también sus condiciones personales que, sin embargo, en circunstancias distintas, hubieran probablemente producido frutos muy diversos. Para apreciar estas condiciones, es necesario dar alguna idea de la vida de Descartes.

IV.

La vida de Descartes tiene poco ó nada de dramática, pero tampoco es tan monótona y oscura como ha solido ser la de la mayor parte de los filósofos. Aunque aficionado á la soledad y al sosiego, no fué Descartes uno de esos pensadores que perpetuamente éncerrados en su gabinete jamás llegan á saber lo que es el mundo. Léjos de eso, ántes de dedicarse exclusivamente al estudio, vivió en ámplia comunicacion con el mundo, y pudo adquirir la suficiente experiencia de la vida para conservar siempre aquel sano sentido práctico y aquella claridad de entendimiento que tanto distinguen á sus obras.

Renato Descartes, señor del Perron, fué hijo de Joaquin Descartes, consejero del Parlamento de Bretaña y procedente de una noble y antigua familia de la Turena, y de Juana Brochard, hija de un lugarteniente general de Poitiers. Nació en la Haye, poblacion de la Turena, que hoy pertenece al departamento de Indre-et-Loire, el 31 de Marzo de 1596. Crióse débil y enfermo y mostró desde sus primeros años sus felices disposiciones para la ciencia.

A los ocho años de edad fué enviado á Paris para comenzar sus estudios, ingresando en el célebre colegio de Fléche, que estaba á cargo de la compañía de Jesús. ¡Cosa singular por cierto que Descartes y Voltaire, padres del racionalismo, hayan sido educados por los jesuitas!

Dedicóse en el colegio á las matemáticas y á la filosofía con verdadero afán, cultivando además la poesía, á que siempre fué muy aficionado. Reveló allí la independencia de su pensamiento y su espíritu verdaderamente filosófico, y advirtió bien pronto las imperfecciones de la doctrina escolástica y la necesidad de buscar nuevos y más seguros caminos para la filosofía.

Terminados sus estudios, salió del colegio en 1612 y pasó un año en Rennes al lado de su familia, escribiendo allí su primera obra, que fué un *Tratado de esgrima*. Destinábale su padre á la carrera de las armas, pero ántes de hacerle entrar en ella, envióle á Paris para que gozara de su juventud. Allí vivió Descartes por espacio de tres años dedicado primero á los placeres y galanteos propios de su edad, y consagrado despues, en oculto y retirado albergue, al estudio del álgebra y la geometría, que siempre fueron sus ciencias favoritas.

Decidido al cabo á entrar en el ejército, alistóse bajo las banderas del príncipe Mauricio de Nassau, y bajo las del duque de Baviera despues. Sirvió luégo á las órdenes del conde de Bucquoy, y por fin se retiró del servicio en 1621.

Durante este tiempo hizo Descartes numerosos viajes y aprovechó todos los momentos de descanso que le dejaba su vida militar en perfeccionar sus estudios filosóficos. Por entónces escribió su *Compendium medicæ*, sus *Consideraciones sobre las ciencias*, y sus tratados *Del Algebra*, *Demócrito*, *Experimenta*, *Præambula* y *Olimpica*. De estas obras sólo la primera ha llegado á nuestras manos; tambien por esta época concibió la idea y formó el plan de su célebre *Discurso del Método*.

Despues de varios viajes por Alemania, Holanda, Flandes é Italia se fijó en Paris, donde se dedicó á sus trabajos científicos, que interrumpió en 1628 para tomar parte, como vo-

luntario, en el sitio de la Rochela; terminado éste, se decidió á buscar un país tranquilo en que pudiera continuar sus estudios sin que nadie le molestara, y habiendo elegido la Holanda, se trasladó á ella en 1629, y permaneció allí por espacio de veinte años.

Esta es la época más fecunda de la vida de Descartes. Entonces escribió el *Discurso del Método*, que publicó en frances en 1637, la *Dióptrica*, la *Geometría* y el *Tratado de los Meteoros*, que aparecieron unidos al *Discurso*, las *Meditaciones metafísicas*, escritas en latin y publicadas en 1641, con las *Objeciones* que se le habían hecho y las *Respuestas* de Descartes, y los *Principios de la filosofía*, escritos tambien en latin y publicados en 1643.

No faltaron á Descartes disgustos y contrariedades en aquella época. En 1640 recibió la triste noticia de la muerte de su padre, única persona de su familia que le había comprendido y estimado, pues sus hermanos siempre fueron con él malévolos y desleales. En 1640 perdió á su hija natural Francina, nacida en 1635. A estos pesares de familia se unieron contrariedades de otra especie. Los jesuitas declararon la guerra á las doctrinas cartesianas é hicieron todo lo posible para que Descartes fuera perseguido: Gilberto Voecio, rector de la Universidad de Utrecht, le acuso de ateísmo y con tal encono le combatió, que Descartes tuvo que acudir en demanda de proteccion á la embájada francesa. Los teólogos protestantes secundaron á los católicos en esta obra de persecucion. Reprodújose, en suma, la eterna lucha entre la intolerancia religiosa y el libre pensamiento, y sólo la prudencia, quizá excesiva, de Descartes, impidió que la filosofía contara una víctima más en su doloroso catálogo de mártires.

Trabajaba entre tanto Descartes en su *Tratado del Mundo ó de la luz*, cuya publicacion aplazó al tener noticia de la inicua condenacion de Galileo, y en los tratados *del hombre* y *de la formacion del feto*. Ocupábase diariamente en experiencias físicas y cálculos y estudios matemáticos; trababa relaciones con personas de elevada categoría y de notable talla científica, como la princesa Isabel, hija de Federico V, elector palatino y rey de Bohemia, Pascal y Gassendi; veía aumentarse de dia

en día el número de sus discípulos, crecer su fama y dilatarse sus doctrinas por los centros científicos de más importancia; obtenía del cardenal Mazarino una pensión de tres mil libras; y viviendo en dulce calma y holgada posición, gozaba de toda la felicidad apetecible, solamente turbada por los denuestos de sus adversarios y las maquinaciones de sus enemigos.

En 1645 Chanut, amigo y entusiasta de Descartes, pasó á ocupar un puesto diplomático en la corte de la célebre reina Cristina de Suecia, y tantos elogios y encarecimientos hubo de hacer de Descartes, que aquella princesa entró en vivos deseos de conocerlo y atraerle á su corte. Rechazó Descartes en un principio las proposiciones de Cristina, transmitidas por Chanut; pero entabló curiosa y notable correspondencia con aquella ilustrada princesa, y al cabo, en 1649, partió para Stockolmo, despues de entregar al impresor Elzevir el manuscrito de su *Tratado de las pasiones*, que se publicó en aquel mismo año. Cristina acogió admirablemente á Descartes, y se puso inmediatamente á estudiar filosofía bajo su dirección.

La estancia en Suecia fué funesta para Descartes. Obligado en aquel rigurosísimo clima á acudir á las cinco de la mañana á la biblioteca de Cristina, su salud se resintió muy pronto. Una pulmonía se apoderó de él, y agravado su mal rápidamente, el gran filósofo murió á las cuatro de la mañana del día 11 de Febrero de 1650, con serenidad extraordinaria y cristiana resignación. Contaba al morir cincuenta y tres años de edad. Los restos de Descartes fueron trasladados á París en 1667 y depositados con gran pompa y solemnidad en la iglesia de San Estéban del Monte, donde se hallan actualmente. La intolerancia le persiguió, sin embargo, hasta en la tumba, y en el mismo día de sus exequias la córte prohibió la oración fúnebre que en honor del gran filósofo debía pronunciar el Padre Lallemad, canciller de la Universidad. ¡Vanos esfuerzos! A pesar de sus enemigos, la memoria de Descartes vive y vivirá siempre en el corazón de la humanidad, que en él admira al inmortal fundador del racionalismo, y al renovador de la filosofía moderna; y poco importa que la corte prohibiera la oración fúnebre del pensador insigne si la

posteridad proclama sus grandezas á la par que hunde en el olvido y cubre de desprecio el nombre de sus adversarios.

Ademas de las obras que publicó en vida (el *Discurso del método*, la *Geometría*, la *Dióptrica*, los *Meteoros*, las *Meditaciones metafísicas*, las *Respuestas* á las objeciones que contra éstas se hicieron, la *Carta á Voecio*, los *Principios de la filosofía* y las *Pasiones del alma*), escribió el *Tratado del mundo ó de la luz*, los *Tratados del hombre y de la formación del feto*, el *Compendio de la música*, la *Mecánica*, las *Reglas para la dirección del ingenio*, la *Indagación de la verdad por medio de la luz natural*, los *Pensamientos sobre la generación de los animales y sobre los sabores*, y una inmensa colección de *Cartas*, todo lo cual se publicó después de su muerte. Todas estas obras se escribieron en latín, excepto el *Discurso del método*, la *Dióptrica*, la *Geometría*, los *Meteoros*, las *Pasiones del alma*, el *Tratado del mundo*, los *Tratados del hombre y de la formación del feto*, y la *Mecánica*, que se escribieron en francés. Consta, además, que escribió las siguientes obras, que todas se han perdido:

- 1.^a *Parnassus.*
- 2.^a *Olympica.*
- 3.^a *Democrítica.*
- 4.^a *Experimenta.*
- 5.^a *Præambula.*
- 6.^a *Thaumantis Regia.*
- 7.^a *Introducción acerca de los fundamentos del álgebra.*
- 8.^a *Fragmentos sobre la naturaleza é historia de los metales.*
- 9.^a *Observaciones sobre la naturaleza de las plantas y de los animales.*
10. *Descripción del cuerpo humano.*
11. *Compendio de las matemáticas puras.*
12. *Fragmentos acerca de las ciencias de los números y de la física.*
13. *Tratado de los animales.*
14. *Tratado del estudio del buen sentido ó Studo idum bonæ mentis.*
15. Una comedia escrita en Suecia dos meses ántes de su muerte.

16. Los versos y la prosa de un baile, cuyo argumento era la paz de Munster.

17. Diversos fragmentos sobre varias materias.

De las obras de Descartes se han hecho numerosas ediciones. De las filosóficas se han publicado muchas, siendo las más importantes las latinas de Elzevir (Amsterdam, 1650, 1664 y 1672), de Amsterdam (1685) y Francfor (1692), y las francesas de Garnier (Paris, Hachette, 1835), Aimé-Martin (Paris, Desrez, 1838), Julio Simon (Paris, Charpentier, 1863). Hay también ediciones de las obras completas, mereciendo citarse las latinas de 1677 y de Amsterdam (1692-1701), la francesa de Paris (1741-1725) y la gran edición francesa de Víctor Cousin (Paris, Levrault, 1824-1826).

V.

Era Descartes hombre de baja estatura, de cabeza muy grande, frente ancha y prominente, cabellos negros que le caían sobre las cejas, y que sustituyó en su edad madura con una peluca. Tenía los ojos muy separados, la nariz ancha, saliente y larga, grande la boca, belfo el labio inferior, ovalado el rostro, pálida la tez en sus primeros años, encendida en la juventud y aceitunada en la madurez. Su voz era débil, la expresión de su rostro severa y meditabunda. Gastaba bigote y perilla al estilo militar; vestía bien, pero sin lujo, prefiriendo siempre el color negro; era muy sobrio y nada bebedor; trabajaba con asiduidad; era muy metódico y vivía con orden y economía, pero sin ser avaricioso. Eran sus lecturas favoritas la Biblia y la Suma de Santo Tomás, y su estudio predilecto las matemáticas; pero nunca fué exclusivo ni menospreció lo que no era de su competencia. Gustaba de la soledad y del reposo, pero no por eso era misántropo ni huía del mundo, y nunca cayó en las extravagancias en que han incurrido muchos filósofos. Agradábale poco exhibir su persona, y evitaba el hablar en público, prefiriendo siempre la polémica por escrito al debate oral. Amaba sobre todas las cosas su tranquilidad, y por eso pecó no pocas veces de sobrado tímido y condescendiente con sus adversarios.

No era cobarde, sin embargo; portóse como bueno en su profesion militar, y en ocasiones mostró pasmosa serenidad y valor personal. En uno de sus viajes por Alemania iba en una barca acompañado por un criado; tomáronle los barqueros por un comerciante extranjero, y creyendo que no comprendía su lengua, decidieron robarlo y darle muerte. Oyó Descartes la conversacion, y sacando la espada lanzóse sobre ellos, increpólos en su propia lengua, los intimidó y terminó felizmente su viaje. Generoso, tanto como valiente, vióse provocado en cierta ocasion por un pretendiente de madame de Rosay, á la cual galanteaba Descartes, y habiéndole desarmado, le perdonó la vida, diciéndole que se la debía á aquella hermosa señora, por la cual había tenido la dicha de exponer la suya.

Era afectuoso con sus inferiores, y tan agradecido y cariñoso, que uno de sus preferentes cuidados fué atender al bienestar de su nodriza, á la que señaló una pension que pagó religiosamente. Sensible á los goces del amor gustaba mucho de las mujeres, si bien las trataba con ese encogimiento y torpeza que suele ser propio de los sabios. Decía Madame de Rosay que la única galantería que escuchó de labios de Descartes era que no había belleza comparable á la de la verdad, y que le oyó decir muchas veces, que las tres cosas más difíciles de hallar eran una mujer hermosa, un buen libro y un buen predicador. No obstante, debió tener algunos triunfos amorosos, y prueba de ello fué el haber tenido una hija natural, cuya temprana muerte fué uno de los mayores pesares de su vida. Sin embargo, en cierta ocasion aseguró á Clerselier que éste había sido el único pecado de este género que había cometido; afirmacion poco conciliable con la alegre y libre vida que llevó en Paris en sus primeros años.

Desinteresado y generoso, leal y amante de la justicia, dotado de nobles y puros sentimientos, caritativo para los desgraciados, fiel á sus amigos, agradecido á sus bienhechores, Descartes sería uno de los más perfectos y elevados caracteres que nos ofrece la historia, si no oscurecieran un tanto sus bellas cualidades defectos tan graves como el orgullo, la intransigencia, y un exceso de timidez y condescendencia que en

ocasiones ponía en peligro su propia dignidad. Intratable en cuanto se refería á sus doctrinas, ni atendía á razones, ni soportaba contradicción, ni respetaba opinión que á la suya se opusiese. Juzgábase infalible, creíase único y exclusivo poseedor de la verdad absoluta y consideraba como grave ofensa toda oposición á lo que él pensara. Intemperante y descortés en la polémica, llegaba hasta el insulto y la grosería al contestar á sus adversarios, sobre todo si eran débiles y no tenían autoridad que pudiera perjudicarle. Defecto es este muy común en los que abrigan la ilusión insensata de haber descubierto esa verdad absoluta, eternamente negada á los inútiles esfuerzos del hombre.

Al mismo tiempo su anhelo de tranquilidad, su temor á la persecución le impulsaron á todo género de deplorables condescendencias y humillaciones. Nunca tuvo Descartes el valor de sus convicciones. Apresuróse á aplazar indefinidamente la publicación de su *Tratado del Mundo* luego que llegó á su noticia la condenación de Galileo; mostróse mil veces dispuesto á abdicar, con hipócrita humildad, de sus ideas ante poderes que en el fondo de su alma despreciaba; rodeó de reservas y circunloquios sus opiniones astronómicas en *Los principios de la filosofía*: manchó sus admirables *Meditaciones* con una servil dedicatoria á la Sorbona que hace poco honor á la independencia de su espíritu y á la dignidad de su carácter; y demostró cumplidamente que, siendo fundador del racionalismo, carecía de las condiciones necesarias para mantener en su persona la integridad y pureza del libre pensamiento que proclamaba. Triste espectáculo ofreció con esto; grave censura por ello merece; pero ¿no deberá ser mayor la que recaiga sobre los que con su bárbara intolerancia así envilecían y rebajaban los más nobles caracteres? De la abyección de la víctima es responsable en primer término el verdugo.

Poseyó Descartes una de las inteligencias mejor organizadas que registra la historia. Apenas hubo ciencia en que no brillase y en que no dejase profunda huella de su genio; ¡tan vastos eran sus conocimientos y variadas sus aptitudes! Espíritu profundamente reflexivo y metódico, dotado de claro y

penetrante entendimiento y de admirable sentido práctico, si se extravió en sus indagaciones y no acertó á cumplir la misión que se había impuesto haciendo una verdadera crítica de la razon humana, no tanto fué por pecar de idealista, como por obedecer á propósitos preconcebidos y no plantear con el acierto necesario las cuestiones. Más que el vuelo aventurero del espíritu perjudicáronle acaso el rigorismo lógico y el sentido mecánico y abstracto que imponen á toda inteligencia los estudios matemáticos. Su idealismo fué más propio de geómetra que de metafísico ó poeta.

Distinguióse siempre por la claridad de sus razonamientos, el método de sus indagaciones y su apego constante al buen sentido. Nunca fué capaz de erigir un edificio tan grandioso y fantástico como el de Hegel, de perderse en las nubes como Schelling, ni de envolverse en las sombras de que rodea su místico y soñador pensamiento Krause. Su filosofía, errónea sin duda, es clara y luminosa, sencilla y comprensible, y ya que no por el sentido, aseméjase por la forma á la de los ingleses. Acaso no fué siempre tan profundo en sus concepciones ni tan minucioso en sus análisis como fuera de desear; quizá en más de una ocasión pecó de ligero, pero nunca de oscuro y enigmático. A él debe la filosofía francesa (y mejor aún el pensamiento frances) esa transparente claridad, que es á la vez cualidad y defecto: cualidad, porque gracias á ella puede la Francia divulgar y hacer comprensibles las abstrusas concepciones de los alemanes y dar amenidad á los áridos trabajos de los ingleses; defecto, porque acaso la imposibilita para crear una filosofía profunda y seria.

No desdeñó Descartes las galas de la imaginacion, ni por ser filósofo se olvidó de ser literato. Fué siempre aficionado á las bellas letras; escribió poesías en sus primeros años; compuso una comedia en los últimos, y siempre concedió singular atención á la forma literaria en cuantos escritos salieron de sus manos. Fué, por eso, no sólo el primer filósofo, sino uno de los grandes escritores de la Francia, y su elegante prosa considérase allí como modelo digno de ser estudiado.

Procuró dar á la prosa francesa el giro propio de la latina, y escribió sus obras en rotundos y redondeados períodos, lle-

nos de elegancia y de armonía. Su estilo es severo y majestuoso, á la par que sencillo y claro; sin que falten en él, cuando la ocasion lo requiere, bellas y exactas imágenes y verdaderos rasgos de elocuencia. Vivo, epérgico y nervioso en la polémica, reposado en la exposicion, sentido en ocasiones, el estilo de Descartés es siempre bello, como castizo, correcto y elegante su lenguaje.

Tal fué Descartes. Orgullo de la Francia y gloria de la humanidad, que en él contempla uno de los más altos representantes del pensamiento filosófico, su fama se dilató en breve tiempo por el mundo, y su sistema reunió portentoso número de sectarios, suscitando á la par numerosos y encarnizados enemigos, el mayor de los cuales fué la teología, que adivinando tras la aparente ortodoxia de la doctrina gravísimo peligro, mostrósele hostil muy luégo y combatió contra él denodadamente. Hoy el sistema de Descartes ha pasado á la historia; una escuela insignificante y desacreditada, sostenida en Francia más por la proteccion oficial que por sus propias fuerzas, es la única que á la desesperada lo defiende. Pero el principio que lo anima subsiste íntegro y sin menoscabo, y ese principio es el alma misma de la filosofía moderna. El cartesianismo ha muerto; Descartes vive y vivirá miéntras exista como ley fundamental de la ciencia y de la vida el gran principio de la libertad de pensar.

(Se continuará.)





LA LIBERTAD DE LA CIENCIA

EN EL ESTADO MODERNO (1).

CUANDO he sabido por nuestra Junta Directiva que yo tendría el honor de hablar al Congreso, me he preguntado si, volviendo al punto de vista desarrollado primero por mí y recordado últimamente por Mr. Klebs, debía exponer una parte de las más recientes adquisiciones de nuestra ciencia. Me he decidido, sin embargo, á escoger más bien una tesis de carácter general, ante todos porque, segun mi opinion, ha llegado el tiempo en que deben cruzarse ciertas explicaciones entre la ciencia que nosotros representamos y cultivamos y la vida general; y así tambien porque en la historia de los pueblos continentales se aproxima,

(1) En el Congreso de médicos y naturalistas alemanes que ha celebrado su 50.º aniversario en Munich, fueron encargados de llevar la palabra en las sesiones generales los profesores Naegeli, Hacckel y Virchow. Este último pronunció el discurso que traducimos y que tiene grandísima importancia, no sólo porque representa fielmente las tendencias de la ciencia contemporánea, sino tambien porque marca una division que cada dia se acentúa entre dos partidos que podrían llamarse por su analogía con los políticos revolucionario y conservador. El discurso del profesor Virchow puede considerarse como el programa de aquellos que en la ciencia aspiran á refrenar los impulsos generosos sí, pero ciegos, de una especulacion arbitraria y mantener el prestigio de la ciencia por la escrupulosa moderacion de sus afirmaciones, sin que estos propósitos cedan en resistencia á los progresos legítimamente realizados. Por esto los hemos llamado conservadores, atribuyendo á esta palabra su recto sentido.

(N. de la R.)

cada vez más el instante en que los destinos intelectuales de las naciones habrán de ser fijados tal vez para mucho tiempo.

No es esta la primera vez que con ocasion de Congresos científicos llamo vuestra atencion sobre los acontecimientos dramáticos, por decirlo así, que se preparan en un país vecino. Repetidas veces, y precisamente en la época en que un Congreso científico celebraba sus sesiones, he podido apoyarme sobre sucesos que se habían realizado al otro lado del rio y que aunque en apariencia extraños á nuestros estudios, corresponden, sin embargo, en último análisis á la cuestion todavía pendiente de que se trata, á saber, la determinacion del papel que la ciencia moderna debe representar en el estado moderno. Seamos francos (aquí podemos serlo tal vez bajo un doble punto de vista), se trata de la cuestion del ultramontanismo y de la ortodoxia. Bien puedo decir que experimento una verdadera inquietud esperando los acontecimientos que se han de realizar de aquí á algunos años entre nuestros vecinos. En el momento presente podemos contemplar la Alemania con cierto orgullo y considerar con tranquilidad el curso de las cosas. Pero hoy dia, en que estamos ocupados en celebrar el quincuagésimo aniversario de este Congreso, se ofrece ciertamente la ocasion de recordar la gran mudanza que se ha realizado en Alemania, y especialmente en Munich, desde el dia en que Oken reunió en Leipzig por primera vez á los naturalistas y á los médicos.

Sólo intentaré hacer resaltar dos hechos bastante conocidos, pero bastante importantes para ser de nuevo recordados. En primer lugar, en 1822, en el momento en que el escaso número de hombres que formaban el primer Congreso de sabios alemanes se reunieron en Leipzig, semejante reunion parecia entónces bastante peligrosa para que debiera realizarse en la sombra del misterio. Los nombres de los miembros austriacos no se han podido publicar por primera vez hasta 1861, treinta y nueve años despues. El segundo hecho, que se refiere directamente á la memoria de Oken, es éste: Oken, este sabio, estimado con justicia célebre gloria de la Universidad de Munich, hubo de ir á espirar en el destierro en el mismo canton suizo en que Ulrico de Hutten terminó su existencia

de luchas y de tormentos. Sí, señores, el amargo destierro que ha herido los últimos años de Oken; que lo ha hecho languidecer lejos de la ciudad á la cual él habia sacrificado lo mejor de sus fuerzas y de su vida, este destierro quedará como la firma de la época que nosotros hemos atrevesado victoriosamente. Y miéntras haya un congreso de sabios alemanes deberemos acordarnos con reconocimiento del hombre que hasta su muerte ha ofrecido en sí mismo todos los caracteres de los mártires, y deberemos señalarlo como uno de los campeones que han combatido para conquistarnos la libertad de la ciencia.

Por el momento, señores, es fácil en país aleman hablar de la libertad de la ciencia; por el momento, aquí donde hace algun tiempo se temía una nueva catástrofe que bruscamente pusiese á la órden del dia el conflicto exterior, estamos tranquilos, y con todo reposo de espíritu podemos discutir los problemas más elevados, los más difíciles de la vida y del mundo. Y ciertamente las discusiones que han ocupado las sesiones generales en la primera y en la segunda, prueban suficientemente que Munich es hoy un sitio en que los representantes de la ciencia pueden expresarse con la más completa libertad. No he podido oír todos aquellos discursos, pero he leído despues el de Mr. Haeckel como tambien el de Mr. Naegele, y debo decir que, por lo que respecta á libertad de discusion, no podemos pedir más.

Si sólo se tratara de celebrar esta conquista no hubiera pedido la palabra sobre semejante asunto; pero, señores, nos encontramos en momentos en que se trata de investigar si podemos esperar que se consoliden para el porvenir los resultados de que hoy dia gozamos. Para cualquiera que, como yo, tiene una larga experiencia de la vida pública, no se sigue de que hoy estemos en situacion de discutir así el que quedemos asegurados de poder siempre hacerlo. Segun mi opinion, no sólo debemos intentar excitar momentáneamente el interes público, sino que debemos tambien preguntarnos qué hemos de hacer para conservar el estado de cosas en que nos hallamos. Me creo tambien obligado á deciros lo que quería ofreceros con el resultado capital de mis reflexiones, lo que yo quisiera,

sobre todo, demostrar ahora. En mi sentir, y esto es lo que desearía hacer evidente, nosotros no tenemos por el momento nada que pedir, ántes bien hemos llegado á tal punto, que debemos sobre todo proponernos hacer durar las disposiciones favorables que la nacion manifiesta hoy dia con respecto á nosotros por medio de nuestra moderacion, por una cierta abnegacion de nuestras preferencias y de nuestras opiniones personales.

Segun mi modo de ver, lo que nos pone realmente en peligro es el uso excesivo de la libertad que nos conceden las circunstancias actuales, abuso que compromete el porvenir, y yo desearía preveniros contra la continuacion de la arbitrariedad, abandonada á la fantasía personal que en nuestros dias extiende su influjo sobre más de una region de la ciencia. Los discursos que han sido pronunciados por mis predecesores en este sitio, en particular por Mr. Naegely, encierran una serie de observaciones muy importantes sobre la marcha y los límites del conocimiento científico que yo no intentaré repetiros. Pero á estas proposiciones debo tambien oponer algunos reparos, y con este objeto citaré algunos ejemplos prácticos tomados de las ciencias; quisiera mostrar toda la diferencia que existe entre lo que llamamos ciencia real en el sentido estricto de la palabra, para la cual se debe reclamar, segun mi parecer, el conjunto de todas las libertades, lo que podría llamarse con mayor precision *la libertad de la enseñanza científica*, y en oposicion á aquélla este campo más vasto que corresponde más bien á la especulacion que plantea los problemas, que determina las cuestiones hácia las que debe dirigirse la investigacion, que formula de antemano y con acento profético una serie de proposiciones que por sí mismas exigen demostracion, pero sirven para cegar provisionalmente y con una cierta verosimilitud las lagunas del saber humano. No debemos olvidar que hay un límite que separa el campo especulativo de la ciencia y el campo de los resultados efectivamente adquiridos y perfectamente determinados. Se nos pide que este límite sea trazado, no sólo como de pasada, sino que con una precision cada vez mayor, y sobre todo que lo determinemos de manera que cada cual tenga conciencia más y más

clara del lugar en que aquél se encuentra, y sepa más y mejor cada día en qué medida está demostrado y es conforme á la verdad lo que se le enseña. Hé aquí, señores, el problema de que vamos á ocuparnos. Las cuestiones prácticas que se refieren á este punto están muy próximas y relacionadas entre sí; es evidente que lo que consideramos como verdad cierta, científica, hemos de exigir que ingrese por completo en el tesoro intelectual de las naciones. La nación debe asimilarse estas verdades absolutas y digerirlas y elaborarlas más y mejor. En esto mismo consiste precisamente el doble interés que las ciencias ofrecen al Estado. Por una parte, el progreso material, este progreso ántes desconocido que nos muestra la época presente, todo lo que nos han traído la máquina de vapor, el telégrafo, la fotografía, etc., los descubrimientos químicos, la técnica de los colores, etc., todo descansa esencialmente sobre que los hombres de ciencia hemos establecido de un modo incontestable ciertos teoremas, y que cuando han quedado probados y ciertos, cuando sabemos exactamente dónde está la verdad científica, lo comunicamos á la nación. Entónces los demás pueden también, aprovechándose de estos trabajos, crear cosas nuevas en las cuales nadie había pensado nunca ni áun en sueños, y que penetran de repente en el mundo y transforman las condiciones de la sociedad y del Estado. En esto consiste la importancia material de nuestros trabajos. Lo mismo sucede, bajo otro punto de vista, respecto á su importancia intelectual. Cuando doto á la nación de una verdad científica, determinada de un modo indudable, cuando yo pido que cada cual se penetre de la exactitud de esta verdad, que la acoja, que la incorpore á su propio pensamiento, supongo naturalmente que la noción general que él tiene del mundo, encontrará así un medio de precisarse más, de completarse. Toda novedad esencial de esta naturaleza debe ejercer una influencia sobre el conjunto de los conceptos del hombre, sobre su manera de pensar.

Consideremos, por ejemplo, tomando un caso muy reciente, los progresos que han sido realizados en estos últimos años respecto del conocimiento del ojo humano, desde el día en que se pudo establecer una exacta distinción anatómica entre los

diferentes tejidos del ojo, en que se han podido someter estos tejidos al exámen del microscopio y determinar sus diferentes estructuras, hasta el momento que hemos conocido sucesivamente sus propiedades vitales, sus funciones fisiológicas, y hasta en fin, que por el descubrimiento del color púrpura de la retina y de sus propiedades fotográficas, se ha realizado un progreso que un año hace apénas se sospechaba. Es evidente que cada progreso de esta naturaleza lleva consigo una modificacion correspondiente en cierta parte de la óptica, y principalmente, en la teoría de la vision.

Del mismo modo sabemos de una manera perfectamente precisa cómo en el interior del cuerpo humano obra la luz y de qué manera un órgano colocado en la periferia del cuerpo humano, no el cerebro, sino el ojo, sufre esta accion. —Nosotros aprendemos así que esta especie de fotografía no es una operacion del espíritu, sino un fenómeno químico que se produce bajo la concurrencia de ciertos fenómenos vitales, y que en realidad nosotros no vemos las cosas exteriores sino sus imágenes en nuestro ojo.

Por tanto, nos hallamos en situacion de dar un paso más en el conocimiento de nuestras relaciones con el mundo exterior, y de distinguir más claramente en el acto de la vision el elemento puramente psíquico del elemento físico. Hé aquí, pues, transformadas de nuevo cierta parte de la óptica y de la psicología al mismo tiempo. Hé aquí la química que aborda el exámen de cuestiones á las cuales no había tenido que tocar hasta aquí, principalmente cuestiones importantes como estas: ¿Qué es la púrpura visual? ¿De qué sustancia se compone? ¿Cómo se forma? ¿Se destruye? ¿Se regenera? La solucion de estas cuestiones no puede ménos de abrir un vasto campo á la ciencia; podemos esperar que bien pronto hagamos tambien nuevos progresos en la fotografía técnica, aprendiendo á obtener fotografías de colores. De este modo se realiza un conjunto de progresos tan pronto intelectuales, tan pronto materiales. Así, digo, que con cada nueva conquista efectiva de las ciencias naturales debe necesariamente producirse una serie de modificaciones en el conocimiento de los fenómenos exteriores é interiores del hombre, y nadie puede oponerse á que la

nueva ciencia obra en él. Cada fragmento nuevo de ciencia real obra sobre el hombre; despierta en él nuevas ideas, nuevas series de pensamientos, y en último análisis, nadie puede menos de establecer cierta relación entre los problemas más elevados del espíritu y los fenómenos naturales.

Pero todavía existe otro orden de consideraciones prácticas que nos interesan de más cerca. Por todas partes, en la extensión de la patria alemana, trátase de reformar, de extender, de desarrollar el sistema de la instrucción, de hallarle formas adecuadas á su objeto. En Prusia, la ley de instrucción está á la orden del día; en todos los estados alemanes se construyen mayores edificios para las escuelas, se crean nuevos establecimientos científicos, se desarrollan las universidades, se erigen escuelas superiores y secundarias. Ha llegado el caso de preguntarse cuál debe ser el pensamiento director de lo que ha de enseñarse; dónde debe conducir la escuela; en qué direcciones y sentidos debe trabajarse en ella. La ciencia desea, desde hace años, con el asentimiento y el apoyo de todos nosotros, ejercer su influencia en las escuelas; nosotros exigimos que el conocimiento de la naturaleza se asocie en proporción considerable á los conocimientos usuales y que las inteligencias juveniles gocen desde muy temprano de la posesión de estos materiales fecundos, que deben ofrecernos nuevos puntos de vista; pero también debemos decirnos á nosotros mismos que ya es ocasión de entendernos sobre lo que podemos y lo que queremos pedir y exigir.

Cuando Haeckel dice que corresponde á los pedagogos determinar si desde el momento presente debe servir de base á la enseñanza la teoría de la descendencia y el alma del *plastídulo* de fundamento á todas las ideas sobre la esencia del espíritu, si se debe seguir la filogenia del hombre hasta las clases más ínfimas del reino orgánico y aún más allá hasta la generación espontánea, Haeckel disloca el problema, al menos según mi parecer. Cuando la teoría de la descendencia tenga el carácter de certidumbre que Haeckel le atribuye, entonces pediremos como una necesidad que se le dé entrada en la escuela. ¿Cómo podría imaginarse que una teoría de semejante importancia, que viene á realizar en todas las con-

ciencias una revolucion tan radical, á crear una especie de religion nueva, no entrase por completo en el plan de estudios? ¿Cómo sería posible pasar en silencio en la escuela y dejar al arbitrio del pedagogo la enseñanza de los mayores, de los más importantes progresos que han realizado en todo un siglo todas nuestras ideas? Sí, señores, sería efectivamente una abnegacion del género más difícil, y sería al mismo tiempo hasta imposible de imponer. Cada maestro, partidario de esta teoría, la enseñaría sin querer. ¿Y cómo obrar de otro modo?

Se vería obligadob á fingir y á renegar de su propio saber á cada momento, para no confesar que conoce la teoría de la descendencia, que la tiene por verdadera y que él sabe cómo se ha formado el hombre y de dónde procede. Y aunque no sepa á dónde se dirige, creará al ménos saber exactamente cómo la serie de séres vivos, sucesivos, se ha formado en el curso de los siglos. Mantengo, pues, que si en este caso no reclamáramos la admision de la teoría de las descendencias en el programa de los estudios, ella se introduciría por sí misma.

No podemos olvidar, sin embargo, que las cosas que aquí aventuramos con cierta vacilacion, con cierta timidez, son fuera recogidas y propaladas con una seguridad mil veces mayor. A í, por ejemplo, por oposicion á la teoría entónces reinante, segun la que, la vida orgánica debía proceder de la vida inorgánica, yo afirmé que toda célula nace de otra célula, por lo ménos en el terreno de la patología, y, sobre todo, de la organizacion del hombre. Añado ahora que, bajo estos dos puntos de vista, tengo todavía la proposicion como perfectamente exacta. Pero miéntras que yo emitía y formulaba la ley de formacion celular, no han faltado personas que han extendido esta proposicion no sólo al reino orgánico, más allá de los límites en que yo la había planteado, sino que tambien la han convertido en una proposicion general, aplicable tambien fuera de los límites de la vida orgánica. Yo he visto en América y en Europa las más sorprendentes aplicaciones de esta teoría, segun las cuales toda la astronomía y la geología descansan sobre la teoría celular, porque se tiene por imposible que lo que se dice de la vida orgánica sobre la tierra no se aplique tambien á las estrellas, ya que estas últimas son

cuerpos redondos y representan células que, recorriendo la inmensidad de los cielos, representan un papel análogo al de las células en nuestro cuerpo.

No puede decirse que sean tan sólo locos ó imbéciles los que han emitido semejantes hipótesis. La argumentación sostenida por algunos de ellos me ha obligado á pensar que un espíritu ilustrado, habiendo estudiado mucho, y acabado por dedicarse exclusivamente á los problemas de astronomía, no puede comprender que la finalidad de los fenómenos celestes deba concebirse de otro modo que la de la organización humana. Para alcanzar la unidad de sistema concluye admitiendo que el cielo debería de ser también un organismo así como el mundo entero, y por consecuencia no puede descansar sobre otro principio que el de la célula. Refiero esto tan sólo para demostrar cómo fuera de aquí suceden estas cosas; con la «teoría» se exagera, y cómo las nuestras proposiciones nos son devueltas en un estado que nos espanta á nosotros mismos. Imaginar vosotros lo que llegará á ser la teoría de la descendencia en la cabeza de un socialista.

Sí, señores, esto parecerá risible pero es muy serio; y yo espero que la teoría de la descendencia no traerá los motivos de espanto que teorías del mismo género han producido efectivamente en un país vecino. Sin embargo, este sistema llevado al extremo, tiene un aspecto extraordinariamente peligroso, y todos comprendereis fácilmente lo que el socialismo ha ganado con esto.

A pesar de todo, cualquiera que pueda ser el peligro, por muy peligrosos que puedan ser nuestros aliados, no dejaré de decir que desde el momento que hemos adquirido las pruebas de que la teoría de la descendencia está sólidamente establecida, que es bastante cierta para que podamos afirmar que las cosas suceden, como ella supone no hay más duda posible y es necesario introducirla en la vida intelectual, y explicarla no sólo á los talentos instruidos, sino también á los niños; es necesario en fin, considerarla como el principio fundamental de todos nuestros conceptos, sobre el mundo, la sociedad, el Estado: hacerla la base de la instrucción.

Tengo esto por una necesidad. No retrocedo en modo al-

guno ante la objecion, que con gran asombro mio ha causado gran sensacion en Prusia, mi patria, miéntras yo estaba en Rusia, ante la objecion, repito, de la semiciencia. Es oportuno observar que precisamente ha sido uno de nuestros periódicos llamados liberales el que ha planteado la cuestion de saber si el gran peligro de estos tiempos, y en particular el socialismo, no procedía de la extincion de la semiciencia. Bajo este punto de vista yo quisiera establecer aquí en este congreso de científicos, y de una vez para siempre, que toda ciencia humana es fragmentaria. Todos nosotros, que nos titulamos científicos, sólo poseemos fragmentos de la ciencia de la naturaleza, y ninguno aquí puede presentar iguales títulos para representar cada uno de los órdenes del conocimiento, y tomar parte en una discusion sobre una ciencia cualquiera. Por lo contrario, si estimamos tanto á los sabios, es precisamente porque han trabajado con una sola y determinada direccion; todos nosotros somos, respecto de ciertos puntos, tan sólo semicientíficos.

¡Qué gran progreso habríamos alcanzado si pudiéramos extender los límites de esta semiciencia, si pudiéramos exigir al ménos que la mayoría de los talentos educados se familiarizaran suficientemente con los grandes rasgos de las diferentes ciencias para poder seguirlas sin grandes dificultades en su desarrollo !

Nosotros mismos no alcanzamos, en suma, mucho más.

Toda mi vida, por ejemplo, me he esforzado concienzudamente en adquirir conocimientos químicos; tambien he practicado la química, y sin embargo me considero incapaz de figurar en un congreso químico, y de discutir la química en todas sus partes. Esto no obstante, estoy preparado suficientemente para adquirir en poco tiempo los conocimientos necesarios, de tal manera, que un descubrimiento químico no exceda los límites de mi comprension. Pero me es necesario al mismo tiempo que me mantenga siempre en esta inteligencia de las cosas de química, y que cuando quiero utilizarla debo de nuevo aplicarme á su estudio. Lo que me caracteriza es precisamente el conocimiento de mi ignorancia. Lo más importante es que yo sepa con seguridad que no sé química. Mas

como yo sé de un modo exacto, ó al ménos lo imagino, lo que no sé, cada vez que me veo obligado á abordar una region todavía inexplorada para mí, me digo por el momento que es necesario comenzar de nuevo á aprender, volver á estudiar como cualquier principiante recién venido á la ciencia. El gran error en que precisamente se hallan muchas personas ilustradas procede de que no se tiene presente hasta qué punto es imposible en la inmensidad de las ciencias naturales, dado el inagotable material de cada una de ellas, que un solo hombre abrace el conjunto de tantos detalles. Llegará á conocer claramente los rasgos generales, á distinguir con precision los huecos de sus propios conocimientos de tal manera, que se exclame al encontrar alguno: hé aquí algo que no conozco; tal es el objeto que tenemos nosotros que alcanzar. Si todos hubiesen llegado á este punto, muchas personas se darían golpes de pecho y reconocerían que es peligroso deducir conclusiones absolutamente generales con respecto á la historia del mundo entero, en tanto que no se posean completamente los datos en los que se quieren basar las conclusiones.

Es muy fácil decir: una célula está formada de partecillas que se llaman plastídulos; los plastídulos á su vez están formados de carbono, de hidrógeno, de oxígeno y de ázoe, y están animados de un alma especial; esta alma es el producto ó la suma de las fuerzas que poseen los átomos químicos. Es posible, y yo no intento resolver exactamente este punto. Precisamente es esta una de las regiones que no he explorado todavía, y me hallo como el navegante que tropieza con un escollo cuya extension no puede apreciar. Sin embargo, diré que ántes que se haya podido definir las propiedades del carbono, del agua, del oxígeno y del ázoe, de tal manera que se pueda comprender cómo de su suma puede nacer un alma, no puedo reconocer que estemos autorizados para introducir en la enseñanza el alma del plastídulo, y ménos exigir á todo talento culto que la admita como una verdad científica para deducir de ella conclusiones y sobre ella fundar el concepto del mundo. Realmente, nosotros, no podemos exigir tanto. Al contrario, segun mi opinion, ántes de aplicar á tales tésis el carácter de ciencia, ántes de proclamar que esta es la ciencia moderna, de-

beríamos verificar una serie completa de investigaciones de larga y penosa realizacion. *Por tanto debemos decir al maestro de escuela: No enseñeis semejante doctrina.* Esta es, según mi parecer, señores, la reserva que deben observar los que admiten una solución de este género como el objeto probable de la investigación científica. No podemos poner en duda un sólo instante que para demostrar esta teoría del alma sería necesario realizar ántes una larga serie de estudios científicos.

En la historia de las ciencias naturales hay una colección de hechos que muestran durante cuánto tiempo ciertos problemas pueden permanecer dudosos ántes de que sea posible hallar su verdadera solución. Cuando esta solución es, por fin, encontrada por un camino que tal vez había sido presentido de mucho ántes, no es lícito deducir que durante aquel tiempo en que sólo existía en estado de especulación ó de presentimiento, la solución al problema habría podido ser enseñada como un hecho científico.

Recientemente Klebs ha difundido el *contagium animatum*, á saber: la idea de que las enfermedades se propagan por el intermedio de los seres vivos, y que estos seres son por sí mismos causa de la enfermedad.

El origen de la teoría del *contagium animatum* se pierde en la noche de la Edad Media. Hemos recibido esta expresión de nuestros antepasados y aparece claramente formulada en el siglo xvi. Poseemos algunas obras de aquellos tiempos que proponen el *contagium animatum* como una teoría científica, con la misma seguridad, con el mismo método de demostración con que hoy se propone el alma plastidúlica. Esto no obstante, se ha pasado mucho tiempo sin descubrir las causas vivientes de enfermedad. El siglo xvi, el xvii y el xviii no han hallado nada. En el siglo xix se ha comenzado á encontrar efectivamente y parte por parte la *contagia animata*. La zoología y la botánica han ofrecido su contingente, hemos aprendido á conocer animales y plantas que presentaban ejemplos de este contagio, y cierta parte de su teoría ha podido demostrarse en zoología y en botánica, completamente en el mismo sentido de los presentimientos del siglo xvi. Mas habreis podido recono-

cer, por el trabajo de Klebs, que no se ha llegado aún al fin de la demostración. Por más que se esté muy dispuesto á aceptar la generalización de la antigua teoría, después de haber descubierto una serie de nuevos *contagios* vivientes, después que se ha reconocido que el carbunco y la difteria son enfermedades contagiosas ó infectivas, sean engendradas por causas vivientes. Por tanto, se ha admitido en el siglo xvi una teoría; desde entónces se ha mantenido obstinadamente entre las ideas de los hombres; por fin, pasada la segunda decena de este siglo, se descubrieron poco á poco y sucesivamente pruebas más y más decisivas en su apoyo. En estas condiciones se podría considerar como un deber el ensanchar, por inducción, el campo de la ciencia, y afirmar por tanto que todos los miasmas, todos los contagios son seres vivos. Confieso, señores, que esta manera de ver tiene en su favor grandes probabilidades. Aun los mismos sabios que hasta ahora no habían avanzado hasta considerar los *contagios* y los miasmas como seres realmente vivos, han sostenido siempre que tales productos debían ser colocados al lado de los seres vivos que se reproducen, multiplican y se regeneran en ciertas circunstancias, que muestran el aspecto de verdaderos seres vivos. A pesar de todo, los sabios han esperado, y con razón, que les diesen pruebas de la existencia de los organismos infectivos. Hoy todavía la prudencia exige reserva.

No debemos olvidar que la historia de nuestras ciencias ofrece una multitud de hechos que nos muestran que ciertos fenómenos próximos, pendientes unos de otros, pueden presentarse en condiciones muy diversas.

Se ha reconocido que la fermentación es el producto de hongos especiales. Cuando se vió que aquélla se explicaba por el desarrollo de ciertos hongos, pareció natural suponer que las leyes de la fermentación regían todos los procesos análogos, para lo que se había creado el epíteto de *Catalíticos*, y que se encuentran tan á menudo en el hombre, en los animales y en las plantas. No han faltado, en efecto, sabios para suponer que la digestión (que es uno de los fenómenos que tienen gran analogía con la fermentación) procede de que en el estómago se hallan en gran número ciertos hongos (la cuestión ha

sido estudiada prácticamente en el gularado mayor) que hacen la digestion, como los otros la fermentacion.

Ahora sabemos que los jugos digestivos no tienen nada que ver con los hongos. Tienen aquéllos propiedades tales catalíticas, estamos tan seguros de ello, que su sustancia activa es un cuerpo químico que separamos de otras materias, que podemos hacerle obrar aisladamente sin ninguna mezcla con corpúsculos vivos.

La saliva humana puede en muy poco tiempo transformar el almidon y la goma en azúcar; el pan que comemos, en nuestra boca se convierte en pan azucarado; no hay aquí, por tanto, ningun organismo de fermentacion; son tan sólo ciertas sustancias que producen una transformacion análoga á la que se realiza en el interior de un hongo. Vemos, pues, dos procesos muy semejantes que se operan por modos diferentes, uno en el interior de un hongo de fermentacion, el otro en el tubo digestivo del hombre; el mismo fenómeno se produce unas veces en un organismo vegetal determinado, otras bajo la simple influencia de un líquido libre.

Consideraría como una gran desgracia que no se quisiera continuar obrando del mismo modo, comprobando en cada caso particular si la *hipótesis*, la *idea* que se ha formado, que puede ser muy verosímil, es efectivamente verdadera y está justificada *por los hechos*. Conviene recordar con este propósito que en las enfermedades infectivas hallamos casos en que incontestablemente se ofrece semejante contraste. Mi amigo Keebs me perdonará, sí aún ahora, á pesar de todos los progresos que ha hecho la teoría de los organismos infectivos, me mantengo todavía reservado, y si no creo más que en el hongo, cuya existencia ha sido realmente demostrada; si niego todos los demas hasta tanto que no se pueda ofrecerlos ante mis ojos. Entre las enfermedades infectivas hay un cierto grupo, las cuales proceden de venenos orgánicos. Sólo citaré una que, segun mi opinion, es muy instructiva; el envenenamiento por la mordedura de las serpientes, forma muy conocida y muy notable. Si comparamos este género de envenenamiento con las demas enfermedades que ordinariamente denominamos infectivas (infeccion y envenenamiento son por de

pronto sinónimos), se debe confesar se encuentran las mayores analogías entre los dos casos. Bajo el punto de vista de la marcha de las lesiones, nada se opondría á la hipótesis de que el conjunto de fenómenos que se producen en el cuerpo humano por efecto de la mordedura de una serpiente, se hallase también cuando las bacterias son introducidas en el cuerpo y determinan modificaciones en diversos órganos.

En realidad, conocemos ciertos procesos, los procesos sépticos, por ejemplo, en los que se encuentran fenómenos completamente análogos, y no es lícito desconocer que ciertas formas de envenenamiento por la mordedura de serpientes y de infusión séptica se parecen como un huevo á otro huevo. Sin embargo, no tenemos la más mínima razón de suponer la presencia de hongos en el veneno de la serpiente, mientras tanto que su existencia es incontestable en los procesos sépticos.

LUCHA GIGANTE.

De Anteo vió cien veces la agonía
Hércules, y robada fué su gloria
por la Tierra otras cien, que tal victoria
aun su potente esfuerzo resistía.

¡Oh! mito de la griega fantasía,
no te borres jamás de mi memoria;
pues síntesis serás allá en la historia
que ha de escribir la humanidad un día.

Luchando el Bien y el Mal en cruda guerra
siglo tras siglo están; sus duros lazos
al tocar en el suelo el monstruo aferra;

¡Pero del Bien en los hercúleos brazos,
arrancádo por siempre de la tierra,
ahogado quedará y hecho pedazos!

M. ARENAS.





CONTRIBUCION

AL ESTUDIO

DE LA EVOLUCION DE LAS INSTITUCIONES RELIGIOSAS

Ó MATERIALES PARÁ LLEGAR Á LA SÍNTESIS TRANSFORMISTA

DE LAS INSTITUCIONES HUMANAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

I. — LA RELIGIOSIDAD EN LOS ANIMALES.

No podemos creer que los animales sean religiosos; lo que sí podemos suponer con fundamento es que los animales tienen algunos de aquellos sentimientos primitivos que en el hombre se complican y dan origen á los sentimientos religiosos.

Un grado inferior de la religiosidad es la supersticion; la creencia en fantasmas, el respeto y el miedo á los muertos, la idea de séres sobrenaturales, todo esto tienen algunos animales, especialmente los que más se acercan al hombre en la escala zoológica. El miedo, la aprension, el terror motivado por los fenómenos meteorológicos y naturales en general, son elementos acumulados que hacen sus impresiones en el sistema nervioso, y que luégo producen, juntándose con ciertas ideas y sensaciones combinadas, el sentimiento de la religiosidad.

Se ha observado el miedo que produce en algunos animales la presencia de uno de su especie muerto y ensangrentado. El olor de la sangre de uno de su especie afecta fuertemente á algunos herbívoros. Se ha observado tambien que los perros aullan con cierto sentimiento de terror cuando el olfato les

advierte la descomposicion de un cuerpo humano, y muchas veces no ya la descomposicion sino la simple muerte conocen por el olfato y les inspira algunas veces ciertas voces y sonidos inarticulados especiales (rugidos-quejidos-aullidos).

Darwin observó que un perro gruñía cada vez que veía moverse una sombrilla extendida y colocada en el suelo, á la cual el viento hacía oscilar y cambiar de sitio. El naturalista inglés induce que el perro debía figurarse que el movimiento de la sombrilla era debido á algun agente extraño que se introdujo dentro del cuerpo que se movía (1).

El sentimiento de la devocion religiosa es muy complejo ; se compone de amor, de una sumision completa á un ser misterioso y superior, etc. Se necesita una organizacion nerviosa muy complicada para experimentar sentimientos de un órden tan complicado. Elementalmente podremos encontrarlos en los animales. El amor á sus semejantes se encuentra no ya en los vertebrados sino hasta en los insectos (2); la veneracion la encontramos marcadísima en los perros. Estos creen ver una especie de Dios en su dueño ; reconocen su superioridad, y no sólo les agradecen el alimento que les dan ; no es sólo gratitud lo que les tienen sino que es veneracion absoluta. Se cuenta el caso de un perro á quien su dueño le disecaba una parte del cuerpo, y el perro sufría con paciencia la terrible operacion y pudiendo morderle no lo hizo : nada tenía que agradecerle el perro en aquel momento ; podía librarse del martirio y no lo hizo. El profesor Branbanc dice que el perro considera á su dueño como un Dios (3).

Algunos monos tienen una veneracion especial por sus guardas. Esto puede observarse en los jardines zoológicos. Además no puede negarse que las fieras tienen una especie de veneracion por su domador. Casi nunca es el domador quien les da la comida ; no tienen que agradecerle nada ni tienen que

(1) *La descendance de l'homme et la selection sexuelle* traducida al francés por Barbier. — Tomo I, pág. 72.

(2) Véase P. Huber, *Les Mœurs des fourmis*, 1810, pág. 150 y sir John Lubbock, *Habitudes of ants*.

(3) Religion, moral, etc., *Der Darwins'chen. Art-Lehre*, 1869.

temerle, pues se presenta á ellas muchas veces con un simple látigo. La sumision al domador no se interpreta como miedo, pues no le temen ni creen que tenga fuerza material superior á la suya, pues los animales, por instinto, conocen lo que pueden y la fuerza de los otros animales que tienen en su presencia.

Así todos temen al leon. Las hienas y las panteras se espeluznan cuando pasan delante de la leona. Los caballos relinchan y huyen despavoridos cuando el olfato les indica la presencia del tigre. El elefante mira con desprecio al toro que arremete enfurecido; sin embargo, el elefante obedece la voz del domador como la obedecen el oso blanco y las hienas. Hay que observar que los animales más irreflexivos y menos astutos suelen tener menos veneracion. La amistad, la sumision á la especie *polyergus rufescens* y otras, la costumbre de enterrar á los muertos es comun entre las hormigas; así lo ha observado sir John Lubbock (1), quien ha encontrado pequeños montículos conteniendo hormigas muertas á manera de un monumento funerario.

El sentimiento de lo bello es innegable que lo poseen los animales en alto grado, y lo prueba la preferencia dada por las hembras de ciertos pájaros á aquellos machos que cantaban mejor y que ostentaban más vistosos plumajes, lo que da origen á cierta seleccion sexual (2). La coloracion de muchas flores pudiera explicarse por el sentido estético de ciertos insectos que fecundan á las que les llaman preferentemente la atencion por sus colores (3).

(1) Aprovecho esta ocasion para dar las más expresivas gracias al sabio naturalista vice-canciller de la Universidad de Lóndres por el regalo que me hizo cuando estuvo en Barcelona de un ejemplar de su apreciabilísima monografía sobre las costumbres de los hormigas.

(1) Véase Darwin.—*Orígen de las especies*—traducción española por E. Godinez.—Perojo, hermanos, Madrid, y los capítulos XII, XIII, XIV, XV y XVI de la *Descendance de l'homme et la selection sexuelle*, par Ch. Darwin—traduit de l'anglais par E. Barbier.—Paris, C. Reinwald.

(2) Véase Darwin, obras citadas, y además *De la Fecondation des orchidéés*—y la última obra titulada *Fecondation directe et croisée*, y el excelente trabajo de Sir John Lubbock titulado *Las flores silvestres y los insectos*, publicado en la *Revue scientifique*, pág. 1125.—Enero-Julio de 1875.

Ademas muchos animales experimentan un vago temor por las afecciones meteorológicas y por los fenómenos geológicos, y el temor aumenta á medida que es mayor la ignorancia respecto á la causa de lo que se teme. Los animales (cuadrúpedos en especial) tienen un temor supersticioso á las tempestades. El ganado se horripila ante la proximidad de un terremoto. Los caballos huyen á la vista de los remolinos de nieve que forma el viento en las estepas, y los camellos se recojen con terror supersticioso cuando adivinan la aproximacion del Simoun en el desierto é instintivamente se tienden ántes de aparecer las columnas de arena que el huracan levanta. Otros hechos pudieran citarse en apoyo del aserto de que los animales son supersticiosos. El mutualismo se encuentra tambien en muchos animales muy inferiores en la escala (1). Aunque los animales carecen de una moral tal como la entendemos nosotros, los hombres de nuestra época y de cierta educacion é instruccion, la palabra *moral*, en cambio tienen ciertos sentimientos elementales de que indefectiblemente se compone el complicado sentido moral del hombre (2).

Quien pudiera leer el interior de los lobos y de los tigres quizás encontraría en una verdadera supersticion, en un temor vago por un *agente extraño* la explicacion de la causa por la cual no se acercan de noche al hombre, áun cuando tengan hambre, si éste tiene la precaucion de encender fuego. Diráse por algunos que el aparato de la vista ó la costumbre adquirida por estos animales de andar de noche les impide ver con luz artificial, la cual les hiere la retina de una manera especial, á la que no están acostumbrados. Sin embargo, esta objecion no tiene gran valor por lo que hace al caso presente, pues este obstáculo de la incomodidad de la luz no bastaría á detenerles cuando tienen hambre; ademas, se ha observado repetidas veces que algunos lobos hallados en un camino, en uno de cuyos bordes había un precipicio, han huido del viajante cuando

(1) P. J. Van-Beneden.—*La vie sociale des animaux inferieurs*.

(2) Puede consultarse el trabajo del traductor francés de *Hebert Spencer*, el conocido psicólogo francés A. Espinas.—*La vie sociale chez les animaux sa nature et ses principes d'activité*.

éste ha encendido una luz y han huido por el camino sin caer en el precipicio. Multitud de observaciones demuestran que la luz les causa una impresion extraña. Las lechuzas y otros animales nocturnos se encuentran, por decirlo así, fascinadas ante la luz; no así sucede con los lobos y tigres que ya tienen una verdadera supersticion. Quizás ha contribuido este efecto que produce el fuego en alejar ciertos animales á que le atribuyeran ciertas virtudes y le adoraran los hombres de otras edades.

A pesar de lo dicho creemos aventurado asegurar que los animales tienen una religiosidad rudimentaria; la religiosidad es ya un componente, un agregado con manifestaciones propias, las cuales no se revelan en los animales. En éstos hay solamente manifestaciones de los componentes, que luégo juntos en el hombre, forman el agregado; así pues, miéntras en los animales encontramos los rudimentos de la moralidad, de la obediencia del deber; miéntras en los séres superiores de la escala zoológica ántes de llegar al hombre, y áun en algunos insectos, encontramos la sumision á un superior, verdaderas supersticiones, el afecto de lo bello, un temor vago por los fenómenos meteorológicos, etc., etc., en los hombres primitivos encontramos los elementos de la religiosidad que se combinan en el momento en que ya se han reunido los últimos elementos que, merced á impresiones várias, vinieron á hacer nacer en su cerebro *la accion refleja de la supersticion*.

II. — LA RELIGIOSIDAD EN EL HOMBRE PRIMITIVO.

A juzgar por los restos que nos quedan de la civilizacion de otras edades podemos suponer las acciones de los hombres que en ellas vivieron; y á juzgar por estas acciones podemos suponer el estado rudimentario de su religiosidad.

En la época conocida con el nombre de edad de bronce se enterraban los cadáveres, se construían *tumuli* de diferentes tamaños, cerrados con una cobertera móvil. Vestían á los cadáveres ántes de enterrarlos ó bien les enterraban vestidos y les colocaban en el sepulcro diferentes objetos. A veces enterraban á los cadáveres armados de todas armas, lo que hace suponer si tomaban esta precaucion, porque ignorando si debían

volver á vivir, ó creyendo que vivirían en otra vida, procuraban que no fueran allí desprovistos de todo lo necesario.

Hace notar Sir John Lubbock (1) que en la edad de bronce solían quemar los cadáveres y despues de quemados los enteraban, mas no sucedía así en la edad de hierro. ¿Acaso luégo creyeron que este acto fuera una profanacion? En Inglaterra, en Dinamarca, en muchos puntos de Francia (Bretaña y otros) se encuentran sepulturas de los tiempos prehistóricos. El inmenso trabajo que implica la construccion de un *tumulus* hace pensar si se levantaban en honor de los jefes y de los grandes hombres, pues al lado de los de grandes dimensiones hay infinidad de pequeños. Desde los tiempos más remotos se enterraba á los distinguidos varones en las cimas de las montañas ó se elevaba una colina en su honor (2).

El profesor Nilson, en presencia de los *Gauggraben*, propone la hipótesis de que los habitantes de la Escandinavia, incapaces de imaginar un mundo diverso al nuestro, demostraban el respeto y el afecto á los muertos enterrándoles junto con sus joyas y arreos y enterraban tambien la casa en que habitára; y así la tumba era literalmente la mansion de los muertos. Cuando fallecía un hombre distinguido se le aprovisionaba de víveres, se le ponían cerca las armas, se cerraba su casa y se tapiaba la entrada para volverla á abrir *cuando su mujer é hijos le volvieran á encontrar en la mansion de los espíritus* (3). En opinion del doctor Wilson (4) y de otros arqueólogos, sin duda este cuidado especial que presidía al entierro de los cadáveres y los objetos que colocaban cerca de su cuerpo implica la creencia en otra vida, ciertas ideas rudimentarias de juicio, y sus correspondientes castigos y recompensas, pero prueba tambien que las ideas que de ello tenían eran muy groseras y materiales. Sir R. Colt Hoare y M. Bate-

(1) Lubbock.—*L'homme avant l'histoire*, traduit del'anglais par Ed. Barbier.—1867.

(2) Vide Bateman—Ten Years' Diggings sin the celtic and Saxon Gravehills.

(3) Lubbock.—*L'homme avant l'histoire*, pág. 92.

(2) *Annales antehistoriques del'Ecosse*, 2.^a edition; vol. I, pág. 498.

man han examinado gran número de *tumuli* y no han encontrado ni alimentos ni armas ni objeto alguno que recordara otra vida.

Los *tumuli* de la edad de piedra, á lo que parece, estaban rodeados de un círculo de piedras y en su interior había habitaciones donde colocaban á los cadáveres con los brazos doblados encima del pecho, lo que no se encuentra en los de la edad primera. En una de las salas funerarias danesas de la isla de Moen pertenecientes á la edad de piedra se han encontrado junto á los cadáveres varias piezas de ámbar en forma de bola, hachas de silex y otros objetos (1). Ahora bien, ¿por qué colocaban objetos de ámbar? Aventuraré una hipótesis. Es probable que tuvieran cierta superstición por el ámbar atendidas las cualidades que se desarrollan en él por el frote. También porque se encuentra en los intestinos de ciertos animales, especialmente en los de algunas especies de ballenas, ó quizás porque hicieron algun uso interno y despertó sus apetitos afrodisiacos, propiedad que tiene el ámbar, por lo cual se emplea en Medicina.

La presencia frecuente de huesos de animales en los *tumuli*, parece indicar que se hacían festines en honor de los muertos, y los huesos calcinados que se encuentran mezclados con los de los animales hacen suponer si los sacrificios en honor de los difuntos iban á veces acompañados de algunas escenas de canibalismo. Distinguidos antropólogos y arqueólogos suponen que se sacrificaban los esclavos sobre la tumba de sus dueños y á las mujeres en la tumba de sus maridos, como se verifica aún hoy día en la India. Sin duda suponían que el marido no podría estar sin sus mujeres y se las enviaban á la otra vida.

Algunos autores opinan que los antiguos habitantes de la Suiza han adorado los lagos, y que los objetos preciosos encontrados en su lecho eran ofrendas á la divinidad (2). Es sabido, por otra parte, que los Galos, los Germanos y otros

(1) Vide Sir John Lubbock, obra citada.

(2) Lubbock, obra citada, pág. 163.—Las antiguas habitaciones lacustres de la Suiza.

pueblos adoraban los lagos; nada de particular tiene que en la época prehistórica comenzara un culto que luego continuó en las épocas históricas. Además, varios objetos hallados en Stenberg hacen presumir un culto primitivo dedicado á la luna (1).

Entre los monumentos de los primitivos pueblos de la América del Norte hállanse montículos funerarios, otros para los sacrificios y otros que vienen á ser una especie de templos en los cuales solían habitar los jefes. En bajos relieves y en esculturas de la América del Norte primitiva se encuentran representados hombres, búfalos, osos, dantas, lobos, pájaros, serpientes, lagartos, tortugas y ranas, y algunas veces se encuentran cruces, pipas, etc., que podían ser objetos de adoración (2).

Combinadas en el hombre prehistórico las impresiones que despertaran en él y combinarán á su vez los sentimientos de terror por los fenómenos de la naturaleza respecto á los difuntos, las diversas supersticiones, el temor, veneración y adoración, primero forzada, y luego inconsciente á los jefes de tribu ó á los más esforzados campeones; el endiosamiento de los más fuertes, la idea del deber y sumisión cada vez más poderosa (3), había de resultar necesariamente un vago sentimiento, una especie de sumisión á las *fuerzas y agentes desconocidos*. La necesidad de una explicación de los fenómenos que nos rodean acentuó más y más la superstición en el hombre prehistórico, la superstición favorecía la sumisión y la obediencia, y debía perpetuarse esta cualidad en los pueblos, porque los pueblos que más fácilmente se sometían á una ley

(1) Lubbock, obra citada, pág. 171. Id.

(2) Léese en Lubbock, obra citada. *Archeologie de l'Amérique du Nord*; groupe remarquable dans le comté de Dale, consiste en un homme aux bras étendus, en sept terres plus ó moins allongés, en un tumulus et en six quadrupèdes. La figure humaine á 125 pieds de long, et elle mesure 140 pieds de l'extrémité d'un bras á l'autre. Les quadrupèdes varient entre 90 et 126 pieds de longueur, pág. 225.

(3) Acerca de la supremacía que dan á ciertos pueblos en la lucha por la existencia, la sumisión y la obediencia á unas mismas leyes. Véase Bagehot, *Orígen de las Naciones*.—Madrid, Perojo hermanos, 1877.

salían vencedores en la concurrencia vital (1), sus individuos tenían descendencia y ésta recibía las cualidades de sus ascendientes, así como los usos y las costumbres, mejorándolas siempre, esto es, diversificándolas.

El aspecto del fuego de los volcanes y del rayo, esto es, del fuego natural, debía inspirar terror al hombre primitivo (2). El fuego artificial no debía causarle tanto miedo. En las épocas de frío todos los cuidados debían tener por objeto conservar el fuego. Esta utilidad que prestaba y la necesidad de añadirle combustible pudo hacer nacer la idea de un sér que necesitaba víctimas, de un agente que hacía pagar con víctimas espiatorias los servicios que prestaba dando calor al cuerpo del hombre y sirviéndole para aderezar sus alimentos (3): el hombre de las primitivas edades sin duda debía figurarse, como los habitantes de las islas Carolinas, que el fuego era *un animal que devoraba las cabañas*.

III. — LA RELIGIOSIDAD ENTRE LOS SALVAJES.

Los hombres que viven en la última escala de la civilización son en muchas cosas inferiores á los animales. Algunas tribus de África y de la Melanesia carecen de supersticiones y de sentido moral (4); algunos pueblos no conocen el agradecimiento, están completamente desprovistos de toda virtud y de sentimientos altruistas, así como de toda idea del porvenir y de la vida de ultra-tumba. En cambio el perro conserva un cariño sin límites al dueño que le mantiene, agradece las caricias que se le hacen, soporta con paciencia las incomodidades que le causan los niños, tiene una idea del bien y del mal, pues conoce muchas veces hasta la buena ó mala intención del

(1) Acerca de la evolución de las facultades intelectuales y morales en el hombre, puede consultarse con fruto el capítulo V de la obra de Darwin, *La descendencia del hombre*.

(2) *La Connaissance du feu et l'art de faire du feu par Paul Broca. Bulletins de la Société d'anthropologie*, 17 Fevrier, 1870.

(3) Acerca del origen de las transformaciones del culto al fuego, véase la memoria citada de Paul Broca.—*La connaissance du feu*.

(4) *L'Anthropologie par Topinard*.—Paris-Remwald, 1876, pág. 165.

que se dirige á su dueño. Además ciertas aves tributan una especie de adoracion á las maravillas de la naturaleza (1), lo que no parecen demostrar algunas tribus salvajes humanas. Entre los hotentotes el infanticidio no es un crimen, quizás no tienen la idea de crimen, y cuando salen de la potestad materna pueden insultar á su madre impunemente sin que sea mal visto entre los suyos (2). Estos hombres tienen el minimum de veneracion, de manera que podrán ser supersticiosos, mas no religiosos. Los weddas de Ceylan, segun parece, carecen de religion (3). Los habitantes de las islas Andaman no tienen idea de un Sér Supremo ni de una religion, ni creen en la vida futura (4); á pesar de esto entierran los cadáveres, mas esto lo hacen por razones de higiene ó porque les incomoda al olfato la descomposicion. Los australianos no tienen religion, pero creen en los malos espíritus y tienen la supersticion de que nadie muere de muerte natural, y los habitantes de Van-Diemen están desprovistos de toda idea y sentimiento moral; lo propio sucede con respecto á los habitantes de Viti. Los habitantes de la Patagonia tienen la costumbre de enterrar á los muertos, verificando várias ceremonias á fin de ahuyentar los valichus ó espíritus malos, y matan á los caballos del difunto para que pueda cabalgar en ellos en el Alhu-Mapu ó país de los muertos. Segun datos de los misioneros, ni los patagones ni los habitantes del valle de Arauco presentan señal alguna de un culto religioso. En opinion del capitan Fitzroy, de Decker y otros, no presentan ningun acto de carácter religioso; sin embargo son supersticiosos (5).

Acerca de la cuestion de la universalidad de la idea de un Sér Supremo, hay opiniones encontradas. Los elementos para tener idea de una vida futura, de un Sér Supremo, quizás estén, por decirlo así, depositados, almacenados en el sistema nervioso de todos los hombres, pero estas ideas elementales quizás no se han constituido definitivamente: por otra parte, la

(1) *Antropologie* de Topinard, pág. citada.

(2) Lubbock.—Obra citada, pág. 344.

(3) Idem, id., 346.

(4) Monatt.—*Recherches et aventures chez les insulaires des Andaman.*

(5) Vide Damin.—*Viaje alrededor del mundo á bordo del navío Beagle.*

unanimidad de los viajeros nos dice que algunos habitantes del Africa Central no tienen idea de Dios, ángel ni diablo; los misioneros nos dicen que los indios de Gran Chaco, en la América Meridional, no tienen idolatría ni idea de un Sér Supremo. Los habitantes de la Tasmania no tienen palabra para expresar la idea del Creador. En muchos salvajes la idea de un espíritu maligno ha aparecido ántes que la de un espíritu benigno (1). Algunos creen que al morir se va á otro país, no á otro mundo; no tienen la idea de una existencia espiritual y la de otra material.

La idea de la otra vida es muy fácil se haya adquirido con los viajes y las emigraciones. La nostalgia puede haber contribuido á la formacion y robustecimiento del sentimiento religioso. Una raza que habitara un país fértil arrojada de su suelo natal por otra más fuerte, y viéndose obligada á habitar una tierra con malas condiciones de clima, etc., podía avivar el deseo de *volver á aquel país*. Los padres pudieran encender en sus hijos el deseo de la venganza é incitarles á la reconquista, y con el tiempo formarse en la tribu entera la idea de que al morir iban á parar á la tierra que habitaron sus padres ó antepasados, y que á la sazón habitaban los conquistadores, que podían ser considerados como hombres malos ó espíritus que producían la tempestad.

A medida que los salvajes tienen más utensilios, más animales domésticos, pueden contar hasta un número más alto, tienen diversidad de supersticiones y comprenden las entidades abstractas con mayor facilidad.

Las supersticiones se diversifican y transforman de mil maneras distintas: combinadas con algunas ideas abstractas han dado origen á muchos principios, creencias y ritos que luégo han tomado el carácter religioso. En todos tiempos y en todas épocas hay supersticiones, y su causa, como dice Tylor (2), debe buscarse en la inercia del espíritu, en la persistencia de los actos por temor á la innovacion ó por falta de actividad del

(1) Spix y Martins, *Reise in Brasilien*.

(2) *Les survivances de la Sauvagerie*.

pensamiento ó falta de energía en las actos de la vida de relacion.

Entre los australianos, la palabra que equivale á bueno y malo no implica ninguna significacion del órden moral, tiene un sentido puramente sensual. Para ellos es bueno lo que les sabe bien al paladar. Figúranse estos pueblos que un blanco es un negro que ha resucitado, lo cual denota que no creen en la otra vida, sino en ésta, y que la muerte no es más que un cambio de sitio ó un cambio de forma en el cuerpo. No creen en la recompensa ni en el castigo en la otra vida (1). El Padre Baegert, misionero de la Compañía de Jesús, ha permanecido diez y siete años entre los indios de la California; dedicóse con empeño á averiguar si tenían aquellos habitantes alguna idea de la divinidad ó de un sér superior ó de la vida futura; mas no pudo encontrar indicio alguno de tales creencias (2).

Lo propio pudiera decirse de los indios de los valles de Sacramento y San Joaquin. Los Bachapinos, una de las tribus cafres, creen en el espíritu maligno, pero no en el espíritu del bien, aunque sí en la eficacia de los amuletos. El jefe de las tribus, el padre de la familia del varon más esforzado puede haber hecho nacer la idea de un *sér primitivo superior*, un *padre comun más fuerte*, como el Unkulunkulu á quien veneran los Amazulu, quienes dan aquel nombre al padre de cada tribu.

Ademas, la idea de la otra vida ó de la identidad de vida en el individuo despues de la muerte puede haber nacido con los sueños. Los habitantes de una tribu cafre cuando sueñan en su padre ó en su hermano difuntos creen que continúan viviendo, y los abuelos que no aparecen en sueños no existen. Creen que los parientes muertos toman la forma de serpientes, á las que ofrecen sacrificios, lo que dió origen á un culto: la extraña supersticion que lo engendró desaparece á veces

(1) Lubbock. *Les origines de la civilisation*.

(2) *Nachrichten von der Amer. Halb. Californie*, 1773.—Tomo esta cita de Lubbock.—*Origines de la civilisation*.

quedando solo el rito, la costumbre que unas generaciones transmiten á otras por herencia.

Estudiando atentamente las costumbres de los salvajes, nótese que á medida que adelantan en medios de civilizacion y de bienestar, cuanta mayor es su facultad de abstraer y generalizar más se fortifica y aparece más claramente la idea moral, la de un premio y un castigo. Una observacion atenta del espíritu de las generaciones primitivas nos demuestra que las supersticiones, las creencias, los ritos no existen desde los orígenes de la humanidad, sino que por el contrario se desenvuelven con los medios de bienestar, con las ideas morales y con el desarrollo progresivo de las inteligencias. En el espíritu del hombre no existía *ab initio* la idea religiosa tan potente, tan acentuada, tan individual, así como tan pura como nosotros la tenemos. La inteligencia humana ha tenido su período caótico; en aquella confusa baraunda de ideas, ó mejor de impresiones que se agolpaban á la mente humana primitiva, había los principios, los elementos químicos de la religion (permítasenos la frase); más tarde las supersticiones se habían diversificado, había yárias supersticiones, cada una de las cuales tenía carácter propio; entónces apareció la célula, la idea moral ó la idea de un sér Supremo, y otra de un órden más elevado que las puras supersticiones juntó aquellos elementos y formó un organismo; entónces aparecieron las religiones.

El temor y el amor, el miedo y la extrañeza, el reconocimiento de la propia inferioridad y otros sentimientos fueron el principio material constante que encontramos analizando las instituciones de que tratamos. Cuando apareció el fetichismo, el totemismo, la idolatría bien determinados y cognoscibles, aquel material apareció organizado.

ESTASSEN.





EL DISCURSO INAUGURAL

DEL PRESIDENTE DEL ATENEO DE BARCELONA.

LA velada del 3 del corriente Diciembre, inauguró el Ateneo Barcelonés sus cátedras. Abrióse la sesión leyendo el señor secretario saliente una reseña de los trabajos del pasado año académico, y luego el señor presidente, D. Ignacio M. de Ferrán, leyó un discurso inaugural que no fué un discurso, sino varios discursos, muchos discursos, demasiados discursos; tal andaban en él revueltas y amalgamadas ideas y tendencias heterogéneas, que es punto ménos que imposible hacer una síntesis aproximada.

Un barullo de metáforas dentro de un mar de frases, este es el efecto que nos hizo el discurso de la presidencia después de haberlo oído.

«Vientos,» «huracanes,» «tempestades desencadenadas,» «bucques que zozobran,» «amigos timoratos, y conservadores que se refugian en la orilla,» mientras otros «amigos marineros aguantan la borrasca con valor y entusiasmo asidos al timon del reglamento;» «paz y guerra;» «batallas» con sus correspondientes «vencidos y vencedores;» «catolicismo,» «espiritualismo,» «positivismo,» «materialismo,» «darwinismo» y otros acabados en ismo; «teocracias,» «aristocracias,» «mesocracias y democracias incrédulas y concupiscentes que luchan ó han

luchado» entre sí «para arrebatarse feudos, privilegios, influencias, derechos, la fortuna, el capital y el cetro del predominio;» «falaces é interesados mentores que impulsan, impenitentes ó reincidentes de la anarquía que pactan, representantes de la soberanía del número que amagan combates, paladines esforzados y elocuentes del espiritualismo que cada día revelan más claro su afán por acercar sus secos labios á los pechos de su madre la Iglesia Católica;» «poderes históricos y permanentes que se defienden mal;» «libertad» para unos, «restricciones» para otros; «altas regiones del alma, una libertad moral que vacila y desfallece, la glacial palabra de Renan y de Straus, el Verbo hecho hombre, el hombre celestial y divino» con su correspondiente «celestial divinidad;» «el derecho de la fuerza y la fuerza del derecho,» y una «fuerza» sin derecho opuesta á un «derecho» «sin fuerza;» «vértigos y elevaciones intelectuales;» «tragedias históricas, la ciencia madre, el Ateneo Barcinonense, Gotolannia, Cataluña, catalanismo y centralismo;» «el jóven soberano que nos gobierna, los timbres de los Alfonsos y Fernandos, el trono español,» un «emperador del Brasil, «la majestad de la sabiduría, la sabiduría de la majestad;» «la humanidad, la cuestion de Oriente, el prestigio de la realeza, personas de buena voluntad;» «Edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea;» citas inexactas de obras alemanas; otras brevísimas de libros que jamás caracterizaron á sus autores, ni fueron dogma de escuela alguna; retratos á vuela pluma de individuos que murieron; necrologías, biografías, autologías y apoteosis; todo expresado en un estilo amanerado y enfático con pretensiones académicas, con intenciones reaccionarias disfrazadas de propósitos semitolerantes, hé aquí lo que el señor de Ferran nos leyó en forma de discurso la noche del 3 de los corrientes.

No nos ocuparíamos de tal discurso si el señor presidente del Ateneo no hubiera atacado en él á quienes en dicha corporacion no les es permitido defenderse, si no hubiera vertido especies inexactas contra escuelas filosóficas á las que se prohíbe la exposicion de sus principios, y contra tendencias políticas y religiosas que no tienen voz ni voto, pues que el reglamento impide el tratarlas en cátedra.

Lo primero que del discurso del señor presidente del Ateneo de Barcelona se desprende, es la tendencia que la Junta que él preside piensa seguir en el presente año académico. Un elogio del presidente pasado, un recuerdo para los intransigentes del ultramontanismo, que se fueron de la casa para ni siquiera contaminarse con los heterodoxos, nos lo dejarían adivinar bien claramente, pues si bien el Sr. Ferran dice: «Hace falta que en absoluto renunciemos á toda intolerancia y á toda intransigencia de mala ley, porque entre personas serias y circunspectas tanto valen intransigencia é intolerancia como descortesía y falta de caridad, importando mucho que una y otra virtud social brillen más en los hechos que en las palabras:» no deja luégo de añadir: «á no ser, que se trate de ser intolerantes é intransigentes en la defensa de las leyes y reglas constitutivas del régimen dentro del cual vivimos, á que venimos obligados por un doble deber de consecuencia y de civismo.»

Estas *leyes* y este *régimen dentro del cual vivimos en el Ateneo Barcelonés*, son unas leyes y un régimen que no permiten exponer sus teorías sino al que sea ortodoxo y esté conforme con la congregacion del Index, leyes que proscriben el tratar de religion y de política, lo cual no obsta para que estas leyes no se apliquen cuando el que habla, habla en pró de la religion católica apostólica romana, y de la política conservadora ó reaccionaria.—Ejemplo el mismo discurso del señor Ferran, en el cual se pronuncia un fallo sobre la importantísima cuestion *religiosa* de la divinidad de Jesucristo en estos términos:

«Oyeron impasibles y sin protesta la glacial palabra de los Renan y los Strauss despojando al Verbo, al Verbo hecho hombre, al Hombre celestial y divino, de su celestial divinidad, y conforme acaba de pronunciarlo con bella imágen un esforzado y elocuente paladin del espiritualismo en España, en quien cada dia más claro se revela el afan por «acercar más los secos labios al pecho de su madre, la Iglesia católica» hánse eclipsado «risueñas y consoladoras esperanzas»; «la libertad moral vacila y desfallece»; y «cual las montañas, al abandonarlas el sol despues de dorar su cima con los últimos ra-

yos, quedan tristes y frías, así parece que van quedando las altas regiones del alma.»

¿Con qué derecho podrá quitar mañana la palabra el señor de Ferran al que sostenga como Renan y Strauss, que Jesucristo sólo fué un Hombre, que como Dupuis diga que fué una personificación del sol parecida á Adonis, Tammuz y Baco, ó que como Havet opine que fué un Mesías imaginario de los judeo-cristianos contaminados de helenismo? Si lo hace, se le podrá aplicar muy bien aquello de *justicia y no por mi casa*.

Y á estas malhadadas leyes que tan mal se aplican, llámalas el señor presidente: «Atinadas precauciones del recto y práctico sentir, que en nada empujan al vuelo sinceramente especulativo que del anhelo de saber buena y espontáneamente surja.» «En todo caso, dice, sólo pueden mortificar y cohibir, si bien se las estudia, á dañinos impulsos de discordia y rebeldía, que el puro intento científico no prohijó jamás.»

En este último párrafo la alusión es manifiesta á los señores Estasen y Bartrina, á quienes la Junta saliente, en virtud de estas *atinadas precauciones* perjudicó, prohibiéndoles sus conferencias, apesar de ser pura y simplemente científicas; no obstante lo cual, el Sr. Ferran afirma, refiriéndose á las disposiciones del reglamento, que «vulnerarlas, destruirlas ó desprestigiarlas, fuera insigne locura é imprudencia temeraria, porque fuera desprestigiar, vulnerar y destruir lo único que á todos por igual cobija, lo que á todos por igual manera abroquela y ampara.»

Después de esto se nos ocurre preguntar: ¿qué entenderá por igualdad el señor presidente del Ateneo de Barcelona?

Mucho más justo sería si afirmara que lo que aquí se ampara y abroquela son doctrinas caducas que ya no pueden sostenerse seriamente, por lo cual temen la lucha y recurren á la prohibición y al anatema. Por esto el señor presidente, después del párrafo transcrito, viendo el movimiento intelectual contemporáneo, se espanta y exclama en tono terrorífico y lenguaje apocalíptico:

«Y nunca fué más preciso y oportuno todo esto que en el momento histórico actual. ¡Qué momento, señores! Corre

ruda y deshecha borrasca el mundo contemporáneo... ; Al fin había de ser! Al fin había de sonar para ciertas doctrinas, para ciertos desfallecimientos, y para ciertas apostasías y prevaricaciones la hora de la suprema cuanto temerosa liquidación, y todo anuncia que esa hora está ya sonando, con bronco, discordante y lúgubre clamor.»

lllll.!!!!

Y ese bronco, discordante y lúgubre clamor lo produce, según el Sr. Ferran, «la crisis del pensamiento filosófico, que se acentúa cada día, y se reduce y circunscribe por momentos entre el espiritualismo, que lleva á sus más ilustres representantes, con irresistible propension, á las soluciones cristianas ortodoxas y al materialismo *positivo*, que ya no con Comte ni Littré, ni con Darwin y Hebert Spencer, sino con Hartmann (1), con Hæckel (2), con Gleisberg (3), con Büchner (4), con Huxley (5) con Buckle (6) y con tantos otros, después de profesar que nada resta del hombre, luego de la muerte, como no sea el ácido carbónico, el agua, el *humus*, el amoníaco y las sales bajo cuya fecundizante influencia brotan sobre su tumba frutos y flores, va fatalmente á parar al franco predominio de la fuerza sobre el derecho, ó sea á la realización del antiguo escéptico adagio *La force prime le droit*, aplicando á las relaciones internacionales sus famosos principios de «materia y movimiento» y de «lucha por la existencia:» —triste y anti-civilizadora teoría, cuyo lado original, según acertadamente hace observar M. Caro, consiste en un enlace de hipótesis que nos lleva de un mero hecho fisiológico al concepto de la moralidad, pero sin que ninguna de ellas traiga consigo, hasta ahora, ni sus pruebas ni sus títulos.»

No pueden darse más inexactitudes en un párrafo, ni menor conocimiento del estado filosófico actual de Europa.

No parece sino que este párrafo hubiera sido escrito por

(1) *Filosofía de lo inconsciente.*

(2) *Historia de la creación natural.*

(3) *Del instinto y de la voluntad libre.*

(4) *La voluntad y la ley natural.*

(5) *Los críticos de Darwin en Inglaterra.*

(6) *Historia de la civilización en Inglaterra.*

quien no hubiese leído de veinte años á esta parte ni tan sólo una revista filosófica. Las mismas citas insertadas para demostrar conocimiento de las obras de los autores que se nombran prueban precisamente todo lo contrario. Dice que la lucha está empeñada entre el espiritualismo y el *materialismo positivo*, siendo así que hoy día el mayor enemigo de la escuela dualista ó espiritualista, como ella se ha llamado á sí misma, no es el materialismo, sino la escuela que sienta que materia y espíritu son dos abstracciones hechas por los teólogos para dividir los fenómenos de la naturaleza; que, en realidad, lo que puede afirmarse en ellos son relaciones más ó menos complicadas, movimientos sencillos ó complejos; y que ningún dato real y positivo nos autoriza para afirmar la materia ni el espíritu como sustancias distintas.

Y dice el Sr. de Ferran: *materialismo positivo*. Nosotros conocemos una *escuela materialista*, que hoy día viene transformándose en relativista, y una *escuela positivista*: ignoramos que exista ni haya existido en Europa escuela alguna que se llamara materialismo positivo. En esta escuela, de su invención, mete el Sr. de Ferran á personas de opiniones tan diferentes, como son Comte y Littré, fundador el uno, y continuador el otro, del positivismo francés, el cual se aparta resueltamente de afirmar ni de negar la cuestión de origen y la de fin, por creerlas fuera del alcance de nuestra inteligencia, la cual sólo puede apreciar de la gran serie del universo la porción que cae bajo nuestros sentidos, y que de consiguiente, es observable, Darwin, fundador de la teoría que lleva su nombre, la cual, más que teoría filosófica, es la explicación natural de la manera de evolucionar de las dos grandes series orgánicas, animal y vegetal, que pueblan la Tierra y autor que no es materialista ni antireligioso, pues está afiliado al protestantismo liberal inglés, Herbert Spencer, que figura hoy día á la cabeza del psicologismo en Inglaterra, que tiende á demostrar que del universo sólo conocemos las representaciones que de él nos formamos; que los hechos, más que fenómenos externos, lo son internos y subjetivos, ya que todo, aunque del exterior nos venga, sólo lo conocemos en virtud de la modificación que sufre nuestra naturaleza físico-psíquica.

A más, Spencer cree, en un elemento que es, como si dijéramos, el *subtractatum* del espíritu y de la materia, en un absoluto escondido tras de lo relativo que la ciencia nunca hallará y que la religion intuitivamente adora. (Véase el final de *Les premiers principes*.) — Hartmann, discípulo de Schopenhauer, el que ha llevado el budhismo germánico á la exageracion, acepta como el maestro la voluntad del Todo Inconsciente; sienta que cada dia se avanza hácia un estado de mayor conciencia, pero que esto es un mal en lugar de ser un bien, pues si la **mera** sensacion (la cual no se produce sino como correspondiente irritacion de la sustancia nerviosa) es ya un dolor, cuanto más complicado sea el funcionar de la inteligencia y más consciente el estado del individuo, más debe éste sufrir. Así, lo que llamamos el progreso, él lo define como un malestar siempre creciente en el individuo y una **desoluc**ion sucesiva en la humanidad. Esta, segun él, en la Edad Antigua creyó posible la felicidad del individuo y buscó un bienestar egoista que no pudo encontrar por más que hiciera. Tras de la primera desilucion vino el cristianismo. Miétras ha imperado éste en las conciencias, la humanidad ha creido posible hallar la felicidad en una vida de ultratumba, y de consiguiente, ha despreciado el bienestar sobre la tierra. La ciencia ha desvanecido su segunda ilusion, y hoy la humanidad tiende á conquistar una suma de felicidad siempre creciente para sus sucesores, sacrificándose cada uno por los que han de venir. ¡Vana ilusion, destinada á desvanecerse como las otras! Los estados de malestar que hoy se juzgan pasajeros, irán creciendo con los inventos; perfeccionándose la conciencia, lo desfavorable será sentido cada dia con mayor intensidad; el mal se practicará cada dia de una manera más civilizada, por decirlo así, que eludirá mejor la ley; los dramas internos serán cada dia más terribles, siendo la lucha íntima más consciente y reflexiva, y todo esto hará la desgracia del hombre, que al fin comprenderá que no le hace más feliz el progreso que el paraíso cristiano y el egoismo antiguo. (Véase el segundo tomo de la *Filosofía del Inconsciente*.)

Como puede verse, las teorías de Hartmann lógicamente van á parar, aunque su autor no quiera, no ya á la anulacion de

la humanidad, sino á la anulacion de todo organismo que de sensibilidad esté dotado existente en nuestro globo, para volver al primitivo inconsciente, único medio de felicidad posible. Y tanto es así, que Hartmann considera casi un crimen el acto de la generacion, pues es producir un sér para el sufrimiento. Hæckel proviene del materialismo que adoptó las teorías de Darwin, perfeccionándolas con su sistema de explicar la evolucion en el individuo, en la serie y en el espacio por los diversos grados de desarrollo que existen en él en cada momento dado. Gleisberg no es jefe de ninguna escuela, ni figura en primera línea en la filosofía contemporánea. Büchner, uno de los antiguos jefes del materialismo alemán, que funda su sistema sobre la inseparabilidad de la fuerza y de la materia, afirma que aquélla es sólo la propiedad de ésta. Buchner concibe la materia, aún como substractatum de la fuerza, no como un mero conjunto de fuerzas ó movimientos. Huxley, paleontólogo y antropólogo inglés, es enemigo acérrimo de Augusto Comte. Buckle, historiador británico que sólo hizo su plan de historia positiva basado en datos estadísticos más que en otra cosa. Sentó el principio de que las sociedades progresan por las ideas, sólo cuando han alcanzado un cierto nivel intelectual; pero que ántes de alcanzarlo, el progreso, si lo hay, es debido á causas físicas, es decir, climatológicas y geológicas.

A todos estos autores, pues, de opiniones tan divergentes, ya por la clase de especulaciones á que se dedican, ya por la tendencia que éstas manifiestan, á todos estos autores, algunos de los cuales ni tan siquiera son filósofos, agrúpalos el señor presidente del Ateneo barcelonés en un solo grupo filosófico que para su uso él ha formado, y que se titula *materialismo positivo*. Y este grupo lo divide luégo en dos partes. Unos que fueron los precursores, y que ménos adelantados que los que les sucedieron, se van quedando ya casi fuera de este *materialismo positivo*, los cuales son Comte, Littré, Herbert Spencer y Darwin; y otros los que marchan al frente del movimiento en la lucha, que son Hartmann, Hæckel, Gleisberg, Buchner, Huxley, Buckle y otros.

Buckle es anterior de muchos años á Darwin, pues murió.

á antes que este último adquiriera celebridad en las ciencias; y en cuanto á tendencias no es más ni ménos avanzado que Darwin, pues entre lo que el uno se propuso y lo que verificó el otro, no hay siquiera punto de contacto. Huxley, aunque contemporáneo, no es de los que figuran en el movimiento filosófico sino incidentalmente, pues ya hemos dicho que no es un filósofo. En cambio se cita en segunda línea á Spencer, que es uno de los más avanzados, que cada día está dando á luz nuevas obras, y que hoy figura como uno de los primeros jefes del movimiento evolucionista. Pone entre los más avanzados que arrastran la opinion en pos de ellos Gleisberg, apenas conocido, y Büchner, ya casi olvidado. Y á Darwin, que hoy dice tiene pendiente de sus obras la atención de la Europa intelectual, le relega entre los que se han quedado atrasados.

Y despues de haberlos agrupado tan mal, les supone á dichos autores el Sr. de Ferran la opinion de que *nada* queda del hombre despues de la muerte, como no sea el ácido carbónico, el agua, el *humus* (?!), el amoniaco y las sales, cuando todos ellos convienen en que, si algo hay de real y positivo en el hombre, es su tendencia, sus ideas, sus actos, su obrar, su modo de sér, *su espíritu* (como diría un espiritualista), el cual, despues de muerto el hombre, en vez de subir á un cielo hipotético, queda sobre la tierra en las obras y tendencias que el muerto nos lega.

La manera de sér de un hombre grande no se pierde; los que despues de él vienen, obedecen á su impulso. Todos los autores que cita el Sr. de Ferran dejarán algo más que su cuerpo á la tierra, pues las generaciones venideras obrarán, más ó ménos directamente, á impulsos de ellos. Todo el que hoy dia piensa, tiene en su espíritu inmanentes á los pensadores pasados, que por herencia intelectual han contribuido á su organizacion psíquica. Ninguna idea vertida se pierde, ningun esfuerzo intelectual es inútil; todos los trabajos de la mente humana se perpetúan en razon directa de su importancia. Esta es la *triste y anticivilizadora teoría moderna* que el señor presidente de nuestro Ateneo no ha sabido ver en los autores que cita, si es que los ha leído; pero ya dijo el Evangelio aquello

de que hay gentes que *tienen ojos y no ven*; y la peor ceguera es la del entendimiento.

Ademas, confundiendo lastimosamente el concepto filosófico de fuerza con la fuerza bruta, como podría hacerlo un rústico ignorante no acostumbrado á la abstraccion, que ya no un obrero, dice que estas teorías de los citados filósofos conducen *al franco predominio de la fuerza sobre el derecho, ó sea á la realizacion del antiguo escéptico adagio: la force prime le droit*, aplicando á las relaciones internacionales no sabemos qué *famosos principios* de MATERIA y MOVIMIENTO y de LUCHA POR LA EXISTENCIA.

La lucha por la existencia no ha sido aplicada por escuela alguna á las relaciones internacionales: la lucha por la existencia es un hecho en toda la naturaleza organizada, y la escuela evolucionista no ha hecho más que estudiarla y explicarla en términos precisos.

¿Quién vió jamás aplicar la materia y el movimiento á las relaciones internacionales? Esto sencillamente es un puro juego de palabras completamente vacío de sentido, más digno de un semita que de una inteligencia indogermánica. Y en cuanto á lo de que las teorías modernas llevan al predominio de la fuerza sobre el derecho, cónstele al Sr. de Ferran, catedrático de derecho político, que el derecho ha venido defendiéndose contra todas las tiranías y arbitrariedades autoritarias, precisamente en la época en que comienzan los ataques al espiritualismo, siendo el derecho defendido hoy precisamente por las escuelas que el orador ataca, mientras que en los buenos tiempos del predominio del espiritualismo católico, que ya felizmente pasaron, imperaban todas las tiranías y sólo se obraba en virtud del derecho del más fuerte.

Díganos el Sr. de Ferran qué derecho tenían y cómo lo practicaban los bárbaros al caer sobre las poblaciones del imperio latino, y sus hijos los barones feudales, que no eran ni positivistas, ni materialistas, ni darwinistas, ni evolucionistas.

Simon de Monfort y el prior del Cister, autores de las matanzas del Languedoc, eran muy espiritualistas y muy católicos, como lo era San Bernardo de Clairvaux, perseguidor de Abelardo.

Tambien eran espiritualistas y ortodoxos, y de muy buena ley los que obligaron á Galileo á negar la evidencia, no en nombre de derecho alguno sino en virtud de la fuerza. Valiéndose de la fuerza, que no del derecho, el espiritualista Calvino quemó á Servet por serlo ménos que él á su entender. Llenó á Paris de sangre la noche de San Bartolomé la chusma espiritualista que dirigían señores y frailes muy ortodoxos.

San Pedro Arbués y Torquemada quemaron á centenares, sin más derecho que el que les daba su ortodoxia espiritualista.

Espiritualista era Felipe II, que no creemos que fuera un gran defensor del derecho, cuando se servía de la fuerza para imponerse á los países que lo tenían para no ser dominados. Eranlo tambien los que dirigieron *las dragonadas* en Francia. Hasta el mismo Robespierre, que hizo funcionar la guillotina, no en nombre del derecho, sino en el del Sér Supremo, era un espiritualista, que se propuso imponer el espiritualismo por tal medio para salvar de esta manera á su país.

Y despues de esto, ¿vendrá el señor presidente del Ateneo barcelonés á decirnos que las escuelas positivistas son las que van á hacer prevalecer la brutalidad de la fuerza sobre la legalidad del derecho, cuando estas escuelas desechan, lo mismo en sociología que en los demas ramos de la ciencia, las revoluciones violentas para sustituirlas por la evolucion gradual y progresiva?

Por el buen nombre del Ateneo barcelonés, duélenos el que haya leído un tal discurso la presidencia. ¿Qué dirán los que no conozcan este Ateneo, ni á los individuos, varios de ellos de gran valer, que de él forman parte? Si esta es la ciencia del presidente, se demandarán: ¿cuál será la de los sócios?

Y duélenos todavía más cuando desde lo alto de la presidencia se ha definido el Ateneo en las siguientes palabras:

«No es nuestro *Ateneo*, á ningun otro Centro de su clase, exactamente comparable; y los que piensan que debe proponerse por modelo instituciones análogas que en la cabeza de la nacion viven agitada y deslumbradora vida, yerran lastimosamente, en mi sentir, porque desconocen las peculiares condiciones del país en que vivimos, las leyes de nuestra ge-

nial naturaleza, y la respectiva importancia de los diversos elementos que aquí vinieron á hermanarse y confundirse, que no á contender y á batallar.

No somos aquí un núcleo más ó ménos respetable de literatos y hombres de ciencia, una pléyade más ó ménos compacta de teóricos soñadores ó utopistas, que venida á espaciarse y mecerse en las etéreas regiones de la fantasía, donde mora el ideal, cada dia, en sus devoradoras ánsias por saber é inquirir, vaga más audaz y más inquieta hácia más altas é ignotas esferas, y cada dia se consagra á romper con desprecio *los antiguos moldes*, y á fabricar moldes nuevos y flamantes para sus ideales nuevos.—Nó. No somos aquí eso. Somos ménos y más que eso, señores: somos la genuina representacion de todas las fuerzas vivas del país.»

Si no somos un núcleo de literatos y hombres de ciencias, si en el Ateneo no se debe venir á contender ni á discutir, ¿por qué se llama esta institucion Ateneo? ¿por qué no se la llama entonces Casino, Centro recreativo, Sociedad de descanso ú otra cualquier cosa por el estilo?

Aquí lo que hay, hablando claro, es que miéntras los discursos que los padres graves pronunciaban en pro de la ortodoxia y de las *instituciones venerandas* eran aplaudidos y no encontraban una réplica énérgica y bien fundada, miéntras éstos pasaban por el oráculo viviente de la ciencia infusa, se quiso que esta institucion fuera más que Ateneo, un definitorio dogmático.

Pero llegó un dia—*que al fin había de llegar*—en que las doctrinas filosóficas que hoy predominan en Europa entraron en este centro; entónces el terror apoderóse de la Junta, el anatema fué lanzado, sellóse la palabra en los labios de los oradores, y como medio de salvacion se propuso que este Ateneo no fuera Ateneo, que este centro científico no fuera científico sino un centro como cualquier otro, y estas tendencias hálas condensado el señor presidente en su discurso: «Aquí venimos á hermanarnos y confundirnos, que no á contender y batallar!»

Pues precisamente á contender y á batallar, á discutir y á rectificar, á exponer y controvertir es á lo que debe destinarse

un Ateneo, so pena de ser un Ateneo muerto, es decir, de no serlo. Un Ateneo de una ciudad de tanta importancia como Barcelona, debe de ser un centro de progreso, una fábrica de ideas y de teorías, por decirlo así, en donde todo se exponga y se discuta; no debe tender á la union ni á la confusion, sino á la diferenciacion, y á la definición; pues la diferenciacion, la divergencia, son la condicion esencial del progreso y del desarrollo de todos los organismos, desde la célula hasta la sociedad más perfecta. Y si no, véase cómo los organismos más rudimentarios son los más homogéneos, y cómo las sociedades más perfectas, y las naciones que marchan al frente del movimiento intelectual, son aquellas en las que más ideas y más diferentes se sustentan, y en las que surgen estos *soñadores utopistas* que se *mecen* en las *etéreas regiones de la fantasía donde mora el ideal; la cual en sus devoradoras ansias de saber é inquirir, vaga á más altas y más ignotas esferas*. Díganos el señor presidente si ha visto jamás tendencia práctica alguna, intuicion, forma de gobierno, invento ó religion (inclusa la católica) que no viniera preludiada por uno ó varios utopistas. Díganos si todo lo que del hombre es obra, no pasa ántes por el estado ideal en su cerebro, que por el estado real en la sociedad. Y díganos, en fin, si en un país porque sea práctico y trabajador como Cataluña, no es útil que exista un centro en donde se elaboren, se expongan y se discutan ideas, áun las más imposibles, ^{ya que los} inverosímiles de hoy ~~es~~ muchas veces la realidad de mañana. Tanto valdría rebajar nuestra provincia al nivel de una comarca de manufactureros y traficantes, asesorados por unos cuantos leguleyos; que éstas y no otras son las fuerzas vivas á que el discurso alude.

Despues de esto tache el señor presidente del Ateneo barcelonés de materialistas á las escuelas opuestas á sus intereses.

POMPEYO GENER.

Barcelona 8 de Diciembre de 1877.



BOCETOS LITERARIOS.

DON JUAN VALERA.

I.

QUIÉN no le conoce? ¿Qué dama aristocrática no ha leído sus chispeantes escritos, escuchado con deleite su conversacion variada y amenísima y estrechado en suntuoso salon su enguantada mano? ¿Qué literato no ha saboreado sus críticas, tan eruditas como ingeniosas, y sus discretas novelas? ¿Quién no ha admirado la enorme cantidad de ático ingenio, gracejo andaluz y erudicion copiosa, almacenada en aquella, cabeza que se hiergue altiva en lo alto del cuerpo más rígido que puede concebirse y sobre el más inflexible cuello de camisa que jamás almidonó planchadora alguna?

Él es, sí. Ese altivo caballero de aristocrático talante, de labio á la par benévolo y desdeñoso, de grave é impasible fisonomía, de alzados hombros, entre los cuales aparece encajada una cabeza que jamás se dobla, es D. Juan Valera, el más donoso y erudito de nuestros críticos, y uno de nuestros novelistas más aménos. Si reparais en su aspecto, os parecerá el más altivo de los aristócratas ó el más estirado de los académicos. Tratadle de cerca y hallareis en él el más amable y simpático de los hombres y uno de los escritores que con más gallardía y desenfado manejan hoy la prosa castellana.

Valera es la solución viviente de las más imposibles antinomias. Es juntamente artista y erudito, filósofo y literato, hombre de mundo y hombre de letras. En él parece renovarse la raza de aquellos distinguidos espíritus del Renacimiento que con igual facilidad descifraban un palimpsesto, comentaban un códice y derramaban torrentes de ingenio en amenísimos escritos. En él la erudición deja de ser la gruñona y apergaminada vieja que todos conocemos, para trocarse en coqueta y elegante dama, llena de gracias y de encantos. Ha resuelto el problema de ser erudito sin pecar de empalagoso, y sabe tratar las más áridas y enojosas cuestiones con tanto primor y gracejo como si escribiera una novela. Habla de filología, de literatura, de crítica, de todo en suma, no en el tono pedantesco y en el altisonante lenguaje que es de moda en la literatura académica, sino en forma de la más chispeante y amena *causerie* que pudiera imaginar un hombre de mundo. Es capaz de causar deleite hablando de la *Crítica de la razón pura* y de entretener gratamente á una dama de la *high-life* comentando los himnos Védicos ó desarrollando las teorías de Fichte; es, en suma, la ciencia con corbata blanca y la erudición vestida de limpio.

Se dirá que esa ciencia no peca de profunda. Fuerza es reconocerlo. Valera es, ante todo literato, y no como se quiera, sino literato aristócrata. Lo selecto, lo distinguido, lo ingenioso y discreto, hé aquí lo que busca en primer término. Es una de esas naturalezas exquisitas y privilegiadas que todo lo sacrifican al buen gusto, que en todo buscan lo irreprochable y lo pulcro, que se apartan con repulsión instintiva de cuanto no sea hermoso y perfecto. El sentido de lo bello y de lo noble llega en él al punto de delicadeza que sólo conocieron cuatro felices momentos de la historia: el siglo de Pericles, el de Augusto, el de Leon X y el de Luis XIV. El arte, la belleza son para él la más luminosa manifestación de lo divino. Lo pulcro y lo delicado es su ideal; vivir en una atmósfera exquisita de distinción y buen gusto, en medio de una sociedad de gentes discretas, elegantes y cultas, sería su mayor encanto. El talento y el ingenio son para él joyas preciosísimas, que sólo en elevados círculos pueden brillar; el arte es flor delicada de la

vida que no ha de mancharse al contacto de nada que sea rudo y grosero. La ciencia misma sólo es estimable á condicion de perder su natural rudeza, adquirir buenos modales y vestir con elegancia. Ser literato es formar parte de una aristocracia que representa en el mundo de la inteligencia lo que la gente del buen tono en la vida familiar y pública. El literato ha de ser, ante todo, un espíritu distinguido y culto, que hable y escriba con suprema delicadeza y gusto exquisito, sepa dar forma agradable á las cosas más áridas, y no olvide que lo esencial es tener ingenio y saber mostrarlo. Tal es el ideal de Valera, y esto es lo que trata de realizar en su vida y en sus obras.

No busqueis en él, por tanto, condiciones de verdadero genio. Las brusquedades, las notas inarmónicas, las salidas de tono que á éste suelen caracterizar en ocasiones, son incompatibles con su manera de ser. Todo en él es atildado, medido, correcto, sujeto al cánon supremo de la elegancia y del buen gusto. No extralimitarse es su regla constante. Si alguna vez pudiera tener un arranque de pasion, un momento de inspiracion verdadera, cuidaría de evitarlo por no cometer alguna falta de buen gusto, á la manera de esas mujeres hermosas que no darían un beso á un amante por no descomponer los pliegues de su traje. Por eso, hablando ó escribiendo, siempre es frio; aunque á decir verdad, á ello contribuye no poco la naturaleza de su ingenio.

Valera, con efecto, no es hombre de mucho sentimiento; al ménos así lo muestran sus escritos. La nota dominante en él es el entendimiento reflexivo y principalmente el espíritu crítico. Su fino y penetrante análisis lo descompone y desmenuza todo, descubre con facilidad el aspecto negativo de las cosas y no deja espacio á la pasion ni al entusiasmo. El entendimiento ejerce en su alma el monopolio y atrofia más ó ménos todas sus facultades, salvo una: la fantasía, á la que esclaviza tiránicamente, obligándola á prestar ingeniosas y pintorescas formas á sus agudos conceptos. Por eso, teniendo, sin duda, imaginacion viva y brillante, verdaderamente andaluza, nunca la pone al servicio del sentimiento, y por esta razon no es verdadero poeta ni perfecto novelista. La fantasía es para él un medio de representar en vivas imágenes ideas originales é in-

geniosas, algo parecido á lo que llaman *esprit* los franceses y *sal* los españoles. Unida al entendimiento, produce de esta suerte ese inagotable raudal de observaciones picantes, comparaciones oportunas y felices, ingeniosas teorías y paradójicas ocurrencias que, vertidas en elegantísimo estilo y chispeante lenguaje, constituyen el mérito capital de los escritos del Sr. Valera; pero nunca sirve para llevar la emoción al ánimo porque es una fantasía divorciada del corazón.

Por eso Valera no es poeta. Sus versos fríos y tirados á cordel como las calles de un jardín de Versalles, ni conmueven ni deleitan. Vaciados en la turquesa académica, poseen la perfección negativa de lo insignificante, la corrupción rígida de las cosas sin vida. No hay en ellos nada que choque al buen gusto; pero nada tampoco que hable al corazón ni á la fantasía. Su autor, que será tan buen crítico de sí mismo como de los demás, debe saberlo, y por eso ya no los hace, en lo cual obra sin duda como prudente.

Tampoco es filósofo, como algunos piensan. Ciertamente es que no desconoce la filosofía y que en altos principios de estética suele inspirar sus críticas; pero su espíritu literario no le permite entrar por esos abstrusos caminos, en que suele perderse todo lo que hay de bello y artístico en la vida, desde el sentimiento hasta la gramática. Es filósofo como lo eran los *beaux esprits* del siglo XVIII; esto es, gusta de buscar el sentido más elevado de las cosas, pero sin profundizarlas demasiado. Toma de la filosofía lo necesario para dar elevación á su pensamiento, pero no penetra en sus tenebrosas profundidades. Busca ante todo en ella lo que de bello tiene, y por eso, siendo escéptico en alto grado, se deleita al leer los éxtasis y arrebatos de nuestros místicos, tanto al ménos como en saborear las artísticas voluptuosidades del arte pagano. Espíritu abierto á todo lo que es bello y distinguido, sería filósofo si hoy se cultivara la metafísica en los rientes jardines de Academo ó bajo los arcos anchurosos del Pórtico; pero no penetraría de buen grado en la oscura cámara de Kant ó en el prosaico laboratorio de cualquier positivista moderno. Valera, en suma, es filósofo á la manera de Campoamor.

Pero lo que en Valera domina y todo lo avasalla es el crítico.

Bajo este concepto, reúne su espíritu las más peregrinas condiciones. Dotado de selectos, variados y copiosos conocimientos, es uno de nuestros primeros eruditos, y sin duda nuestra autoridad más alta en historia de las literaturas extranjeras. Dueño de vivacísimo y flexible ingenio, su crítica, seria en ocasiones, festiva y aún satírica en otras, recuerda á la vez la fina intención de Luciano, el ático gracejo de Erasmo y la punzante ironía de Voltaire, sin rivalizar con ninguno de ellos en profundidad ni ménos en amargura. La finura ática, la sal andaluza y la vivacidad francesa se combinan en delicioso conjunto en esas *causeries*, habladas ó escritas, con que Valera mantiene en perpetuo regocijo á sus admiradores. Un fondo de sana y escogida erudición da valor y utilidad á esos chispeantes trabajos que nunca dejan de reportar provecho positivo y siempre ilustran la cuestión sobre que versan. A veces, sin embargo, el deseo de lucir su feliz ingenio y de ser original, impulsa á Valera á sostener inconcebibles paradojas y teorías singulares de que acaso se está burlando mientras las expone, si no es que, engañándose á sí mismo, las toma momentáneamente por verdaderas, fascinado por la agudeza que en ellas se advierte.

Valera es escéptico; pero no al estilo de los tiempos actuales. Su escepticismo recuerda más el de Luciano que el de Leopardó. Hijo legítimo de su espíritu crítico, no es el producto de una existencia tormentosa ni de un desesperado estado del ánimo. Es un escepticismo sereno, jovial, de gran señor, que no riza siquiera el tranquilo lago de su existencia. No cree, porque la falta de creencias está en la atmósfera de nuestro siglo; porque la crítica le hace ver el lado negativo de todas las cosas; porque la experiencia de una vida pasada entre dos inagotables fuentes de escepticismo: la crítica y el gran mundo, le hace ser así. Pero no se altera por eso. Reposo tranquilo *en la dulce almohada de la duda*, y amante de las conveniencias dora lo mejor que puede la amarga píldora que á su público propina, ora revistiendo su escepticismo de las más gratas y delicadas formas, ora aparentando con la sonrisa en los labios una fe de buen tono que le permite, como á Campoamor, introducir el veneno bajo la forma del más elegante de los bombones y depositarlo en el *boudoir* de las más creyentes y escrupulosas

damas. Gracias á esto, su *Pepita Jimenez* ocupa al lado de las *Doloras* y los *Pequeños poemas* lugar preferente en sitios de donde se expulsaría con horror á Voltaire y Renau.

La naturaleza negó á Valera las condiciones de orador. Carece de facilidad y no sabe accionar; pero, sin embargo, se le oye con gusto. La viveza de su ingenio, su gracejo inagotable, la elegancia y distincion que en todas sus producciones resplandecen, hacen de sus discursos, siempre desordenados é inmetódicos y no pocas veces paradójicos y contradictorios, deliciosas conversaciones familiares que se escuchan con el mayor deleite. Las faltas del orador se olvidan entónces y sólo se ve al discreto é intencionado crítico que tiene el dón inapreciable de hacer bello, ameno y agradable todo cuanto toca.

II.

Valera es de esos hombres que á fuerza de ingenio son capaces de hacer bien hasta aquello para que ménos sirven. Empeñóse Echegaray en ser dramático, y lo fué, y tal talento tiene que, si se empeñara en domar fieras, es seguro que á fuerza de talento las domaría. Quiso Valera ser novelista, y lo es notable; y sin embargo, examinadas sus condiciones, para todo debiera servir ménos para eso.

Con efecto; Valera, que conoce admirablemente las ideas, no conoce el corazon humano; ingenioso en extremo y dotado de viva fantasía, carece de inventiva, sin embargo; y como ántes hemos dicho, no lo creemos muy fuerte en materia de sentimiento, ni por verdadero poeta lo tenemos. Y no obstante, ha hecho novelas justamente celebradas, entre ellas una (*Pepita Jimenez*) que puede considerarse como una de nuestras joyas literarias.

Si se examinan detenidamente sus novelas, muy luégo se advierte que los caracteres de sus personajes suelen ser falsos, que su accion peca de pobre y poco interesante y que la verosimilitud no suele distinguirlas. Todas ellas parecen concepciones *à priori* que no se han tomado de la realidad palpitante, sino de la libre idea del autor. En todas se nota profundo desconocimiento de la naturaleza humana, cual si fue-

ran concebidas por quien nunca ha visto el mundo sino de léjos. Obras maestras, cuando en ellas se manejan la crítica y la sátira, decaen por lo general cuando el autor intenta hablar el lenguaje del sentimiento que nunca es tan elevado, filosófico, culto y galano como el que pone en boca de sus personajes. Fácilmente se nota que en estas novelas todas las figuras hablan y piensan casi lo mismo, como que no son otra cosa que manifestaciones distintas de la personalidad del señor Valera, cuya mano se adivina demasiado bajo los personajes que mueve en sus obras.

¿Cómo, sin embargo, tales defectos no impiden que esas novelas se lean con aplauso y que su autor haya obtenido merecido puesto entre nuestros buenos novelistas?

La respuesta es sencilla. El talento es recamado manto que todo lo cubre. Sobre esas figuras falsas, sobre esas acciones lánguidas y pobres arroja el Sr. Valera la riqueza de su ingenio, y el cuadro, mal dibujado, deslumbra por la brillantez de su colorido. El lector se olvida de que el personaje es falso para no ver más que la valentía con que está pintado; no repara en que cuanto dice es impropio, merced al deleite que le causa el gracejo inagotable y á veces la profundidad de sus ocurrencias. Aparte de esto, la trascendencia del libro, la copiosa doctrina que encierra, la intencion que tiene, impide que se note la debilidad de su contextura; y la gallardía de aquel castizo y elegantísimo lenguaje, la magia de aquel chispeante estilo tan original y tan bello, bastan para que la fascinacion sea completa, y para que la crítica se rinda ante ese poderoso esfuerzo del ingenio que sabe hacer una novela de lo que no es novela, y un notable novelista de quien no tiene condiciones de tal.

III.

Es Valera la acabada muestra de todo lo que en materia literaria puede hacer el ingenio entregado á sus propias fuerzas. Pero lo es tambien de la impotencia de este mismo ingenio. Valera, con efecto, no crea ni funda nada. Tratad de averiguar qué es lo que en realidad piensa acerca de las cuestiones

que con tanta brillantez agita, y os será difícil conseguirlo. ¿Qué es Valera en filosofía, en arte, en política? Nadie lo sabe; ni siquiera él mismo. De esa brillante y deslumbradora exhibición de ingenio y de originalidad nunca ha salido una verdadera afirmación. La contradicción es más bien lo que campea en sus trabajos. ¿Será que el entendimiento y la crítica, que es su hija, poderosos para destruir, son impotentes para crear? ¿O será la causa de este fenómeno el escepticismo que anida en el espíritu del Sr. Valera?

A nuestro juicio (y acaso hablamos por experiencia propia), el espíritu crítico es pariente muy cercano del espíritu escéptico. Las ideas son como las decoraciones del teatro: examinadas despacio y de cerca, casi siempre pierden la mayor y mejor parte de su efecto. El hábito de descubrir el lado negativo de las cosas lleva fácilmente á desconocer su aspecto positivo. El que dedica su vida á comparar ideas, hechos é instituciones, con dificultad se libra de una de estas dos formas del escepticismo; el optimismo, que todo lo halla bueno, ó el pesimismo, que todo lo encuentra malo. Es un hecho indudable que á fuerza de manejar con igual asiduidad las ideas, acaban por parecer todas verdaderas ó todas falsas, quedando el ánimo en tal estado de indiferencia acerca de ellas que por ninguna sabe decidirse. Una pendiente irresistible lleva al crítico, por ende, al escepticismo, y sabido es que éste nunca se ha afirmado ni fundado nada.

A esto debe agregarse la especial naturaleza del espíritu del Sr. Valera. Hay en él algo de bizantino, mucho de volteriano y muchísimo de andaluz, y no son éstos elementos muy adecuados para tomar en serio las ideas, los hombres ni las cosas. Si Valera fuese un escéptico desesperado y sombrío, un Byron ó un Leopardi, acaso podría esperarse que en un momento extremo llegara á afirmar algo, si por algo se interesaba seriamente. Pero es más bien un humorista, un artista de fino y riante espíritu que con todo juega y de todo se rie, y que se halla muy á gusto en medio de la negación. A ello le lleva, además, su propio ingenio, cuya originalidad y bizarría nunca se muestra mejor que haciendo juegos malabares con todas las ideas y combinando en vistoso caleidoscopio todas las doc-

trinas. Pedir á un espíritu de esta naturaleza una concertada y metódica serie de afirmaciones que constituyan un sistema, valdría tanto como exigir de la voluble mariposa el lento y acompasado paso de la tarda tortuga. Para caracteres de este género la ciencia y la vida son pensil ameno cuyas variadas flores van libando alegre y desembarazadamente sin posarse en ninguna. El libre juego de su brillante ingenio es lo que ante todo les interesa; la manifestacion de su viva originalidad es lo que les encanta y á lo que todo lo sacrifican; ¿habrá que culparles por ello? No, ciertamente. No son ménos agradables y simpáticas las mariposas de pintadas alas que alegran la vista con sus vuelos caprichosos, que las laboriosas abejas que fabrican la miel con el jugo de las flores. Si los pensadores serios y profundos que contribuyen al progreso y al bienestar humano merecen elogio, no son ménos estimables los brillantes ingenios que con sus felices ocurrencias nos deleitan, y que no pocas veces adivinan las verdades y señalan los errores que escapan á la penetrante vista de los filósofos. El ingenio y la crítica no son todo en el mundo; pero son mucho, sin embargo.

M. DE LA REVILLA.





UN BUEN LIBRO DE ARQUEOLOGÍA

PUBLICADO EN ESPAÑA.

TRATADO TEÓRICO Y PRÁCTICO DE DIBUJO CON APLICACION Á LAS
ARTES Y Á LA INDUSTRIA, POR DON MARIANO BORRELL.

EN el prodigioso desenvolvimiento que han tenido en nuestro siglo, siglo tan despreciado por los hombres de ideas caducas, los diversos conocimientos en que entra por mucho la crítica, no es ciertamente la arqueología la ciencia que ménos ha adelantado, sino que por el contrario, se puede decir que la hemos visto nacer, y ya marcha con firmes pasos deramando torrentes de luz sobre las épocas que ya pasaron, y que nos serían casi desconocidas si no tuviéramos para estudiarlas más que los libros históricos que cada una de esas épocas nos ha legado. Y cuenta que muchos de esos libros han sufrido bastante ó han desaparecido totalmente, destruidos tal vez más que por la acción del tiempo por la ignorancia y la barbarie. Ménos frágiles en general que las obras escritas, han podido llegar hasta nosotros infinidad de monumentos de todas las edades, desde las más remotas; pero esos monumentos por sí solos serían letra muerta si la sana crítica no los explicara y clasificara á fuerza de sagaz observacion; este ímprobo trabajo es el que incumbe á los arqueólogos, y nadie negará en vista de los portentosos resultados obtenidos, que, entre otras ventajas, tienen la de haber evitado y evitar cada dia la destruccion inconsciente de muchos monumentos, que á más de su interes arqueológico, tienen á veces una importancia artística de primer orden. Hoy vemos crearse en

todas partes Museos destinados á la custodia de cuanto á los estudios de que tratamos se refiere; vemos que, una vez constituidos esos Museos, se hacen catálogos razonados de las riquezas que encierran, y por fin vemos salir á luz obras doctrinales referentes á la arquitectura, á la numismática, á la cerámica, á todo lo que comprendemos con el nombre adecuado de *arqueología*.

Para ser justos debemos confesar, aunque nos duela, que no figura España en primera línea en este linaje de conocimientos como en muchos otros; esto mismo da mayor honra á los pocos hombres que con teson se han propuesto popularizar en nuestro país los estudios arqueológicos; y lo primero que hacía falta para cumplir esta misión era una obra de vulgarización debidamente ilustrada, puesto que es indispensable el concurso de las artes del dibujo para hacer comprender bien lo que con una mera descripción sería punto ménos que imposible explicar con claridad. Esta obra de vulgarización está en publicación, y es conocida con el título de *Tratado teórico y práctico de dibujo con aplicación á las artes y á la industria*, y su autor lo es D. Mariano Borrell, distinguido profesor de la Escuela de Artes y Oficios. Parecerá extraño este título tratándose de una obra de arqueología; pero debemos decir que cuando su autor lo puso no contaba hacer más que lo que ese título indica, que es también lo que vemos en el primer tomo; trata este volumen en los doce cuadernos que lo componen del dibujo geométrico, del lavado, del adorno, de las proyecciones, de los órdenes de arquitectura, de la perspectiva, y por fin, como complemento indispensable al tomo, de las proporciones del cuerpo humano. Nada más que con esta indicación se comprende lo adecuado que es para este tomo el título que ántes citábamos.

Pero el Sr. Borrell, contra la costumbre de la generalidad de los editores, quiso que la obra que publicaba fuera creciendo en importancia, hasta el punto de que lo que empezó siendo un tratado elemental de dibujo llegara á ser lo que hoy vemos que es, un extenso y razonado Manual de arqueología, profusamente ilustrado con grabados en madera y con gran número de láminas sueltas, muchas de ellas cromo-litografiadas, otras al agua fuerte, siendo en su mayor parte verdaderas obras de arte.

Cúmplenos ahora recorrer, siquiera sea ligeramente, los tomos segundo y tercero del *Tratado* del Sr. Borrell, para que comprendan

nuestros lectores la gran importancia de esta obra y la utilidad que para nuestra juventud puede tener.

Empieza el tomo segundo con definiciones cortas y precisas de los principales elementos de construcción: *muros, arcos, bóvedas*, etc., entrando de seguida en la descripción de los estilos, empezando por los monumentos prehistóricos, fenicios, pelásgicos, indios, egipcios y persas, sobre los cuales se extiende muy poco, tal vez demasiado poco, por más que en realidad el estudio de estos monumentos de civilizaciones antiquísimas sean demasiado poco conocidos de los eruditos, para que fuera fácil extenderse mucho en su estudio en una obra de vulgarización como la que intentamos dar á conocer. Con más detención están tratados los diversos estilos que emplearon los griegos y romanos de la antigüedad, viéndose ya en los capítulos que de ellos tratan la tendencia marcada del Sr. Borrell á hacer de su obra un libro principalmente útil como aplicación de los elementos artísticos á la industria; así es que pasando por la descripción de los estilos arquitectónicos, deteniéndose en su estudio sólo lo preciso, nos da en cambio noticias preciosas sobre la decoración y sobre las artes industriales de las civilizaciones pasadas; esta tendencia se irá haciendo más palpable según nos vayamos acercando á nuestros días.

A continuación del arte en la Roma clásica, describe el Sr. Borrell su decadencia, esa descomposición del arte pagano que, pasando por el llamado *estilo latino*, sin que haya realmente motivo para calificar de estilo lo que tan sólo es la falta de todo estilo, llega al arte bizantino ya con caracteres propios, como son el empleo frecuente y atrevido de la cúpula apenas empleada ántes, y sobre todo la resolución de un problema de importancia capital en arquitectura, cual es establecer esa cúpula sobre una construcción de forma cuadrada por medio de un elemento que no ha sido sustituido desde entonces por otro alguno, ni es fácil que lo sea; nos referimos á las *pechinas*. Con este elemento les fué fácil á los bizantinos coronar sus edificios con esa profusión de cúpulas que tal carácter de originalidad dan á las construcciones de aquellos tiempos, y del cual tenemos el prototipo en la admirable catedral constantinopolitana, en *Santa Sofía*.

Pero si la arquitectura bizantina tiene un carácter de belleza que le es propio, no sucede lo mismo con las demás artes, puesto que,

salvo la tendencia marcada en las artes plásticas á reproducir la expresion, siquiera sea torpemente, en los demas las esculturas y las pinturas de la época bizantina se distinguen tan sólo por la profunda ignorancia del diseño y por la poca observacion del natural que en sus artistas revela.

Y sin embargo, ¿qué hubiera sido del arte en aquella época de renovacion de la sociedad por medio de la destruccion y de la conquista, si Bizancio hubiera sucumbido víctima de los bárbaros como sucumbió su madre Roma? Heredera de las tradiciones de la antigüedad, Bizancio supo conservar, siquiera fuera un palidísimo reflejo del arte de los romanos, y al instruir á la sociedad nueva, ésta supo asimilarse los elementos que le transmitía la capital del Bajo Imperio, brotando de esa simiente, terminada la época de destruccion, una de brillantísimo renacimiento, debido en gran parte á aquellos que, huyendo del estrépito de las armas, se dedicaron á la vida recogida de los monasterios, constituyendo hoy su mayor gloria. Increible es el número de las iglesias y conventos que en los siglos x, xi y xii se edificaron, gracias á la singular actividad de los monjes benedictinos; todo el Occidente se vió poblado de imponentes construcciones religiosas, miéntras las necesidades de la guerra obligaban por otro lado á la inquieta y turbulenta feudalidad á construir castillos, capaces de resistir á los repentinos ataques á que se veían expuestos. Pero ni en la arquitectura monástica ni en la militar vemos aún en esas épocas más que un reflejo del arte romano ó del arte bizantino; tenemos que llegar á la segunda mitad del siglo xii para vislumbrar el elemento de construccion que había de dotar al mundo cristiano de una arquitectura propia, original.

Este elemento es el arco *ojivo*, arco de forma apuntada, que se ve empleado aisladamente en algunos monumentos de remota antigüedad, y que los árabes hubieron de emplear si bien no sistemáticamente. En Occidente, y en la segunda mitad del siglo xii, se empezó á usar, pero no ya con el mero carácter decorativo sino como base de un sistema arquitectónico, que es el conocido con el nombre de *arquitectura ojival*, llamada más comunmente *gótica*, aunque con ménos popiedad. Donde vemos caracterizado este estilo de una manera clara y fija ántes que en ninguna otra parte, es én una provincia del norte de Francia, centro y núcleo de la civilizacion europea en la Edad Media, y que se ha llamado Isla de Francia.

Este origen de la arquitectura ojival ha dado materia á la reñida controversia entre los arqueólogos franceses y alemanes, que deseaban dotar de la gloria de haberlo inventado á sus respectivos países; pero hoy parece fuera de toda duda que á Francia pertenece esta honra, como resulta del estudio de los monumentos ojivales primitivos más antiguos en la Isla de Francia que en ninguna otra region. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el sistema ojival resolvía una gran cuestion para la construccion de los grandes edificios religiosos; dada la mayor resistencia de empuje que se consiguió por la forma apuntada de los arcos, y sobre todo por la aplicacion del *botarel*, fué posible construir naves de capacidad suficiente á contener el inmenso concurso de gente que atraían á las iglesias las ceremonias religiosas, y con mucha frecuencia las necesidades urbanas y de una órden puramente civil, puesto que como lo han dicho ya eminentes escritores, la *catedral* era ademas de un templo una especie de foro romano donde los pueblos venían á discutir sus intereses y á sostener su naciente libertad.

Las antiguas iglesias románicas, con ser algunas de dimensiones colosales, ni ofrecían bastante solidez ni permitían, dado el sistema pesado de construccion en ellas empleado, dar la suficiente altura á las naves para reservar aire respirable á las muchedumbres, ni mucho ménos rasgar ventanas del tamaño que exigían las naves para su ventilacion y para que la luz penetrara por todos los ámbitos de aquellas selvas de pesadas columnas. Con el nuevo sistema, como la principal resistencia era oblícua, las columnas pudieron adelgazarse considerablemente; los intercolumnios fueron mayores, y se pudieron rasgar entre ellos ventanas de colosal altura, inundando así las naves de luz tamizada por las brillantes vidrieras de colores que tan gran aspecto de riqueza dan á esos antiguos monumentos, superiores bajo todos conceptos á las reminiscencias neo-griegas que hacen la delicia de los clásicos, y que ni siquiera tienen el mérito de la oportunidad en los países occidentales más frios y ménos ricos de luz que Grecia é Italia. No es ciertamente el Sr. Borrelli de ideas tan exclusivas como los neo-clásicos del dia, y lo prueba en su duodécimo cuaderno que es el que trata del arte ojival; ya en él, gracias á la abundancia de monumentos que nos quedan de los siglos XIII, XIV y XV, vemos completamente desarrollado el sistema que el autor sigue en su obra; dedica un capítulo á cada uno de los tres períodos en que algunos ar-

queólogos han creído deber clasificar las diversas fases del estilo ojival, conocidas con los nombres de *primario*, *secundario* ó *florido*, y *terciario* ó *flamígero*, correspondientes cada uno de ellos á uno de los tres siglos XIII, XIV y XV; pero debo hacer observar, sin que esto encierre una censura hácia el autor, que despues de todo no podía hacer más dado el carácter esencialmente docente de su obra que seguir la senda trazada y adoptada por la mayoría; no puedo ménos, decía, de indicar con el eminente arqueólogo y arquitecto Violet-le-Duc cuán poco se presta un estilo en su desenvolvimiento á estas divisiones sistemáticas: ¿qué diferencia encuentran los arqueólogos que adoptan estas divisiones entre una iglesia de fines del siglo XIII y otra de principios del XIV, ó entre una de fines del XIV y otra de principios del XV?

No puede haber una diferencia sensible en tan poco tiempo; lo que sucede con la arquitectura ojival, lo mismo que con otras muchas manifestaciones del arte, es que nace torpe, pero robusta; que poco á poco se va perfeccionando hasta alcanzar su mayor grado de esplendor para empezar inmediatamente á decaer, viciándose, hasta su total ruina.

Ni esta marcha, progresiva primero y decadente despues; se puede evitar, ni mucho ménos metodizarla ni señalar dia y hora á las diversas fases de su desarrollo y decadencia. Hecha esta salvedad, seguiremos examinando el cuaderno duodécimo del *Tratado* del señor Borrell.

Despues de describir metódicamente los elementos arquitectónicos empleados por los constructores de la época ojival en todos sus detalles y con gran lucidez, pasa el autor en un extenso capítulo á ocuparse de las artes industriales, y lo hace con una claridad y con una copia de datos superiores á todo encomio; nada deja sin explicar, siquiera sea brevemente; la carpintería, los muebles, la cerrajería, las armas ofensivas y defensivas, la platería, la relojería, la cerámica, los tejidos y bordados, los instrumentos musicales, todo, en una palabra, lo concerniente á la industria de aquellos siglos es pasado en revista por el diligente autor; y no es el menor elogio que de él podemos hacer el consignar la parte principalísima que á nuestra patria dedica en éste y en los sucesivos capítulos de su obra, siendo de admirar el detenido estudio que para este trabajo ha tenido que hacer de los monumentos en un país como el nuestro en que tanto esca-

sean las obras de consulta. Así no es extraño ver entre los numerosos grabados que ilustran el texto plantas de edificios, detalles arquitectónicos, objetos, etc., inéditos hasta hoy, y que tal vez hubieran permanecido ignorados ó no publicados durante mucho tiempo sin la actividad y el tesón del Sr. Borrell. Y esto que vemos en el cuaderno relativo al arte ojival lo veremos en los sucesivos, más bien mejorado, pues uno de los caracteres más singulares de la obra que nos ocupa es el de perfeccionarse cada vez más, según indicábamos ya en el comienzo de este artículo, y según vamos viendo que sucede conforme vamos adelantando en su análisis.

El cuaderno siguiente trata de las artes árabes, principalmente en España, y es tal vez el cuaderno más brillante de toda la obra, á pesar de ser, á lo que entiendo, el más difícil de hacer, sobre todo cuando se escribió, pues desde entonces se han publicado algunas obras sobre los monumentos árabes en España, que hubieran sido de gran utilidad, á haber existido entonces, para la confección de este cuaderno.

En un capítulo preliminar analiza el Sr. Borrell los elementos de construcción que más carácter dan á la arquitectura árabe, y termina con las siguientes palabras:

«Este estilo (el árabe) presenta diferencias notables desde el siglo VII al XVI, que comprenden el objeto principal de nuestro estudio, con arreglo á las cuales se ha dividido por las autores en los tres períodos siguientes dándoles nombres distintos; el primero es conocido por *árabe bizantino* ó de *imitación*, que comprende desde el siglo VII al X; el segundo es el llamado *árabe de transición*, que abraza desde el siglo X al XIII, y el tercero que se distingue simplemente con el epíteto *árabe*, que comprende desde el siglo XIII al XVI...»

En una nota indica el autor la diversidad de nombres que tiene, según los autores, cada uno de esos períodos, y termina con esta atinada observación: «A nuestro modo de ver, esta clasificación no puede ser general á todo el vasto imperio mahometano, pues concretado á cada una de las diversas regiones por él ocupadas, tendría necesariamente que recibir diferentes nombres por requerirlo así el carácter que en ellas presenta este arte.»

Nosotros recordaremos aquí lo que ya hemos dicho sobre esto de los períodos de un arte al ocuparnos del estilo ojival, y sin detener-

nos más en este punto, seguiremos analizando con la mayor brevedad posible el cuaderno árabe del *Tratado*.

Cada uno de los tres capítulos siguientes trata de uno de los períodos en que dividen los arqueólogos el arte árabe; el autor apoya todos sus asertos con ejemplos tomados de los más notables monumentos que han llegado hasta nosotros de cada una de esas épocas. Así, por ejemplo, en el primer período encontramos una descripción de la admirable mezquita, hoy catedral de Córdoba, ilustrada con numerosos grabados, planos y detalles de aquel suntuoso edificio de la época de los califas; al segundo período pertenecen la célebre *Giralda* de Sevilla, la Aljafería de Zaragoza, la puerta de Bisagra de Toledo y otros ménos importantes; y por último, campea en el tercer período la perla de la arquitectura árabe, la sin igual Alhambra de Granada.

Otro capítulo que sirve como de complemento á los anteriores trata del arte mahometano en la India y en Turquía. De la lectura de los cinco capítulos de que acabamos de hablar resulta que el arte árabe desciende de una manera directa del bizantino, y que en su desenvolvimiento conserva más analogía con él en los países mas inmediatos al imperio de Oriente, mientras se acentúa más su originalidad segun se va alejando del centro artístico de que procede; así vemos que es mayor la originalidad en los monumentos árabes de España que en los de Egipto, y basta para convencerse de esto reparar los numerosos ejemplos que ilustran las páginas del cuaderno que estudiamos: en Egipto el empleo de las cúpulas es frecuentísimo, siendo muy raro en España; los minaretes son tambien muy usados en Egipto mientras en España no lo son, ó lo son muy poco, teniendo cada edificio religioso uno á lo más; por último, la mayor robustez de las construcciones árabes en el Egipto y en Turquía está sobradamente compensada en España por la pasmosa riqueza que sus monumentos nos ofrecen en su interior, puesto que exteriormente la misma Alhambra es de una desnudez, de una pobreza que están muy léjos de preparar al viajero á los esplendores que encieran aquellas tapias rojizas y sin apariencia.

Un extenso capítulo dedicado á las artes industriales completa el cuadro que nos presenta el Sr. Borrell de las artes árabes; los numerosos grabados, en su mayor parte inéditos, que le adornan, nos ofrecen ejemplos de muebles, armas, azulejos, herrajes, etc.; y ya que

hablamos de azulejos, séanos lícito señalar la claridad con que el autor hace notar la diferencia que existe entre los azulejos y los alicatados, que tanto se suelen confundir. Al tratar de los *alizares* ó zócalos del segundo período, despues de decir que éstos se componían generalmente de alicatados ó de azulejos, añade en nota: «...distinguiéndose (los azulejos) de los alicatados en que miéntras éstos forman un verdadero mosaico compuesto de pequeñas piezas de barro cocido y esmaltado, de diferentes formas y un solo color cada una, pero dispuestas de manera que entrelazadas formen el dibujo, el zócalo de azulejos, por el contrario, se compone de piezas tambien de barro, pero todas de igual figura y dimension, llevando ya cada ladrillo esmaltado con diferentes colores parte del dibujo general, el cual componen uniéndolos por hiladas horizontales y verticales.»

Muchas son las citas interesantes que podría hacer copiando las frases del Sr. Borrell si no temiera extenderme más de lo que consiente un artículo de revista; debo, pues, pasar por alto muchos detalles instructivos para terminar señalando la importancia del capítulo que cierra el cuaderno 13, dedicado al estudio del arte *mudejar*, esa derivacion del estilo árabe en España, sobre la cual tanto se ha discutido, y que hasta la aparicion del capítulo á que aludo era tan poco conocida. En efecto, el autor señala de una manera fija y terminante los caracteres propios á este estilo como nadie, que yo sepa, lo había hecho ántes que él, y da un catálogo de los principales monumentos que á él pertenecen, entre los cuales descuella principalmente el célebre *Alcázar de Sevilla*, clasificado durante mucho tiempo entre los edificios árabes, siendo así que como lo prueba el señor Borrell y como lo confirma el erudito estudio que de sus inscripciones publicó despues D. Rodrigo Amador de los Rios, es una construccion cristiana, en su mayor parte edificada bajo el reinado del rey D. Pedro de Castilla. La gran semejanza que con los edificios árabes de Granada tiene el Alcázar de Sevilla explica la confusion en que han estado los arqueólogos al tratar de él, confusion que no cabía en el estudio de otros monumentos más característicos, como son el castillo de San Servando y las torres de San Roman y de San Pedro Mártir, de Toledo; la Torre Nueva de Zaragoza, la capilla de Santiago en Santa María de Alcalá de Henares y otros debidamente clasificados por el Sr. Borrell.

El cuaderno trece termina el tomo II del *Tratado teórico y prác-*

tico del dibujo; con él terminaré yo también por ahora el análisis de esta importante publicación, reservándome para cuando se termine el continuar estudiándola como se merece. Sólo diré de los tres cuadernos que siguen y que ya están publicados, que tratan de los estilos chino, japonés, peruano y mejicano el primero, del Renacimiento el segundo y de las artes en los siglos xvii y xviii el tercero, cuyo complemento está en prensa y verá la luz pública brevemente. En estos cuadernos continúa el Sr. Borrell mejorando su obra como tendremos ocasión de ver cuando de ellos nos ocupemos.

Soy poco aficionado á prodigar hiperbólicas alabanzas, y creo además que una obra como el *Tratado de dibujo* se puede pasar muy bien sin ellas, dada su verdadera importancia y su indisputable mérito; por otra parte, la modestia de su autor no consentiría tampoco tales encomios; así es que terminaré este artículo sin más vanas palabras, y sólo apuntaré como dato que los cuadernos ya publicados están exornados con la enorme cifra de 787 grabados en madera, casi todos inéditos, y con 150 láminas, de las cuales una cuarta parte son cromo-litográficas. Entre las láminas no puedo menos de citar con singular elogio las dos preciosas aguas-fuertes que forman parte del último cuaderno publicado, debidas al notable artista señor Maura, y que representan una fuente de la Granja la una, y la habitación llamada de Carlos III en el Palacio de Madrid la otra.

E. ROUGET.





CORRESPONDENCIA DE PARIS

Paris 29 Diciembre 1877.

Abundante en emociones ha sido para nosotros el año que va á terminar. Desde aquella fecha de 1870, á la que el poeta dió con tanta razon el nombre de *año terrible*, no habíamos visto realizarse tan graves acontecimientos. La paz interior que era profunda, fué alterada de repente el 16 de Mayo por un verdadero golpe de Estado del poder ejecutivo. Toda la administracion quedó trastornada. Hombres que el sufragio universal había condenado en 1876, pretendieron de nuevo imponer á Francia su política reaccionaria. El comercio y la industria se pararon; la vida intelectual y artística quedó como paralizada; la nacion vivía ya ocupada únicamente por las inquietudes políticas; los destinos del país y la Constitucion estaban puestos de nuevo en tela de juicio. Las mismas elecciones del 14 de Octubre no pusieron fin á la crisis, que iba agravándose por el contrario. El Gobierno, á pesar de la voluntad manifiesta del sufragio universal, se obstinaba en resistir, y el gabinete del duque de Broglie y de Fourtou había desaparecido únicamente para ceder el puesto á un gabinete antiparlamentario. El mariscal Mac-Mahon parecía cada vez más decidido «á llegar al fin.» Por su parte la Cámara estaba enteramente resuelta á responder á la rebelion del poder ejecutivo contra la voluntad nacional, negándole el presupuesto. Parecía que ya no había otra salida que un golpe de Estado por una parte ó una revolucion por la otra. Todos se preparaban tristemente para uno ú otro de estos extremos, y cada cual se preguntaba con temor si de nuevo correría la sangre en las calles como en 1830, 1848 y 1851.

De repente, todo se ha calmado como por encanto. El mariscal, despues de llamar una vez á M. Dufaure y despedirlo, le ha vuelto á llamar; ha renunciado á todo antojo de poder personal; ha vuelto á la verdad constitucional; ha formado un gabinete homogéneo, compuesto exclusivamente de republicanos, declarando que le dejaba toda la iniciativa, ya que debe asumir toda la responsabilidad; ha formulado en un mensaje, con toda la claridad posible, los principios del Gobierno parlamentario; y se ha obligado á no reproducir una crisis semejante á la del 16 de Mayo, prometiendo no llevar á cabo una nueva disolucion.

No sé si alguna vez ha conseguido el buen sentido una victoria más completa. Lo que puedo decir, á lo ménos, es que nunca hemos presenciado en Francia un triunfo semejante de la opinion pública. Sólo por la fuerza de la lógica y de la legalidad, y sin que se haya vertido una sola gota de sangre, ha sido obligado á capitular el poder personal que de nuevo trataba de imponerse. Encerrado entre los dos términos del dilema, tan bien planteado por M. Gambetta, *ó someterse ó dimitir*, el mariscal Mac-Mahon ha preferido lo primero; y este país, donde hace sesenta años no había más que revoluciones tras revoluciones, ha salido pacíficamente de una de las crisis más graves por que ha atravesado. Es éste uno de los más importantes acontecimientos que pueden contemplarse; es la señal evidente de la transformacion operada en nuestras costumbres políticas. A la calma y á la perseverancia, á la vez prudente y resuelta del partido republicano, corresponde el mayor mérito. El mundo, que desde hace seis meses nos ha demostrado con cuánta atencion sigue los acontecimientos de que es teatro Francia, verá en ello (así lo esperamos) la prueba de que el partido republicano es hoy capaz de ser partido de gobierno; y nuestro propio país—que ha cometido muchas faltas, pero las ha expiado cruelmente—merecerá acaso, de aquí en adelante, la estimacion y el respeto de los que no tienen interes en su abatimiento.

No puedo describiros la impresion de alivio y sincera alegría que ha producido en todos nosotros el repentino é insperado término de esta tormenta política. Los marineros que acaban de ser sacudidos por la tempestad no experimentan mayor alegría al ver calmarse el mar, disiparse las nubes, alejarse los truenos y reaparecer sobre sus cabezas el cielo azul. El hermoso relato del primer libro de la *Eneida* es la expresion de lo que sentimos. Francia entera canta el *Te-Deum* con todo su corazon. Los negociantes é industriales veían acercarse á grandes pasos la ruina total. Cada cual pensaba que acaso

dentro de ocho días tendría que cojer un fusil para defender su libertad ó su vida. ¿Quién puede decir lo que hubiera salido una vez más de esos juegos terribles de la fuerza y del azar? Hoy nos hallamos de nuevo en plena paz. Nuestras instituciones políticas están aseguradas; Francia se gobierna á sí misma, como deseaba; nuestros gobernantes son hombres honrados, sinceramente liberales, que respetan las leyes; tenemos confianza en ellos y no tratarán de hacernos caminar á pesar nuestro, como se alababan de hacerlo sus predecesores; miramos, pues, con tranquilidad el porvenir. Verdad es que falta reparar todavía el daño que nos ha causado desde hace siete meses el gobierno de combate; pero esto es poca cosa; el país es animoso, trabajador, y á pesar de todo lo que ha pagado y sufrido, es rico; ahora empleará toda su energía y sus recursos en levantarse una vez más. De cuanto hemos visto en estos últimos tiempos sólo quedará en breve lo que queda de una pesadilla: un recuerdo importuno que el despertar disipa.

El primer resultado de esta pacificación será el buen éxito de nuestra Exposición universal. Desde hace algunas semanas, podemos confesarlo, esta Exposición de tantos cuidados objeto y causa de tantos gastos, estaba muy amenazada. No nos tocaba propagar los malos rumores y las noticias desagradables; nuestro patriotismo nos obligaba á callar y aparentar que teníamos buenas esperanzas; pero á pesar de nuestro silencio y de nuestras declaraciones de confianza, todo el mundo comprendía que la Exposición iba siendo cosa muy insegura. No había día en que nuestras comisiones de la Exposición no recibiesen del extranjero desagradables comunicaciones. Los diversos países—¿y cómo reprochárselo?—mostraban cada vez ménos prisa por hacernos sus remesas. Una capital en que de un día á otro puede estallar una revolución, seguida de una guerra civil, no está para atraer visitantes. No se va de buena gana á buscar motines donde no hay nada que hacer. Los mismos industriales franceses, trabajados por la crisis comercial y no muy seguros del mañana, se retiraban de una Exposición que cuesta mucho á los que en ella toman parte, y no compensa los gastos que hace el expositor, sino á condición de atraer mucha gente. El espacio que al principio pareció muy pequeño, estaba á punto de pecar de grande.

Todas estas inquietudes quedan desvanecidas desde ahora. La paz interior está asegurada, la tranquilidad pública nada tiene que temer. Los turistas de ambos mundos pueden prepararse á visitar á Paris dentro de algunos meses. Paris les ofrecerá su hospitalidad, algo costosa sin duda, pero exenta de temores. Se dispone á recibirlos

dignamente; les hará los honores de esa nueva Avenida de la Opera, que se está acabando rápidamente y cuyas casas son otros tantos palacios. Los hoteles, los teatros, los grandes almacenes se preparan á acoger á los extranjeros lo mejor posible, confieso que no sin la segunda intencion egoísta de hacerles dejar todo el dinero que puedan en las tentaciones que habrán de asaltarlos. Pero ¿dónde no se meterá el egoísmo? En cuanto á la Exposicion, será—no lo dudeis—la más magnífica que se ha visto. Deploraremos la ausencia de Alemania que no ha querido, aunque victoriosa, tomar parte en nuestra fiesta; pero el resto del mundo no nos faltará. La Exposicion de 1867 sólo ocupaba el Campo de Marte; ésta ocupará además el Trocadero, y un puente soberbio unirá las dos partes de la Exposicion. Caminos de hierro, tranvías, ferro-carriles en lo interior de la Exposicion, todo ha sido previsto para facilitar los transportes, sin contar los barcos que surcarán el Sena. No hay más que una opinion acerca de la magnificencia del palacio del Trocadero. Se han tomado todas las medidas para que las construcciones de todo género, con su mueblaje y decorado respectivos, estén acabadas en la época convenida, y se han buscado los más ilustres de nuestros escultores para encargales el ornato del monumento. El 1.º de Mayo de 1878 se abrirán las puertas. Francia cifra su amor propio en probar al mundo que, si ha sido posible vencerla, lo cual dependía de la fortuna, no lo ha sido abatirla, pues esto depende de ella misma. Y para acabar de levantarse pide aprovecharse de los progresos que han realizado la ciencia y la industria en todo el universo. Tiene el deseo de ser instruida por el espectáculo de la actividad universal, y la ambicion legítima de merecer la estimacion de todos, merced al espectáculo de su propia actividad. ¡Lleve la REVISTA este llamamiento de la nacion francesa á la península ibérica y á sus lectores de la América española, hijos de las razas latinas como nosotros!

La literatura del mes de Diciembre es una literatura especial, una literatura de *aguinaldo*. Trátase de que caigan en tentacion los que regalan, con gran alegría de los que reciben regalos. La vida se compone de dos períodos: uno en que se recibe el aguinaldo; otro en que se da, que es el más largo. Después de todo, regalar es un gran placer, el mayor acaso; y hay que devolver á los pequeños la alegría que en otro tiempo nos causaron los mayores. Siempre pagamos á otros las deudas con que se nos obligó: tal es la suerte de las generaciones. De todos los aguinaldos los que duran más son los libros, y son tambien los que más aprovechan. En este concepto se han realizado admirables progresos en estos últimos veinte años. Los

perfeccionamientos del grabado en madera y de la fotografía han puesto al alcance de todas las fortunas esos volúmenes ilustrados en que la vista ayuda tanto á la inteligencia, y en que la juventud aprende, jugando, tantas cosas. Lo que más me agrada es ver que cuanto más adelantamos más se ocupan los editores en hacer una elección acertada de estos libros. Figuran entre ellos, ante todo, las obras maestras de la literatura, tanto nacionales como extranjeras. Entre ellas quiero mencionar este año solamente una. Es una nueva edición de vuestro *Don Quijote*, publicado por la casa Hachette, cuyo valor acrece una interesante noticia sobre Cervantes, de Próspero Merimée. Un detalle os mostrará con qué cuidado preparan sus hermosos libros nuestras grandes casas editoriales. Siete años hace que murió Merimée, y hoy es cuando aparece el volúmen para el que se le pidió dicha introducción.

Otras dos clases de excelentes obras ilustradas, cuyo número aumenta sin cesar, son las que se refieren á historia y geografía. Háganos viajar por el pasado ó por comarcas diferentes de la nuestra, y es seguro que se nos instruirá é interesará fácilmente. Los viajes al Africa, al Oriente, al polo, deleitan á las personas mayores tanto como á los niños, y pasan de mano en mano cuando entran en una casa. Este año los viajes abundan, y no hay más dificultad que la elección. Entre los libros de historia me permito citar una *Historia de María Antonieta*, por Edmundo y Julio de Goncourt, adornada con soberbios grabados tomados de pinturas de la época y con magnífica orla en cada página. Es un verdadero libro de lujo.

Quizá los libros de aguinaldo más preciosos son los libros de ciencia ilustrados. Nunca es pronto para infundir en la juventud el gusto por los estudios científicos. Durante largo tiempo se ha presentado la ciencia bajo un aspecto austero que daba miedo. No era tal, en verdad; pues al cabo lo que á pequeños y grandes interesa es la realidad; ¿y cuál, si no ésta, es el fondo de la ciencia? Pero se pretendía hablarnos de botánica sin enseñarnos nunca las plantas, la historia natural sin mostrarnos los animales, y la astronomía sin poner ante nuestra vista el universo. Fórmulas y nombres ásperos que nada decían á la imaginación era lo que se enseñaba; ¿cómo no habían de asustar tales aparatos? Desde la invención del libro ilustrado, la ciencia se ha hecho la cosa más amena del mundo. La geología, la filosofía, la mecánica se han hecho para agradar, aun á los niños; la misma arqueología se presenta bajo halagüeño aspecto. La casa Hachette se ha lanzado con ardor en este camino, y á su lado puede inmediatamente colocarse la de Germer Baillière. Entre

las publicaciones de ésta recomiendo la interesantísima traducción de la obra de Jonh Evans sobre la *edad de piedra*, debida á M. E. Barbier, traductor de Darwin y de Tylor, y que está llena de grabados interesantes.

Aparte de los libros de aguinaldo, pocas cosas tengo que mencionar en el mundo literario. Estos agitados meses han sido poco fecundos en productos del ingenio; la languidez que es propia del verano y del otoño se ha aumentado este año. Cuando se publicaba en el folletin del periódico *Le Temps* el *Nabab* de M. Alfonso Daudet, os dije con cuánta atención lo seguían los literatos. En el mes último se ha publicado en tomo, y el éxito de éste ha excedido al del folletin. Desde el primer día de venta estaban pedidas once ediciones para provincias y el extranjero, y más de veinte se han publicado despues. Es, sin disputa, la obra más notable del jóven novelista. Hállanse en ella una variedad y un estilo ingenioso que no ofrecían en igual grado *Jack* ni *Fromont jóven y Risler mayor*. Para nosotros los parisienses ofrece esta obra el atractivo de poder designar con su verdadero nombre todos los personajes que en ella figuran. Respecto á los que no disfrutan de esta ventaja, si quieren formarse cabal idea de lo que era el Paris de los diez últimos años del imperio, fina y fielmente observado por un hombre que no trata de poner más de relieve lo malo que lo bueno, y que por sus gustos y por su posición más bien era amigo que adversario del imperio, no pueden hacer cosa mejor que leer el *Nabab* de M. Alfonso Daudet. Preguntaríaos yo si despues de leerlo les parece que fué un Gobierno digno ese que hoy se echa de ménos y que áun se habla de traernos otra vez.

Ya sabeis que en el último año se ha verificado entre nosotros una reaccion curiosa de observar hácia los estudios filosóficos. El éxito creciente de la *Revista filosófica*, dirigida por M. Ribot, es evidente prueba de ello. Este movimiento no es exclusivamente nuestro, pues leyendo vuestra REVISTA veo el interes que el pueblo español se toma por los trabajos filosóficos. En Francia teníamos mucho que hacer en esto, y durante treinta años habíamos permanecido casi por completo extraños al movimiento intelectual que se operaba en Alemania é Inglaterra. No es éste el menor mal que nos causó la escuela de Víctor Cousin, escuela de metafísicos y eruditos que sistemáticamente dejaba fuera de la filosofía las ciencias, y en especial las fisiológicas. Habría aquí una cuestion interesante que tratar, que yo me limito á desflorar. Hoy tenemos que recobrar el tiempo perdido, y ántes de hacer trabajos originales lo apremiante para nosotros es

ponernos al corriente de lo que en otras partes se ha hecho. Ya se han traducido en gran parte Mill, Bain, Spencer, Darwin, Hartmann, y el trabajo de traducción se va completando de día en día. M. Emilio Boutroux, uno de nuestros jóvenes filósofos más distinguidos, maestro de conferencias en la Escuela Normal, acaba de publicar en la librería Hachette el primer tomo de la excelente *Historia de la filosofía de los griegos*, de M. Eduardo Zeller. Precede á este trabajo una notable introducción. M. Emilio Cazelles, que ya ha traducido muchas obras de Moleschott, Mill y Spencer, acaba de publicar en la librería Germer Bailliere el tomo segundo de la *Biología* de Spencer. El mes anterior apareció el *Tratado de educación* de dicho filósofo. En cinco semanas — cosa extraordinaria tratándose de un libro serio— se ha vendido toda la edición. Estos son síntomas dichosos que muestran que esta generación es seria y quiere instruirse. ¡Ojalá continúe este despertar! Con los medios de publicidad y de estudio de que hoy disponemos, con la facilidad de comunicaciones y la penetración recíproca de todos los pueblos, de nosotros depende el que el final de este siglo sea todavía más brillante y provechoso para la humanidad que lo fué su mitad primera. Así podremos dejar en la historia luminosa huella de nuestro rápido paso. ¿Por ventura no tendremos esta ambición generosa?

Los teatros han comenzado la estación de invierno obteniendo casi todos el éxito necesario para asegurarles abundantes ganancias. En el *Vaudeville* se representa *El Club*, de M. Edmundo Gondinet, pieza de ligera intriga, pero llena de frases agudas é ingeniosos detalles. El segundo acto representa un círculo donde no hay más que fraques negros. Las mujeres tienen mucho gusto en presenciar en la escena este cuadro de uno de esos *clubs* en que no pueden entrar y que muchas veces les arrebatan los maridos. La pintura es muy exacta, aunque las conversaciones de un verdadero club rara vez ostentan el ingenio que Mr. Gondinet ha dado á sus personajes. En el *Ambigú*, el drama *Una causa célebre*, de los Sres. D'Ennery y Coruson, afortunados autores de *Las dos huérfanas*, arranca todas las noches copiosas lágrimas á las almas sensibles, y muestra, según costumbre, la inocencia oprimida durante cuatro actos para mostrar en el quinto (á las doce en punto) la inocencia triunfante y el crimen castigado. El *Odeon* representa con éxito *Francisco le Champs*, de Jorge Sand, y prepara *José Bálsamo*, de Dumas, padre, arreglado para la escena por Dumas, hijo. No dudeis del resultado metálico, tratándose de arreglador tan hábil. La *Opera* ha presentado en su nuevo escenario *La Africana*, de Meyerbeer. Gran éxito para la se-

ñorita Krauss, cuya voz, por desgracia, comienza á cansarse. El barítono Lasallé es un buen Nelusko, y la señorita Daram una Inés muy simpática. Ha sido más fácil, sin embargo, adornar la obra del maestro con decoraciones magníficas que darle intérpretes dignos de ella. En los *Italianos* tenemos interesantes representaciones del trágico Salvini que ha dado los principales dramas de Shakspeare, pero sin producir, ni mucho ménos, tanto efecto como su émulo Ernesto Rossi.

El gran acontecimiento dramático de estas últimas semanas ha sido la representacion del *Hernani* en el *Teatro frances*. Víctor Hugo ya figura entre nuestros clásicos. Nadie trata ya de descubrir las flaquezas de sus dramas; todos se entregan sin reservas (y es lo más prudente) al placer de admirar las espléndidas bellezas en que abundan. ¡Qué poesía, qué raudal desbordado de lirismo, qué magnificencias de forma, qué elevacion de ideas y de sentimientos! Después de cuarenta y siete años transcurridos desde el estreno del *Hernani*, el poeta ha asistido desde el fondo de un palco al triunfo indiscutible de esa obra soberbia que suscitó en otro tiempo tantas tempestades. Fuerza es declarar que la interpretacion es admirable. La señorita Sara Bernhardt es una doña Sol sucesivamente apasionada y tierna; para ella es el triunfo en el acto quinto. Monnet-Sully, siempre desigual, es en algunos momentos un excelente *Hernani*. Pero hay que elogiar sin reservas á Worms, el nuevo actor de la *Comedia francesa*, en el papel de D. Carlos. Es imposible decir el célebre y temible monólogo del acto cuarto ante la tumba de Carlomagno con más grandeza, inteligencia y brillantez. Eso ya no es interpretar, sino crear.

CHARLES BIGOT.





CRÓNICA MUSICAL



TEATRO REAL.—*Africana*.—*Dos éxitos y tres fiascos*.—*Paulina Lucca y el Fausto*.

UN acontecimiento musical, la representación de la obra póstuma del ilustre Meyerbeer, de la cual no hemos dado aún cuenta á nuestros lectores, es el primer suceso importante que ha tenido lugar en el regio coliseo desde que se publicó nuestra última Crónica. Preocupada la empresa con los desagradables sucesos de que ya nos ocupamos, y sin contar con todo el personal artístico necesario para dar variedad á sus espectáculos, esta magnífica obra ha mantenido el interés de los *dilettantes*, mientras el Sr. Robles hacía sus adquisiciones en París con el fin de reforzar la compañía con el número de artistas conveniente, y poder con ellos regularizar la marcha de las representaciones, tan desquiciadas hasta aquí, desde que comenzó esta desgraciada temporada musical.

Ancora verdadera de salvación para la empresa en el naufragio á que le había conducido su desorientada brújula, el genio de *La Africana* ha venido á sacarla á puerto seguro, librándola de una muerte casi inevitable, en medio de la tormenta más borrascosa que se ha desatado en aquellas latitudes, y contra los más horribles huracanes que jamás soplaron bajo los serenos horizontes de la Opera. Seguramente que el Vasco de Gama de la historia no pudo dirigir con más acierto sus pesados barcos en las célebres exploraciones de los mares australes, que tanto le inmortalizaron, que el *nuevo Vasco* lo ha verificado en esta ocasión con el averiado bajel del Sr. Robles,

ya extraviado, vacilante y próximo á perderse en las profundidades del abismo. Ya, por fortuna, soplan otros vientos para la empresa. La mar está en calma, y el teatro de la Opera, puede asegurarse, ha inaugurado un nuevo período con las representaciones de la obra póstuma del gran Meyerbeer. Aquel aspecto imponente del público, cuya actitud hacía temer un fin desastroso y funesto; el descontento general que de todos lados se observaba y la impaciencia sentida por los abonados ante los desaciertos inauditos de una empresa incorregible, todo ha desaparecido por ahora, habiéndose conjurado ya una tempestad que nos amenazaba con desastres sin cuento, en un horizonte tormentoso y horrible, que ya hoy, por fortuna, contemplamos apacible y sereno, merced al genio creador del inmortal Meyerbeer. Recobrada ya su fisonomía ordinaria, y restablecida la paz tan deseada en este coliseo, el público ha podido al fin saciar sus apetitos musicales, contemplando una de sus obras de arte predilectas, y admirar al ilustre maestro en la grandeza de esta espléndida creación, con la cual, parece, quiso despedirse de los mortales, al elevarse á las regiones donde se esconde la belleza increada. Estaba reservado, sin duda, á Meyerbeer, imponer con *voz elocuente* el silencio que siempre debe reinar en estos templos augustos del arte, y restablecer de una vez la tranquilidad y el orden, sin los cuales son absolutamente imposibles las manifestaciones estéticas en estas solemnidades musicales. Era la *Africana*, esta sublime y excelsa creación artística con todas sus bellezas, sus apasionados cantos, sus inspiradas melodías, sus invenciones rítmicas y armónicas, con todo el lujo de su instrumentación, con esa pompa orquestal y escénica, digna, en verdad, de los pueblos de Oriente, la obra que estaba destinada á purificar aquella atmósfera cargada de electricidad, y devolver la calma á los espíritus harto intranquilos con tan violentas conmociones.

No podía suceder de otra manera. Prescindiendo ahora de particulares consideraciones, la *Africana* ha sido la obra que ha encontrado la interpretación más igual en su conjunto de cuantas se han puesto en escena desde el principio de la actual temporada. Sin llegar á la perfección, que esto es de todo punto imposible, ni carecer de capitalísimos y muy importantes defectos, los artistas encargados de las partes principales han llenado su misión dignamente, procurando cada cual en la medida de sus fuerzas y de su talento cumplir

con su difícil y espinoso cometido. Nuestros lectores que conocen mejor que nosotros toda la importancia de esta producción musical, y las múltiples y poco comunes condiciones que exige al artista que haya de traducir é interpretar sus innumerables bellezas, podrán comprender sin esfuerzo lo difícil que es reunir cuantos elementos son necesarios para obtener resultados satisfactorios en su ejecución, y llegar á un conjunto que responda, no sólo á todas las conveniencias de la escena, sino también á las mismas condiciones artísticas de la obra. Las producciones todas de Meyerbeer, y la *Africana* muy particularmente, tienen en primer lugar un carácter dramático-musical que no se parece al que de ordinario predomina en las de otros maestros. En ellas no basta el cantante, el *virtuosse*, como dicen los franceses; es preciso el artista con sentimiento dramático, con alto y profundo conocimiento escénico, con verdadero sentido estético, en fin, para vencer toda clase de dificultades, y penetrar en las profundidades del espíritu del compositor, en los pasajes más interesantes y poéticos, ó en el ideal artístico que el personaje representa en la acción dramática. Vasco de Gama, Selika y Nelusco son tres creaciones que, aparte del elemento *cantabile*, es preciso sentirlas y comprenderlas, para interpretarlas con acierto y darles en la representación el verdadero carácter preconcebido por el compositor que á cada una le corresponde dentro de la partitura. En cuanto á las figuras que en segundo término aparecen en este magnífico cuadro musical, Inés, Don Pedro, el Inquisidor y el Gran Sacerdote de Brahma, desempeñan asimismo un papel tan importante en la gran concepción de Meyerbeer y tienen un interés tan señaladísimo en el conjunto dramático, que no es posible caracterizarlos sin hacer un estudio detenido del valor artístico que cada uno tiene, tanto por lo que se refiere al elemento musical, como en todo lo que, como personajes de la acción, simbolizan y representan. La *Africana*, además, con ser la obra más melódica del maestro, la que se adapta quizás mejor al estilo dominante y predilectas aficiones de los artistas italianos, en su conjunto, sin embargo, es de las que presentan más dificultades para traducir todas esas difíciles bellezas de que está esmaltada la partitura. No olvidemos las exigencias del mismo Meyerbeer ántes de darla á la escena, y los obstáculos con que tropezó para la elección de los artistas que debían de crear los diferentes personajes de la obra. Por lo demás, es una verdadera evolución de la composición

musical y de las aficiones estéticas de Meyerbeer, lo que se descubre en esta gran obra, en este admirable monumento artístico. Como dice un distinguido crítico, un mundo exótico es el que ahora atrae la imaginación del ilustre compositor. El gran pintor musical de costumbres y caracteres de la vieja Europa, quiere renovar su paleta y pide otros colores á este soñado país; el músico de las pasiones activas, de los violentos debates se siente codicioso de ensayar y traducir esos momentos de éxtasis, de vehemencia y arrebató que sólo se experimentan en estas latitudes. Es, por último, todo un nuevo mundo de inspiraciones lo que él iba á descubrir á propósito del héroe de las *Luisiadas*. Este carácter, que hace de la *Africana* una composición enteramente original y nueva, cuya factura y forma peculiar la distingue esencialmente de las anteriores producciones del ilustre maestro, constituye por sí un embarazo y un obstáculo para el artista, que no se vencen sino con una inteligencia superior y un estudio previo detenido, al tratar de interpretarla con todo el espíritu, con toda la fidelidad que es indispensable para la más completa realización estética. Es, por esta razón sin duda, por lo que la *Africana* no suele verse, por lo general, coronada de un éxito completo en cuantas representaciones vemos de ella, á pesar de haber esta vez sido tan satisfactorio en su conjunto. Como en todas las obras de Meyerbeer, son precisos una porción de elementos que no suelen reunirse con facilidad. En la *Africana* es indispensable mucho personal y partes todas de primer orden, porque, como saben nuestros lectores, aún las figuras de segundo término tienen un valor y una importancia capitalísima. Meyerbeer no es de los compositores que hacen sus producciones para que se luzca un tenor ó una tiple. Él hace un drama musical ante todo, y no desatiende ni el más insignificante elemento con tal que él crea que así lo exigen las conveniencias de la obra y de la representación escénica. Entiende que la ópera no es un espectáculo de puro pasatiempo, donde el público vaya á divertirse con las agilidades de garganta de la *prima donna* ó la exhibición de las facultades vocales de un *tenor*, como si se tratase de un concierto particular, donde sólo se admira al *virtuosse*, echando al olvido toda la importancia del drama que allí se representa y las diversas situaciones y peripecias de la acción que se ofrece á la vista del espectador. A partir de *Roberto el Diablo*, siempre infatigable y de intenciones titanescas, como dice el autor de las

Nacionalidades musicales, él trata de dar el mayor desenvolvimiento posible á cada una de las partes de que se compone el edificio complejo del drama lírico. La orquesta, el coro, las partes, el recitado, todo absolutamente es interesante para él y objeto de atención y exquisito cuidado. Hasta la *mise en scene*, llevada al grado más considerable de riqueza y ostentación, de esplendor y magnificencia en todas sus obras, es la más veces para Meyerbeer asunto de estudio y de cuidado preferente. La escena de las tumbas en *Roberto el Diablo*, la de la catedral en el *Profeta* y el cuarto acto de la *Africana*, son un testimonio que prueban con suficiencia sus solicitudes en este punto.

Por lo demás, no hemos de decir á nuestros lectores qué condiciones y circunstancias son necesarias para llegar á obtener una verdadera representación de la póstuma producción musical del compositor berlinés, cuya importancia conocen mejor que nosotros. Creemos que, con muy raras excepciones, las obras todas de Meyerbeer dejánsiempre mucho que desear en su interpretación, y pensamos está por la vez primera, al ménos en nuestros teatros, que se ofrezcan al espectador tales cuales el maestro las debió concebir. Lo mismo los cantantes, que la orquesta, la escena y el decorado, que el elemento coral, con dificultad se han encontrado armonizados en su conjunto, ni han llegado todos unidos á hacer el espectáculo dramático-musical, según el mismo Meyerbeer hubiera exigido. Hoy podemos afirmar de las representaciones que se están verificando, que la *Africana* ha obtenido un conjunto satisfactorio, y sin embargo, cuánto dista de lo que creemos debiera ser, y cuántas lagunas podríamos descubrir, si, como no nos parece oportuno, tratásemos de hacer un análisis detenido de su ejecución, enumerando faltas, como la supresión de algunas interesantísimas escenas, pecado ya muy enorme, aparte las muchas de otra índole que en ella se han omitido. Es indudable que los artistas todos, por su parte, han merecido con justicia los aplausos que se les han tributado en esta ocasión: especialmente la señorita Borghi y nuestro compatriota Sr. Gayarre, que cada día son más festejados del escogido público que frecuenta el regio coliseo, y no desconocemos tampoco, lo repetimos, que la *Africana* ha sido la ópera de la temporada que, por su conjunto, ha merecido los honores de un acontecimiento musical. Con todo, volvemos á decir lo que indicábamos al principio; deja no poco que

desear, y aún ha quedado bastante por hacer. Este es, al ménos, nuestro juicio.

* * *

Despues de este suceso han tenido lugar en el mismo coliseo otras nuevas representaciones que vamos á apuntar ligeramente, para poder consagrarnos con alguna mayor detencion al verdadero acontecimiento de estos dias, el *debut* de Paulina Lucca. La de *Martha*, que es la primera, no hay para qué recordarla. Aparte de Gayarre y Padilla, que pusieron verdadero empeño en sus respectivos papeles, tratando de interpretar con esmero el espíritu del maestro Flotow en esta partitura, la ejecucion dejó tanto que desear, que la empresa se ha visto obligada á retirar aquélla de sus carteles, y la señora Rubini ha roto ya la escritura que con aquélla tenía, dejando, por lo tanto, de pertenecer á la compañía de este teatro.

Más afortunada la segunda, merced á la aparicion de Tamberlick, despues de terminados sus compromisos con la empresa del teatro Italiano de Paris, *Poliuto* ha sido en esta ocasion un verdadero acontecimiento. El tenor predilecto del distinguido público que frecuenta el regio coliseo, ha tenido lo que se llama una ovacion y un triunfo como sólo este artista suele conseguir entre nosotros. La débil partitura de Donizzetti se ha elevado con su presencia á proporciones inconcebibles. Tamberlick, á pesar de la falta de medios vocales, y acudiendo á esos recursos que son un verdadero secreto, que él solo conoce, hizo arrancar entusiastas aplausos, especialmente en el *credo*, que, como siempre, repitió con esa frase arrebatadora y ese calor que tantos triunfos le ha proporcionado en su larga carrera artística. La señorita Borghi, que en la *Africana* se nos había revelado ya con toda su virtualidad musical y sus grandes condiciones para el arte, compartió dignamente los aplausos del público en esta representacion. Llena de entusiasmo y poseida del espíritu que anima al personaje que interpreta, conocedora de las situaciones dramáticas por que atraviesa en toda la obra, como una artista consumada, procurando no faltar á las exigencias escénicas; siempre afinada en la voz y empleando una diction pura y correcta, hasta conseguir el matiz y colorido que debe tener la frase musical, esta simpática artista ha conseguido en el *Poliuto* poner otra vez de manifiesto todo su

talento, y ha terminado por apoderarse del público que ya la consideraba como una de las adquisiciones de la empresa, y al mismo tiempo como una artista digna de nuestro primer teatro lírico. El Sr. Boccolini hizo un Procónsul á *merveille*, contribuyendo con el señor Ponsard al buen conjunto de la obra y al éxito inmejorable de la representación.

Los *debuts* de Mms. Moisset y Belloca en *Puritanos* y *El barbero de Sevilla* que sucedieron á la obra de Donizzetti, tuvieron un éxito desastroso y funesto para estas artistas. Sin duda debió causarles tal efecto nuestro teatro y nuestro público, que sólo manifestaron, como dijo con mucha gracia un periódico, la serenidad más imperturbable para recibir las demostraciones ruidosas de que fueron objeto durante toda la noche. Curadas de espanto, y acostumbradas sin duda á este género de escenas, estas señoras no consiguieron otra cosa sino impacientar á los espectadores, privándoles de escuchar á gusto dos bellas partituras que, por lo visto, aquéllas no comprendían ó ya las tenían olvidadas. Se ha dicho que una y otra artista son muy distinguidas y apreciadas del público parisien especialmente ante el cual en más de una ocasión han recibido entusiastas ovaciones. Es posible y no lo ponemos en duda; pero sospechamos con todo, que nunca han de haber sido muchos los prodigios que hayan hecho Mmes. Moisset y Belloca en aquéllas obras. Mejor interpretadas sus respectivas partes por Gayarre, Padilla y Nanneti, *Puritanos* y *El barbero de Sevilla* hubieran tenido un éxito seguro y habrían dado positivas entradas á la empresa, que también se ha visto obligada á retirarlas de sus carteles, si las *donnas* hubiesen correspondido á las esperanzas que de ellas nos habían hecho concebir. No estaba sin duda dispuesto; por esta razón han sucumbido á manos de las nuevas artistas contratadas estas dos bellas creaciones de los dos maestros italianos.

Mas todo tiene su reparación. Rossini maltratado debía tener una rehabilitación, y ésta debía llevarla á cabo su *Otello*, la obra que tantos triunfos ha proporcionado al tenor Tamberlik, que tan grandes éxitos cuenta en su vida, que tanta importancia ha sabido darla al interpretar el bello carácter del protagonista. *Otello* ha sido, sin duda alguna, otra de las representaciones que en esta temporada han alcanzado un éxito más completo. No solamente Tamberlick, que sin duda alguna no ha tenido rival en la interpretación del moro

de Venecia, haciendo de esta parte una verdadera nueva creacion, sino que tambien la distinguida artista Sra. Borghi y nuestro compatriota Sr. Padilla han puesto tan de relieve sus grandes facultades artísticas en esta obra, y hecho tales prodigios al interpretar sus más tiernos y apasionados cantos, que el público arrebatado no cesó de prodigarles sus aplausos, obligándoles á presentarse repetidas veces en las tablas, como una muestra de la satisfaccion y entusiasmo de que estaba poseido en aquellos momentos. La señora Borghi, que cada dia adquiere mayores simpatías entre nosotros, puede considerarse como la verdadera heroína de esta representacion. Como en *Africana* y *Poliuto*, esta jóven artista ha sacado resortes de su talento, verdaderamente inconcebibles en su edad. No tenemos tiempo ni disponemos tampoco de espacio; por eso prescindimos hoy de exponer al detalle ciertos episodios que tuvieron lugar en esta representacion. Consignamos con gusto este nuevo triunfo de la Sra. Borghi en la difícil parte de Desdémona, interpretada con un sentimiento artístico y una conciencia dramática admirables.

*
* *

[El gran acontecimiento musical de estos últimos dias, acontecimiento verdaderamente ruidoso, que viene preocupando desde que tuvo lugar al *dilettantismo* madrileño, y que conocerán ya muchos de nuestros lectores, ha sido el *debut* de la célebre artista señora Lucca en la obra inmortal de Gounod, *Fausto*. No es posible que nosotros podamos dar aquí una idea, ni siquiera aproximada, de este espectáculo, objeto de discusiones y controversias de todo género en estos momentos y asunto capital en todos los círculos filarmónicos donde de ordinario se debaten acaloradamente estas cuestiones del gran arte. Hacía mucho tiempo, muchos años que nuestro gran teatro lírico no ofrecía un aspecto como el que con este motivo tuvimos ocasion de presenciar la noche de la primera representacion de esta deliciosa ópera. Ocupadas completamente todas las localidades, á pesar del injustificado subido precio que las había puesto la empresa; lleno de curiosidad el público, y á la par de inmensa satisfaccion por haber conseguido al fin poder oír, ver y apreciar esta celebridad del arte que se llama Paulina Lucca, la *perla de las Marga-*

ritas segun la califican en Alemania; la tantas veces aplaudida del gran Meyerbeer; todos los espectadores haciendo comentarios del éxito que esta ópera podría alcanzar, cada cual segun sus ilusiones ó segun tambien sus buenas ó malas noticias de la ilustre cantante de Praga; deseando por momentos los aficionados que el director ocupara su asiento; que la orquesta ejecutara el prelude; que se levantase el telon y terminara el magnífico primer acto de la ópera sólo para escuchar aquella delicadísima *frase* que canta Margarita al salir de la iglesia, momento solemne en el cual debía presentarse al público el objeto de su excitada curiosidad, haciéndose despues de cantadas estas *notas* tan inconvenientemente aplaudidas por la *falanje mercenaria* mil conjeturas acerca de las facultades vocales de la artista, que al fin de la representacion habían de ser suficientemente apreciadas; agitada desde este momento la concurrencia toda hasta el extremo de producirse, terminado el acto tercero, un conflicto entre bastidores á causa del inesperado recibimiento del público, en su mayor parte poco satisfecho de las condiciones artísticas de la nueva cantante que en esta noche hacía su aparicion, y ante la cual se produjeron muestras de desagrado nada sospechosas, por más que no fuese en absoluto ella sola la causa de tales manifestaciones; los mil episodios y detalles de esta representacion, la más interesante, sin duda, de toda la temporada bajo diferentes puntos de vista: todos los incidentes en fin por que pasó la ópera, la revisten de un carácter tan irregular y extraordinario, que nos faltan palabras para describirla con todo el color, con toda la vida y toda la animacion que en la realidad se nos presentó y dió á conocer este rarísimo espectáculo. Acontecimientos de esta índole y sucesos de tanto interes é importancia para el arte, no se les puede dar á conocer por simple relato, ni la pluma alcanza á presentarlos como realmente han sucedido. Por esta causa, dejando á quien corresponda la pintura de este tan magnífico espectáculo que el distinguido público de la ópera tuvo ocasion de apreciar la noche del sábado último en el regio teatro, vamos únicamente á dar cuenta del éxito de la ópera, de la impresion que nos produjo, que es nuestra verdadera mision, en tanto que la señora Lucca desarrolla en las representaciones sucesivas y en otras obras todas esas dotes artísticas que la han colocado á la altura de las primeras celebridades escénico-musicales de nuestro tiempo, y ese talento artístico que unánimemente la crítica le reconoce y proclama.

Quédense para imaginaciones más exaltadas, para plumas más descriptivas que la nuestra, esos detalles de pura curiosidad, ocurridos ántes de la representacion ó despues de ella, que en este momento nada pueden interesarnos y que si, para algo sirven, nunca ciertamente podía ser para lo que ahora nos interesa y hace al caso. Es sencillamente del éxito del *Fausto* y el *debut* de Paulina Lucca de lo que hemos de hablar aquí.

No necesitamos, desde luégo, decir á nuestros lectores los pronósticos que se hacían á propósito de la representacion de la gran obra del maestro parisien, desde que fueron conocidos del público los artistas que estaban encargados de interpretarla. Apreciados ya por otras obras los Sres. Gayarre, Padilla y Nannetti, en las cuales han puesto de relieve todas sus facultades, y precedida de fama universal la artista señora Lucca que había de hacer la parte de Margarita, el público naturalmente tenía que prometerse un *Fausto* acabado, y hasta casi perfecto, y como no podía suceder de otro modo, esperar un éxito seguro y completo. Era por consiguiente un verdadero acontecimiento lo que todos creían presenciar, un suceso artístico, una solemnidad musical en una palabra, tanto más deseada y apetecida de todos, cuanto que, por desgracia, nuestra debía ser realmente la primera que, desde hace muchos años, habíamos de ver en el primer teatro lírico de la capital. La inspirada creacion lírico-dramática de Gounod, así dispuesta é interpretada por estos cuatro artistas, por una orquesta inteligente, por numerosos coros bien dirigidos, y puesta en escena con todos los elementos que hoy se poseen en nuestro gran teatro, no podía tener sino un grande y ruidoso éxito, una ejecucion admirable y como hacía mucho no se había visto en este coliseo.

Desgraciadamente no se han realizado estas ilusiones, ni cuantos pronósticos se habían hecho por los *amateurs* que con ansiedad tanta y singular entusiasmo esperaban este suceso. La señora Lucca, el objeto de verdadera curiosidad en esta fiesta musical, no dejó ni mucho ménos satisfechas las exigencias del público, ni respondió al bello ideal que de antemano se había hecho concebir. Es una artista de talento, decían, no hay que dudarlo, pero sus facultades vocales están declinando á su ocaso; en sus buenos años habrá sido una notabilidad. Gayarre, que cantó admirablemente durante toda la obra, y la *romanza* del acto tercero especialmente la dijo de un modo ini-

mitable, en conjunto tampoco satisfizo, por no caracterizar y dar expresión al bello personaje de Fausto, ni por la acción, ni por el traje, ni por las maneras, un tanto vulgares, con que se presentó en escena. Nannetti, de quien también se esperaba mucho en Mefistófeles, este simbólico personaje trazado de mano maestra por Gounod, que tanto se presta al lucimiento de un artista concienzudo y discreto, no consiguió tampoco que los *dilettantis* quedasen del todo *satisfechos*. Paquilla en el Valentin fué únicamente el que quedó ileso de los escrúpulos del público. Tuvo, es verdad, momentos felicísimos, y aunque suprimió la *romanza* del segundo acto, es indudable que llenó su cometido con esa distinción y talento que nadie puede negar á este reputado artista, mereciendo espontáneos y nutridos aplausos en la escena de la maldición de Margarita. Si á esto se agrega que los coros, parte importantísima en los actos segundo y tercero, no se cuidaron mucho de su misión; que la *mise in scene*, aunque mejor dirigida que de ordinario suele hacerse en este teatro, estuvo algo defectuosa, y que la orquesta, en fin, no dejó de tener algunos deslices aunque leves y de poca entidad, comprenderán sin esfuerzo nuestros lectores que el *Fausto* del *dia siguiente*, el de la realidad, estaba muy distante de aquel *Fausto* de la *vispera*, cuyo ideal se ha desvanecido para no volverse á ver más que en sueños ó en vagos y fugaces recuerdos del pasado. Era otro *Fausto* sin duda el que se habían forjado en su imaginación los aficionados y todos los que generalmente frecuentan el regio coliseo de la plaza de Oriente. Y sin embargo, preciso es reconocerlo y decirlo: este *Fausto*, con sus defectos, ha tenido á vueltas de todo muchísimas bellezas que es necesario aplaudir, que tampoco es posible olvidar. Esta representación ha ofrecido un interés señaladísimo por muchas circunstancias que á nadie se le ocultan, y que por su especial carácter le elevan sin duda á la categoría de acontecimiento artístico, desde el momento en que se la considera desapasionadamente y sin esa prevención que desgraciadamente se ha apoderado de una parte de público más indiscreta y menos juiciosa en verdad de lo que de su reconocida ilustración hay derecho á exigirle en estos momentos. Paulina Lucca, ciertamente, es hoy una estrella que está próxima á desaparecer del horizonte musical, y de facultades maltratadas y oscurecidas por el tiempo. Pero Paulina Lucca, á no dudarlo, es una artista de conciencia y de brillantísima carrera, que siente lo bello musical y lo expresa de un modo admi-

rable, olvidándose de su propia individualidad, desde el momento en que se presenta en escena, para que únicamente el personaje dramático sea lo que se ofrezca á la vista del espectador, y el espectador al mismo tiempo pueda contemplar así el ideal del drama y la verdadera creacion estética del artista. Como la Malibran y la Falcon, como Nourrit y Mario, como otros muchos ilustres sacerdotes del arte, la Lucca no es la artista de la *cavaleta*, del *aria* ó el *andante*, que sólo se fija en los primores y detalles que son hijos de la *virtuorite*, patrimonio por lo general de cuantos están adornados con las galas de la naturaleza, ó disfrutan de poderosos medios vocales y privilegiados órganos. Esta gran artista piensa que el arte lírico-dramático es un arte esencialmente complejo, para cuya realizacion es preciso tener en cuenta una porcion de circunstancias y conocer una multitud de secretos, que sólo da la posesion del arte y el verdadero sentimiento de la belleza en esta peculiar manifestacion musical. Artista alemana, educada en esa escuela, cuyas reglas se ajustan más á los principios racionales del arte y de la estética que á los fugaces caprichos y vanas exigencias de la moda y del tiempo, sus miras en la escena no son más que la realizacion del ideal bello del compositor, la fiel traduccion de su espíritu en el personaje que representa, la manifestacion estética, en una palabra, del drama que ante el público se desarrolla en la escena. Es en este concepto y con este carácter como nosotros debemos de juzgarla; es así como se puede apreciar todo el mérito y toda la reputacion artística de Paulina Lucca. Apénas contaba veinte años, y era una de las primeras cantantes de Europa que se distinguía, no tan sólo por sus facultadas vocales, educadas y dirigidas de la manera más perfecta, sino por la inimitable expresion y acento que en ellas se unían en la interpretacion de las grandes obras que ejecutaba. La Valentina de los *Hugonotes*, que es una de sus creaciones predilectas, le ha valido más de una vez los bravos y los aplausos del mismo Meyerbeer, segun dice un escritor frances. Los berlineses la adoran: no bien su nombre figura en los carteles para cantar en cualquiera de las obras de su repertorio, el teatro se ve completamente ocupado por una numerosa concurrencia. La Lucca, en una palabra, es una de las artistas más eminentes de nuestro tiempo, que á pesar de no haber cantado fuera de Alemania sino contadísimas veces, su fama se ha hecho universal y notorias sus grandes facultades artísticas.

Por lo demás, si al aparecer ante nuestro respetable público, después de figurar hace tantos años como una eminencia del arte, no se ha presentado en todo el apogeo de sus dotes naturales, en la plenitud de sus aptitudes y con todas sus facultades, se han puesto en cambio de manifiesto un conocimiento de la escena y una posesión de todos los resortes musicales, unido á una conciencia artística, que rara vez y con muchísima dificultad presenciamos en nuestro teatro. Margarita, este carácter tan delicado y seductor que el espiritual maestro francés ha creado en su *Fausto*, ha encontrado en Paulina Lucca su verdadera expresión dramática, todo su valor estético. Sin falsear un momento las diferentes evoluciones del personaje, las alternativas en que le colocan la pasión y el sentimiento, el amor y el deseo, la duda y el remordimiento, toda esa serie de pensamientos é ideas con que Mefistófeles la atormenta, hasta realizar sus infernales propósitos, tienen su justa expresión, su verdadero acento. No se puede fijar este ó el otro detalle, ni un momento determinado del drama; realmente está en todo, y nada es secundario ni accidental para ella. Si dice y canta la *balada* y el *aria* de las joyas con verdadero primor, y describe con entusiasmo el gran *duo* final del acto tercero en la escena de la Catedral, se nos muestra en unas proporciones verdaderamente trágicas. Margarita, para decirlo de una vez, es una nueva creación interpretada por Paulina Lucca.

No queremos hacernos eco de todo cuanto se ha dicho á propósito de la representación del *Fausto*, ni de lo que por algunos críticos se ha escrito sobre esta artista.

Basta por hoy de la Sra. Lucca.

Dos palabras acerca de los demás intérpretes de *Fausto*. Ya hemos dicho más arriba la opinión que en general se ha formado de esta representación. En nuestro concepto el conjunto ofrece un especial interés; si se atiende á las partes separadas todavía, pudiéramos apuntar algunos defectos.

Gayarre ha cantado su parte como todas las que le hemos oído; con gusto, con afinación, con entusiasmo. La romanza *salve di mora* del tercer acto le valió una ovación. La parte dramática dejó que desear bastante, como siempre. De Nannetti, en Mefistófeles, quedamos menos satisfechos. Aunque tiene algunos momentos felices, nos parece que necesita hacer un estudio más detenido de lo característico del diabólico personaje de Goëte. Padilla estuvo á gran altura

en la interpretacion del simpático papel de Valentin. En la escena del duelo especialmente se mostró no tan sólo un cantante distinguido, sino tambien un consumado artista. La Sta. Ory no hizo nada que merezca consignarse, llenó su cometido haciendo un paje aceptable, y no tuvo ningun tropiezo.

Los coros y la orquesta desiguales como de costumbre, si bien el Sr. Vazquez puso el mayor empeño en su direccion. En cuanto á la *mise in scene*, el *Fausto* de hoy es muy superior al que hasta aquí se hacía en el Teatro Real. Lo consignamos con gusto y celebraremos que la empresa siga haciendo lo mismo en otras obras. Por hoy la felicitamos de veras, pues lo decimos de corazon, esta representacion que para otros ha valido poco, para nosotros será siempre considerada como una solemnidad artística que no se borrará jamás de nuestra memoria.

J. ESTÉBAN Y GOMEZ.

13 de Enero de 1878.



Madrid 30 de Diciembre de 1877.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.